

**INSTRUCCIÓN PRÁCTICA SOBRE
LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS**

Allan Kardec



Sociedad Española de
Investigación Espírita

ALLAN KARDEC

INSTRUCCIÓN
PRÁCTICA

SOBRE LAS
MANIFESTACIONES
ESPÍRITAS

ALLAN KARDEC

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA

SOBRE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

Contiene la exposición completa de las condiciones necesarias para comunicarse con los Espíritus y los medios para desarrollar la facultad mediúmnica en los médiums

Traducción de Dolores García Hinarejos



Título original: *Instruction pratique sur les manifestations spirites*, por Allan Kardec, 1858.

Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas

Traducción de la 1ª edición

© Traducción del original francés por Dolores García Hinarejos, 2023-24.

© De esta edición: Sociedad Española de Divulgadores Espíritas, SEDE.

www.bibliotecaespirita.es – sedespirita@gmail.com

Maquetación: Salvador Martín

Cubierta: Joaquín Huete y Lucas Pretti

Todos los derechos reservados

Obra no venal, obsequiada por SEDE durante el **VI Congreso Espírita ConCiencia**, celebrado en Calpe (Alicante), del 6 al 8 de diciembre de 2024.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
VOCABULARIO ESPÍRITA	13
CUADRO SINÓPTICO DE LA NOMENCLATURA ESPÍRITA	69

CAPÍTULO I

ESCALA ESPÍRITA	73
Tercer orden	76
Espíritus imperfectos	76
Segundo orden	81
Espíritus buenos	81
Primer orden	84
Espíritus puros	84

CAPÍTULO II

DE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS	87
Acción oculta	87
Manifestaciones patentes	88
Manifestaciones físicas	89
Manifestaciones inteligentes	90
Manifestaciones aparentes	91
Manifestaciones espontáneas	94

CAPÍTULO III

COMUNICACIONES ESPÍRITAS	101
--------------------------	-----

CAPÍTULO IV

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN	109
Sematología y tiptología	109
Psicografía	116

CAPÍTULO V

SOBRE LOS MÉDIUMS	125
Médiums de influencia física	126
Médiums naturales y médiums facultativos	126
Médiums facultativos	131
Médiums escribientes o psicógrafos	132

CAPÍTULO VI

PAPEL E INFLUENCIA DEL MÉDIUM EN LAS MANIFESTACIONES	141
---	------------

CAPÍTULO VII

INFLUENCIA DEL ENTORNO EN LAS MANIFESTACIONES	149
--	------------

CAPÍTULO VIII

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS	155
Las reuniones	155
El lugar	158
Las evocaciones	161
Espíritus que se pueden evocar	163
Lenguaje que debe emplearse con los Espíritus	167
Preguntas que pueden dirigirse a los Espíritus	171
Médiums de pago	180

CAPÍTULO IX

TEMAS DE ESTUDIO	183
-------------------------	------------

CAPÍTULO X

CONSEJOS PARA LOS PRINCIPIANTES	187
--	------------

CAPÍTULO XI

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO	189
-----------------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Muchas personas nos han pedido que les indiquemos los requisitos que deben cumplir y la manera de proceder para llegar a ser médiums. La solución a esta pregunta es más complicada de lo que parece a primera vista, porque depende de un conocimiento preliminar de cierta amplitud. Para realizar experimentos de física y química, primero es necesario conocer la física y la química. Las respuestas que dimos a estas personas no podían abarcar las explicaciones necesarias, que son incompatibles con los límites de una correspondencia. Por otra parte, el tiempo material de que disponemos no permite satisfacer todas las peticiones. Esto es lo que nos ha decidido a publicar esta instrucción, que necesariamente es más completa que todo lo que podríamos escribir directamente.

Se equivocará quien crea que va a encontrar en esta obra una receta universal e infalible para formar médiums. Aunque alguien contenga el germen de las cualidades necesarias para llegar a serlo, estas cualidades solo existen en grados muy diferentes y su desarrollo

proviene de causas que nadie puede provocar voluntariamente. Las reglas de la poesía, de la pintura y de la música no hacen poetas, pintores y músicos a quienes carecen de genio, sino que guían en el uso de las facultades naturales. Sucede lo mismo en nuestro trabajo. Su objetivo es indicar los medios para desarrollar la facultad mediúmnica tanto como lo permitan las disposiciones de cada uno y, sobre todo, dirigir su uso de una forma útil cuando exista la facultad. Pero este no es el único objetivo que nos hemos propuesto. Junto a los médiums propiamente dichos, hay un número cada vez mayor de personas que se interesan por las manifestaciones espíritas. Guiarlas en sus observaciones, señalarles los escollos que pueden y de seguro encontrarán en algo tan nuevo, iniciarlas en el modo de conversar con los Espíritus, indicarles los medios para tener buenas comunicaciones, este es el conjunto que debemos atender si no queremos hacer algo incompleto. Por lo tanto, no se sorprenda quien encuentre en nuestro trabajo información que, a primera vista, podría parecerle extraña, pues la experiencia mostrará su utilidad. Después de estudiarlo con cuidado, se comprenderán mejor los hechos de que seremos testigos y el lenguaje de algunos Espíritus parecerá menos extraño. Como instrucción práctica no se dirige por tanto exclusivamente a los médiums, sino a todos aquellos que están en condiciones de ver y observar los fenómenos espíritas.

La ciencia espírita se basa necesariamente en la existencia de los Espíritus y su intervención en el mundo corporal. Hoy es un hecho aceptado por tantas personas que una demostración resultaría superflua. Como

INTRODUCCIÓN

nuestro objetivo es guiar a las personas que desean adentrarse en las manifestaciones espíritas, las suponemos suficientemente preparadas sobre este asunto y sobre las verdades fundamentales que derivan de él, para que sea inútil entrar en ninguna otra explicación sobre este tema. Por eso no discutiremos ni buscaremos en absoluto provocar controversia ni refutar las objeciones. Solo nos dirigimos a personas convencidas o dispuestas de buena fe a estarlo. En cuanto a quienes tienen todo por aprender, no encontrarán aquí ciertas demostraciones que tal vez podrían desear, porque consideramos el punto de partida como admitido. A aquellos que cuestionan este punto, les diremos: “Ved y observad cuando se presente la ocasión. Si a pesar de los hechos y los razonamientos, persistís en vuestra incredulidad, consideraremos tiempo perdido el que pasemos intentando sacaros de un error en el que quizás os complacéis. Respetamos vuestra opinión, respetad la nuestra. Es todo lo que os pedimos”.

Comenzaremos esta instrucción con la exposición de los principios generales de la doctrina. Aunque pueda parecer más racional comenzar por la práctica, creemos que este no es el caso. Hay una convicción moral que solo el razonamiento puede dar. Aquellos que hayan adquirido las primeras nociones a través del estudio de la teoría, comprenderán mejor la necesidad de ciertos preceptos recomendados en la práctica y aportarán disposiciones más favorables. Al traer a los indecisos al terreno de la realidad, esperamos destruir los prejuicios que pueden dañar el resultado que buscamos, ahorrar ensayos inútiles porque están mal dirigidos o

encaminados hacia lo imposible, en definitiva, esperamos combatir las ideas supersticiosas que siempre tienen su origen en la noción falsa o incompleta de las cosas.

Las manifestaciones espíritas son la fuente de una serie de nuevas ideas que no han podido encontrar su representación en el lenguaje cotidiano. Se han expresado por analogía, como sucede en los comienzos de cualquier ciencia. De aquí la ambigüedad de las palabras, una fuente de discusiones inagotables. Con palabras claramente definidas y una palabra para cada cosa, es más fácil comprender. Si se discute, es sobre el fondo y no sobre la forma. Con miras a lograr este objetivo y poner orden en estas nuevas ideas todavía confusas, damos en primer lugar una explicación sucinta, aunque bastante completa, sobre todas las palabras que están relacionadas directa o indirectamente con la doctrina espírita, para fijar las ideas. La ciencia espírita debe tener su vocabulario como todas las demás ciencias. Para comprender una ciencia, primero debemos entender su lenguaje. Esto es lo primero que recomendamos a aquellos que desean hacer del espiritismo un estudio serio. Cualquiera que sea posteriormente su opinión sobre diversos puntos de la doctrina, podrán discutirlos con conocimiento de causa. La forma alfabética también permitirá recurrir más fácilmente a las definiciones e informaciones que son como la clave de bóveda del edificio, y que servirán para refutar con pocas palabras ciertas críticas y evitar una multitud de preguntas.

INTRODUCCIÓN

La especialidad del objeto que hemos propuesto indica los límites naturales de esta obra. La ciencia espírita, al abarcar todos los aspectos de la metafísica y la moral, e incluso la mayor parte de los conocimientos humanos, no cabe en un marco tan restringido como este para poder abordar todas las cuestiones ni discutir todas las objeciones. Remitimos al lector, para un desarrollo complementario, a *El Libro de los Espíritus* y a la *Revista Espírita*. En el primero encontrará la exposición completa y metódica de la doctrina, tal como ha sido dictada por los mismos Espíritus. Y en la segunda, además de la relación y apreciación de los hechos, una variedad de temas que conlleva solo la forma de publicación periódica. La colección de esta revista conformará el repertorio más completo sobre la materia bajo el triple punto de vista histórico, dogmático y crítico.

VOCABULARIO ESPÍRITA¹

ALMA. (Del latín *anima*; del griego *ánemos*, soplo, respiración). Según algunos, es el principio de la vida material. Según otros, es el principio de la inteligencia sin individualidad después de la muerte. Teniendo en cuenta las diversas doctrinas religiosas, es un ser inmaterial, distinto, cuyo cuerpo es solo la envoltura que sobrevive al cuerpo y conserva su individualidad después de la muerte.

Esta diversidad de acepciones dadas a una misma palabra es una fuente perpetua de controversias que no tendrían lugar si cada idea tuviese su representación netamente definida. Para evitar cualquier malentendido

¹ Allan Kardec, en la introducción de *El Libro de los Espíritus*, en 1857, afirmaba: “Para las cosas nuevas se necesitan palabras nuevas”. Este capítulo “Vocabulario espírita”, publicado un año después, nació con el objetivo pedagógico de ayudar a los lectores en la comprensión de la nueva ciencia, filosofía y moral que es el espiritismo. El “Vocabulario” fue publicado nuevamente incluido en *El Libro de los Médiúms*, en 1861, enriquecido con nuevos vocablos. La intención de Kardec era publicarlo más adelante como un opúsculo independiente, aunque finalmente no llegó a ver la luz. (N. de la T.)

sobre el significado que damos a esta palabra, designaremos:

Alma espírita, o simplemente *alma*, al ser inmaterial, distinto e individual, unido al cuerpo que le sirve de envoltura temporal. Es decir, el espíritu en estado de encarnación y que solo pertenece a la especie humana.

Principio vital, al principio general de la vida material común a todos los seres orgánicos: hombres, animales y plantas. Y *alma vital*, al principio vital individualizado en cualquier ser.

Principio intelectual, al principio general de la inteligencia común a los hombres y a los animales. Y *alma intelectual* a este mismo principio individualizado.

ALMA UNIVERSAL. Nombre que algunos filósofos dan al principio general de la vida y de la inteligencia. (Ver *Todo universal*)

ALUCINACIÓN. (Del latín *hallucinari*, errar). “Error, ilusión de una persona que cree tener percepciones que en realidad no tiene.” (Acad.)². Los fenómenos espíritas que proceden de la emancipación del alma prueban que lo que se califica de alucinación es frecuentemente una percepción real análoga a la de la doble vista, del somnambulismo o del éxtasis, provocada por un estado anormal, un efecto de las facultades del alma desprendida de los lazos corporales. Sin duda, a veces hay una verdadera alucinación en el sentido que se da a esta palabra, pero la ignorancia y la poca atención prestada a

² Definición de *L'Académie Française* en 1835 (6ª ed.). En adelante se designará (Academia Francesa) en lugar de (*Acad.*) (N. de la T.)

esta clase de fenómenos han hecho considerar como ilusión lo que frecuentemente es una visión real. Cuando no se sabe cómo explicar un hecho psicológico, resulta más fácil calificarlo como una alucinación.

ÁNGEL. (Del latín *angelus*; del griego *áγγελος*, mensajero). Según la idea vulgar, los ángeles son seres intermediarios entre el hombre y la divinidad por su naturaleza y su poder, pudiendo manifestarse ya sea por advertencias ocultas o de forma visible. No fueron creados perfectos, ya que la perfección presupone infalibilidad y algunos de ellos se rebelaron contra Dios. Se dice: “ángeles buenos” y “ángeles malos”, “ángel de las tinieblas”. Sin embargo, la idea más general vinculada a esta palabra es la bondad y la suprema virtud.

Según la doctrina espírita, los ángeles no son seres aparte y de una naturaleza especial. Son los Espíritus del primer orden, es decir, aquellos que han llegado al estado de Espíritus puros tras haber superado todas las pruebas.

Nuestro mundo no es eterno y, mucho tiempo antes de su existencia, algunos Espíritus habían alcanzado ese grado supremo de Espíritus puros. Por ello, los hombres pudieron creer que los ángeles siempre habían sido así.

APARICIÓN. Fenómeno por el cual los seres del mundo incorporal se manifiestan a la vista.

Aparición vaporosa o etérea: aquella que es impalpable e imperceptible y no ofrece resistencia alguna al tacto.

*Aparición tangible o estereotita:*³ la que es palpable y presenta la consistencia de un cuerpo sólido.

La *aparición* difiere de la *visión* en que tiene lugar durante el estado de vigilia a través de los órganos visuales, y cuando el hombre tiene plena conciencia de sus relaciones con el mundo exterior. La *visión* tiene lugar en el estado de sueño o de éxtasis. También tiene lugar en el estado de vigilia por efecto de la doble vista. La *aparición* nos llega a través de los ojos del cuerpo; se produce en el lugar mismo en el que nos encontramos. La *visión* tiene por objeto las cosas ausentes o alejadas, percibidas por el alma en su estado de emancipación y cuando las facultades sensitivas están más o menos suspendidas. (Ver *Lucidez, Clarividencia*)

ARCÁNGEL. Ángel de un orden superior (Ver *Ángel*). La palabra *ángel* es un término genérico que se aplica a todos los Espíritus puros. Si admitimos que tienen diferentes grados de elevación, pueden ser designados por las palabras *arcángeles* y *serafines*, por usar términos conocidos.

ATEO, ATEÍSMO. (Del griego *átheos*, formado por el privativo *a* y *theos*, Dios: sin Dios; el que no cree en Dios). El ateísmo es la negación absoluta de la divinidad. Quienquiera que crea en la existencia de un ser supremo, cualesquiera que sean los atributos que le suponga y el culto que le rinda, no es ateo. Toda religión se basa necesariamente en la creencia en una divinidad.

³ La palabra “stéréotite” procede del griego στερεός [stereós] que significa “sólido”. Ver *Estereotita*. (N. de la T.)

VOCABULARIO ESPÍRITA

Esta creencia puede ser más o menos esclarecida, más o menos conforme a la verdad, pero una religión atea sería un absurdo.

El ateísmo absoluto tiene pocos prosélitos, porque el sentimiento de la divinidad existe en el corazón del hombre en ausencia de cualquier enseñanza. El ateísmo y el espiritismo son incompatibles.

CIELO. En el sentido de residencia de los bienaventurados. (Ver *Paraíso*)

CLARIVIDENCIA. Propiedad inherente al alma y que da a algunas personas la facultad de ver sin la ayuda de los órganos de visión. (Ver *Lucidez*)

CLASIFICACIÓN de los Espíritus. (Ver *Escala espírita*)

COMUNICACIÓN espírita. Manifestación inteligente de los Espíritus que tiene por objeto un intercambio continuo de pensamientos entre ellos y los hombres. Se distinguen como:

Comunicaciones frívolas: las que se refieren a temas triviales y sin importancia.

Comunicaciones groseras: aquellas que se traducen en expresiones que ofenden el decoro.

Comunicaciones serias: las que excluyen la frivolidad, cualquiera que sea el propósito.

Comunicaciones instructivas: aquellas que tienen por objeto principal una enseñanza dada por los Espíritus sobre ciencia, moral, filosofía, etc.

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA SOBRE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

(Para los modos de comunicación, ver *Sematología*, *Tipología*, *Psicografía*, *Pneumatografía*, *Psicofonía*, *Pneumatofonía*, *Telegrafía humana*.)

CRISIÁCO/A. Aquella persona que se encuentra en un estado momentáneo de crisis producida por la acción magnética. Esta calificación se da más particularmente a aquellos en quienes este estado es espontáneo y acompañado de cierta sobreexcitación nerviosa. Los criasiacos disfrutaban en general de la lucidez sonámbula o de doble vista.

DEÍSTA. El que cree en Dios, sin admitir culto exterior. Se equivoca quien confunde deísmo con ateísmo (Ver *Ateo*)

DEMONIO. (Del latín *daemon*, derivado del griego *daímon*, genio, suerte, destino, *manes*). Tanto en griego como en latín, *daemones* se refiere a todos los seres incorpóreos, ya sean buenos o malos, a quienes se atribuye conocimientos y poderes superiores al hombre. En las lenguas modernas esta palabra generalmente se toma en sentido malo, y su acepción está restringida a los genios malignos. Según la creencia popular, los demonios son seres esencialmente malos por naturaleza. Los Espíritus nos enseñan que Dios, siendo soberanamente justo y bueno, no ha podido crear seres inclinados al mal y desgraciados eternamente. Según ellos, no hay *demonios* en el sentido absoluto y restringido del término. Solo hay Espíritus imperfectos, que pueden mejorar a través de sus esfuerzos y su voluntad. Los Espíritus de la novena clase serían los verdaderos *demonios* si esta palabra no

implicara la idea de una naturaleza perpetuamente mala.

DEMONIO FAMILIAR. (Ver *Espíritu familiar*)

DEMONOLOGÍA, DEMONOGRAFÍA. Tratado sobre la naturaleza y la influencia de los demonios.

DEMONOMANCIA. (Del griego *daímon*, y *mantéia*, adivinación). Pretendido conocimiento del futuro por la inspiración de los demonios.

DEMONOMANÍA. Variedad de alienación mental que consiste en creerse poseído por el demonio.

DIABLO. (Del griego *diábolos*, delator, acusador, calumniador). Según la creencia popular, es un ser real, un ángel rebelde, jefe de todos los demonios y que tiene un poder lo suficientemente grande como para luchar incluso contra Dios. Conoce nuestros pensamientos más secretos, insufla todas las malas pasiones y toma todas las formas para inducirnos al mal. Según la doctrina de los Espíritus sobre los demonios, el diablo es la personificación del mal. Es un ser alegórico que resume en sí mismo todas las malas pasiones de los Espíritus imperfectos. Así como los antiguos daban a sus deidades alegóricas atributos especiales: al Tiempo, una guadaña, un reloj de arena, alas y la figura de un anciano; a la Fortuna, una venda sobre los ojos y una rueda bajo un pie, etc., de igual manera, el diablo ha sido representado con los trazos característicos de la bajeza de sus inclinaciones. Los cuernos y la cola son los emblemas de la bestialidad, es decir, de la brutalidad de las pasiones animales.

DIOS. Inteligencia suprema, causa primera de todas las cosas. Es eterno, inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, e infinito en todas sus perfecciones.

DRÍADES. (Ver *Hamadriades*).

DUENDES.⁴ De la antigua palabra *luicter*, luchar, según algunos, de la que derivaron sucesivamente *luicton*, *luiton*, *luits* y finalmente *lutin*. Según otros, *luicton* podría haber derivado de *nuicton*, que proviene de *nuict*, noche, porque los duendes, según la creencia popular, vienen principalmente durante la noche para atormentar a los vivos.

Se puede englobar bajo esta denominación a Espíritus superficiales, más traviosos y astutos que malvados, que se complacen en causar pequeñas molestias y contrariedades. Son ignorantes, mentirosos y burlones: son los niños malcriados del mundo espírita. Su lenguaje a menudo es ingenioso, mordaz y satírico, rara vez grosero. Disfrutan con los chistes y simpatizan con las personas de carácter frívolo. Sería perder el tiempo y exponerse a ridículos desengaños, si se les hiciera preguntas serias.

EMANCIPACIÓN DEL ALMA. Estado particular de la vida humana durante el cual el alma, al desligarse en parte de sus lazos materiales, recobra algunas de sus

⁴ En francés "lutin". Este vocablo se suele traducir por "duende", que procede de una contracción del castellano antiguo "duen de" (dueño de), en este caso, dueño del lugar que habita, de la casa. Por tanto, asimilable a los lares, manes y penates romanos. (N. de la T.)

VOCABULARIO ESPÍRITA

facultades de Espíritu y entra en comunicación con los seres incorporeales más fácilmente. Este estado se manifiesta sobre todo a través del fenómeno de los sueños, de la somnolencia, de la doble vista, del sonambulismo natural o magnético y del éxtasis. (Ver estas palabras)

ENCARNACIÓN. Estado de los Espíritus que revisten un envoltorio corporal. Se dice *Espíritu encarnado* por oposición a *Espíritu errante*. Los Espíritus son errantes en el intervalo de sus diferentes encarnaciones. La encarnación puede tener lugar en la Tierra o en otro mundo.

ERRATICIDAD. Estado de los Espíritus errantes, es decir no encarnados, durante los intervalos de sus diversas existencias corporales. La erraticidad no es necesariamente un signo absoluto de inferioridad para los Espíritus. Hay Espíritus errantes de todas las clases, excepto del primer orden o Espíritus puros, quienes, al no tener que sufrir más encarnaciones, no pueden ser considerados errantes. Los Espíritus errantes son felices o desgraciados según su grado de depuración. Es en este estado que el Espíritu, cuando se ha despojado del velo material del cuerpo, reconoce sus existencias anteriores y los defectos que lo alejan de la perfección y de la felicidad infinita. Es entonces también cuando elige nuevos desafíos para progresar más rápido.

ESCALA ESPÍRITA. Cuadro de los diferentes órdenes de Espíritus, que indica los grados que han recorrido para llegar a la perfección. Comprende tres órdenes principales: los Espíritus imperfectos, los Espíritus buenos y los Espíritus puros, subdivididos en nueve clases

caracterizadas por la progresión de sentimientos morales e ideas intelectuales.

Los propios Espíritus nos enseñan que pertenecen a diferentes categorías según su grado de depuración, pero también nos dicen que estas categorías no constituyen especies distintas y que todos los Espíritus están llamados a recorrerlas sucesivamente (Ver las explicaciones relativas al carácter de cada clase de Espíritus en el capítulo específico)

ESFERA. Palabra con la que algunos Espíritus designan los diferentes grados de la escala espírita. Dicen que han alcanzado la quinta o la sexta esfera, como otros refieren el quinto o el sexto cielo. Por la forma en se expresan, se podría creer que la Tierra es un punto central rodeado de esferas concéntricas en las que se cumplen sucesivamente los distintos grados de perfección. Incluso hay quienes todavía hablan de la esfera de fuego, de la esfera de las estrellas, etc. Como las más simples nociones de astronomía bastan para demostrar lo absurdo de semejante teoría, esta solo puede provenir de una falsa interpretación de los términos, o de Espíritus muy atrasados, imbuidos de los sistemas de Ptolomeo y de Tycho Brahe. Si un hombre al que consideráis sabio sostiene algo evidentemente absurdo, dudaréis de su saber. Lo mismo debe aplicarse a los Espíritus. A través de la experiencia se aprende a conocerlos. Por lo tanto, estas expresiones son falsas, incluso tomadas en sentido figurado, porque pueden inducir a error sobre el verdadero sentido en que se debe

VOCABULARIO ESPÍRITA

entender la progresión de los Espíritus. (Ver *Reencarnación*)

ESPIRITISMO. Doctrina basada en la creencia de la existencia de los Espíritus y su comunicación con los hombres.

Espírita. Lo que se relaciona con el espiritismo.

Espiritista. El que adopta la doctrina espírita.

ESPÍRITU. (Del latín *spiritus*, derivado de *spirare*, soplar). En el sentido especial de la doctrina espírita, *los Espíritus son los seres inteligentes de la creación que habitan el universo fuera del mundo corporal.*

La naturaleza íntima de los Espíritus nos es desconocida. Ellos mismos no pueden definirla, ya sea por ignorancia o por la insuficiencia de nuestro lenguaje. En este sentido, somos como los ciegos de nacimiento ante la luz. Según lo que los Espíritus nos dicen, el Espíritu no es material en el sentido vulgar de la palabra. Tampoco es inmaterial en el sentido absoluto, porque el Espíritu es *algo* y la inmaterialidad absoluta sería la nada. Así pues, el Espíritu está formado de una sustancia, aunque la materia grosera que impresiona nuestros sentidos no puede darnos una idea. Se le puede comparar a una llama o chispa cuyo resplandor varía según su grado de depuración. Puede presentar toda clase de formas por medio del *periespíritu* que lo rodea. (Ver *Periespíritu*)

ESPÍRITU ELEMENTAL. Espíritu considerado en sí mismo, prescindiendo de su periespíritu o envoltura semimaterial.

ESPÍRITU FAMILIAR. Espíritu que se une a una persona o a una familia, ya sea para protegerla, si es bueno, o para perjudicarla, si es malo. El Espíritu familiar no tiene necesidad de ser evocado. Está siempre presente y responde de inmediato cuando se le llama. A menudo manifiesta su presencia con signos apreciables.

ESPIRITUALISMO. Creencia en la existencia de un alma espiritual, inmaterial, que conserva su individualidad después de la muerte, independientemente de la creencia en los Espíritus. Es lo contrario del *materialismo*. (Ver *Materialismo*, *Espiritismo*) Cualquiera que crea que no todo en nosotros es materia, es *espiritualista*, pero ello no implica que admita la doctrina de los Espíritus. Todo *espiritista* es necesariamente *espiritualista*, pero se puede ser *espiritualista* sin ser *espiritista*. El *materialista* no es ninguna de las dos cosas. Como se trata de dos ideas esencialmente distintas, era necesario distinguirlas con palabras diferentes para evitar cualquier equívoco. Incluso para aquellos que ven el espiritismo como una idea quimérica, es necesario designarlo con una palabra especial. Tanto para las ideas falsas como para las verdaderas se precisan palabras significativas con objeto de entenderse.

ESPÍRITUS GOLPEADORES. Los que revelan su presencia por golpes. Pertenecen a las clases inferiores.

ESTEREOTITA. (Del griego *sténeos*, sólido). Cualidad de las apariciones que adquieren las propiedades de la materia resistente y tangible. Se dice por oposición a las apariciones vaporosas o etéreas, que son impalpables. La aparición estereotita presenta *temporalmente*, a la vista y al tacto, las propiedades de un cuerpo vivo.

EVOCACIÓN. (Ver *Invocación*)

EXPIACIÓN. Pena que sufren los Espíritus como correctivo por las faltas cometidas durante la vida corporal. La expiación, como sufrimiento moral, tiene lugar en el estado errante y, como sufrimiento físico, tiene lugar en el estado corporal. Las vicisitudes y tormentos de la vida corporal son a la vez pruebas para el futuro y una expiación por el pasado.

ÉXTASIS. (Del griego *ékstasis*, alteración del espíritu; derivado de *existêmi*, quedarse estupefacto). Paroxismo de la emancipación del alma durante la vida corporal, de donde resulta la suspensión temporal de las facultades perceptivas y sensitivas de los órganos. En este estado, el alma solo está unida al cuerpo por débiles lazos que busca romper. Pertenece más al mundo de los Espíritus que vislumbra, que al mundo material.

El éxtasis es algunas veces natural y espontáneo. También puede ser provocado por la acción magnética y, en este caso, se trata de un grado superior de sonambulismo.

FATALIDAD. (Del latín *fatalitas*, derivado de *fatum*, destino). Destino inevitable. Doctrina que supone que todos los acontecimientos de la vida, y por extensión

todos nuestros actos, están decididos de antemano y sujetos a una ley de la que no podemos sustraernos. Hay dos clases de fatalidad: una proveniente de causas externas que nos alcanzan y actúan sobre nosotros, a la que podemos denominar reactiva, externa, fatalidad eventual. Y otra que tiene su origen en nosotros mismos y que determina todas nuestras acciones: es la fatalidad personal. La fatalidad, en el sentido absoluto de la palabra, hace del hombre una máquina, sin iniciativa ni libre albedrío y, por lo tanto, sin responsabilidad: es la negación de toda moral.

Según la doctrina espírita, el Espíritu hace un acto de libertad al elegir su nueva existencia y el tipo de prueba que debe sufrir. Los acontecimientos de la vida son la consecuencia de esta elección y se relacionan con la posición social de la existencia. Si el Espíritu debe renacer en una condición servil, el entorno en el que se encontrará le traerá acontecimientos muy distintos a los que tendría si fuera rico y poderoso. No obstante, cualquiera que sea su condición, conserva su libre albedrío en todos los actos de su voluntad y no es fatalmente arrastrado a hacer tal o cual cosa, ni a sufrir tal o cual accidente. Por el tipo de lucha que eligió, tiene la posibilidad de estar inclinado a determinados actos o de encontrar ciertos obstáculos, pero esto no quiere decir que sucederá infaliblemente, ni que no pueda evitarlo por su prudencia y su voluntad. Para esto Dios le ha dado el juicio. Es similar a un hombre que, para llegar a su meta, tiene tres caminos para elegir: por la montaña, por la llanura, o por el mar. En el primero es probable que encuentre piedras y precipicios, en el segundo,

pantanos, y en el tercero enfrentarse a tempestades. Sin embargo, esto no presupone que tropezará con una piedra, que se hundirá en un pantano o que naufragará en un lugar y no en otro. La propia elección del camino no es fatal en el sentido absoluto de la palabra. Por instinto, el hombre tomará aquel camino donde habrá de encontrar la prueba elegida. Si tiene que luchar contra las olas, su instinto no le llevará a tomar el camino de la montaña.

Dependiendo del tipo de pruebas elegidas por el Espíritu, el hombre está expuesto a ciertas vicisitudes. Como resultado de estas vicisitudes, está sometido a determinadas incitaciones de las cuales depende de él sustraerse. Quien comete un crimen, no está fatalmente obligado a cometerlo. Eligió una vida de lucha que pudo incitarlo a ello y si cede a la tentación es por debilidad de su voluntad. Así, el libre albedrío existe para el Espíritu en el estado errante en la elección de las pruebas a que se somete, y en el estado de encarnado en los actos de la vida corporal. Nada hay fatal a excepción del momento de la muerte, pues hasta el tipo de muerte es consecuencia de la naturaleza de las pruebas elegidas.

Tal es el resumen de la doctrina de los Espíritus sobre la fatalidad.

FLUÍDICO. Opuesto a sólido. Calificación dada a los Espíritus por algunos escritores, para caracterizar su naturaleza etérea. Se dice: los *Espíritus fluídicos*. Nosotros creemos que esta expresión es impropia. También presenta una especie de pleonasma, más o menos como si se dijera *aire gaseoso*. La palabra *Espíritu* lo dice todo.

Encierra en sí misma su propia definición, pues despierta necesariamente la idea de algo incorporeal. Un Espíritu que no fuera fluídico, no sería Espíritu. Esta palabra tiene además otro inconveniente, que es el de asimilar la naturaleza de los Espíritus a nuestros fluidos materiales; recuerda demasiado la idea de un laboratorio.

FUEGO ETERNO. La idea del fuego eterno, como castigo, se remonta a la remota Antigüedad, y proviene de la creencia de los antiguos que situaron los infiernos en las entrañas de la Tierra, cuyo fuego central les era revelado por los fenómenos geológicos. Cuando el hombre hubo adquirido nociones más elevadas sobre la naturaleza del alma, comprendió que un ser *inmaterial* no podía sufrir los efectos de un fuego *material*. No obstante, el fuego siguió siendo el emblema del suplicio más cruel, y no se encontró figura más enérgica para pintar los sufrimientos morales del alma. En este sentido es como lo entiende hoy la alta teología, y en este sentido se dice también: “arder de amor”, “ser consumido por los celos”, “ser consumido por la ambición”, etc.

GENIO. (Del latín *genius*, derivado del griego *géinô*, engendrar, producir). En este sentido se dice del hombre que es capaz de crear o de inventar cosas extraordinarias, que es un hombre de genio. En el lenguaje espírita, *genio* es sinónimo de *Espíritu*. Se dice indiferentemente “Espíritu familiar” o “genio familiar”, “buen o mal Espíritu”, “buen o mal genio”. La palabra Espíritu encierra un sentido más vago y menos circunscrito. El genio es una especie de personificación del Espíritu. Lo

imaginamos con una forma determinada más o menos similar a la forma humana, pero vaporosa e impalpable, unas veces visible y otras invisible. Los genios son los Espíritus en sus relaciones con los hombres, actuando sobre ellos por un poder oculto superior.

GENIO FAMILIAR. (Ver *Espíritu familiar*)

GNOMOS. (Del griego *gnômon*, conocedor, hábil; derivado de *ginosko*, conocer). Genios inteligentes que se supone habitan en el interior de la Tierra. Por las cualidades que se les atribuye, pertenecen al orden de los Espíritus imperfectos y a la clase de Espíritus superficiales.

GOLPEADOR. (Ver *Espíritu*).

HADAS. (Del latín, *fata*). Según la creencia popular, las hadas son seres semimateriales dotados de un poder sobrehumano. Son buenas o malas, protectoras o dañinas. Pueden hacerse visibles o invisibles a voluntad y adoptar toda clase de formas. En la Edad Media y en los pueblos modernos, las hadas han sucedido a las divinidades inferiores de los antiguos. Si separamos de su historia lo maravilloso que les presta la imaginación de los poetas y la credulidad popular, quedan solamente manifestaciones espíritas de las que somos testigos y que se han producido en todos los tiempos. Indiscutiblemente esta creencia debe su origen a hechos de este tipo. En las hadas que se supone que presiden el nacimiento de un niño y que lo acompañan a lo largo de su vida, reconocemos fácilmente a los Espíritus o genios familiares. Sus inclinaciones más o menos buenas, reflejo de las pasiones

humanas, las colocan naturalmente en la categoría de los Espíritus inferiores o poco avanzados. (Ver *Poli-teísmo*)

HAMADRIÁDE. (Del griego *ama*, conjunto, y *drûs*, roble. *Driade*, de *drûs*, roble). Ninfa de los bosques, según la mitología pagana. Las dríades eran ninfas inmortales que presidían a los árboles en general y que podían deambular libremente entre aquellos que les tenían especial devoción. La *hamadriade* no era inmortal. Nacía y moría con el árbol cuya protección se le confiaba y al que no podía abandonar jamás. No hay duda hoy de que la idea de las dríades y hamadriades se origina en manifestaciones similares a las que presenciamos. Los antiguos, que lo poetizaban todo, divinizaron las inteligencias ocultas que se manifiestan en la sustancia misma de los cuerpos. Para nosotros, son simplemente Espíritus golpeadores.

HECHICEROS.⁵ (Del latín *sors*, *sortis*: suerte). En origen se decía de los individuos que se consideraba que lanzaban hechizos y, por extensión, de todos aquellos a quienes se atribuye un poder sobrenatural. Los extraños fenómenos que ocurren bajo la influencia de algunos médiums prueban que el poder atribuido a los hechiceros se basa en una realidad, pero de la cual abusó la charlatanería, como abusa de todo. Si en nuestro siglo ilustrado todavía hay personas que atribuyen estos fenómenos al demonio, con mayor razón debieron creerlo en tiempos de ignorancia. De aquí resultó que los

⁵ En francés “sorciers”. Traducido por “hechicero”, este vocablo deriva del latín *factitius*, artificioso. (N. de la T.)

individuos que poseían algunas de las facultades de nuestros médiums, *incluso sin saberlo*, fueran condenados a la hoguera.

IDEAS INNATAS. Ideas o conocimientos no adquiridos, que parece que traemos al nacer. Se ha discutido mucho sobre las ideas innatas, cuya existencia han combatido algunos filósofos, afirmando que todas las ideas son adquiridas. Si así fuera, ¿cómo explicar ciertas predisposiciones naturales, que muchas veces se revelan en edad temprana y al margen de cualquier enseñanza? Los fenómenos espíritas lanzan una enorme luz sobre esta cuestión. La experiencia hoy no deja lugar a dudas sobre este tipo de ideas que encuentran su explicación en la sucesión de existencias. El conocimiento adquirido por el Espíritu en existencias anteriores se refleja en las existencias posteriores mediante lo que llamamos *ideas innatas*.

ILUMINADO. Calificación dada a ciertos individuos que pretenden estar esclarecidos por Dios de una manera particular y que generalmente son considerados visionarios o desequilibrados mentales. Se dice “la secta de los iluminados”. Bajo esta denominación se ha confundido a todos aquellos que reciben comunicaciones inteligentes y *espontáneas* por parte de los Espíritus. Si entre ellos se encontraban hombres sobreexcitados por una imaginación exaltada, hoy sabemos la parte que se le debe dar a la realidad.

INFIERNO. (Del latín *inferna*, derivado de *infernus*, inferior, que está abajo, por debajo; sobreentendido *locus*, lugar: lugar inferior). Llamado así porque los antiguos

lo creían situado en las entrañas de la Tierra. En plural, apenas se utiliza en el lenguaje poético o en referencia a los lugares subterráneos donde, según los paganos, las almas iban tras la muerte. Los infiernos comprendían dos partes: los *Campos Elíseos*, una estancia encantada para las personas de bien, y el *Tártaro*, un lugar donde los malvados sufrían el castigo de sus crímenes a través del fuego y torturas eternas.

La creencia relativa a la posición subterránea de los infiernos ha sobrevivido al paganismo. Según la Iglesia católica: *Jesús descendió a los infiernos, donde las almas de los justos esperaban su venida en el limbo*. Las almas de los malvados serán *precipitadas* a los infiernos. El significado de esta palabra hoy está restringida a la estancia de los réprobos. No obstante, el progreso de las ciencias geológicas y astronómicas, al esclarecer sobre la estructura del globo terrestre y su verdadera posición en el espacio, ha supuesto que el infierno haya sido exiliado de su seno y hoy no se le asigna ningún lugar determinado.

En el estado de ignorancia, el hombre es incapaz de captar abstracciones y de abarcar generalidades. No concibe nada que no esté localizado y circunscrito. Materializa las cosas inmateriales e incluso rebaja la majestad divina. Pero a medida que el progreso de la ciencia positiva lo esclarece, reconoce su error. Sus ideas, que eran mezquinas y estrechas, se engrandecen y el horizonte de lo infinito se despliega ante su mirada. Así, según la doctrina espírita, las penas de ultratumba al ser solo morales son inherentes a la naturaleza impura

e imperfecta de los Espíritus inferiores. No hay infierno localizado en el sentido vulgar asociado a esta palabra. Cada uno lo lleva dentro de sí a través de los sufrimientos que soporta y que no son menos punzantes por no ser físicos. El infierno está dondequiera que haya Espíritus imperfectos. (Ver *Paraíso, Fuego eterno, Penas eternas*)

INSTINTO. Especie de inteligencia rudimentaria que guía a los seres vivos en sus acciones, sin intervención de su voluntad y en interés de su supervivencia. El instinto se convierte en inteligencia cuando implica deliberación. A través del instinto actuamos sin razonar. A través de la inteligencia razonamos antes de actuar. En los seres humanos a menudo se confunden las ideas instintivas con las ideas intuitivas. Estas últimas son las adquiridas en estado de Espíritu o en existencias anteriores y de las cuales se conserva un vago recuerdo.

INTELIGENCIA. Facultad de concebir, comprender y razonar. Sería injusto negar a los animales cierta forma de inteligencia y creer que solo siguen automáticamente el impulso ciego del instinto. La observación demuestra que en muchos casos obran de forma deliberada y según las circunstancias. Sin embargo, esta inteligencia, por admirable que sea, se limita siempre a la satisfacción de las necesidades materiales, mientras que la del ser humano le permite elevarse por encima de la condición de la humanidad. La línea divisoria entre los animales y el ser humano se establece por el conocimiento que le es dado a este último sobre el Ser Supremo. (Ver *Instinto*)

INTUICIÓN. (Ver *Instinto, Ideas innatas*)

INVISIBLE. Nombre con el que algunas personas designan a los Espíritus en sus manifestaciones. Esta denominación no nos parece afortunada, primero porque, aunque la invisibilidad es para nosotros el estado normal de los Espíritus, sabemos que no es absoluta, puesto que pueden aparecerse. En segundo lugar, esta calificación no tiene nada que caracterice esencialmente a los Espíritus, pues se aplica también a todos los cuerpos inertes que no afectan al sentido de la vista. La palabra Espíritu por sí sola tiene un significado que evoca la idea de un ser inteligente e incorpóreo. Observemos también que, al hablar de un Espíritu determinado, como el de Fenelón, por ejemplo, se dirá: “Es el Espíritu de Fenelón quien dijo tal cosa”, y no: “Es el invisible de Fenelón”. Siempre es perjudicial para la claridad y la pureza del lenguaje desviar las palabras de su acepción propia.

INVOCACIÓN. (Del latín, *in*, en, y *vocare*, llamar).
EVOCACIÓN (Del latín, *vocare*, y *e* o *ex*, fuera de). Estas dos palabras no son sinónimos perfectos, aunque tengan la misma raíz, *vocare*, que significa llamar. Es un error usarlos indistintamente. “*Evocar* es llamar, traer hacia uno mismo, hacer aparecer mediante ceremonias mágicas o encantamientos. Evocar almas, Espíritus, sombras. Los nigromantes pretendían evocar las almas de los muertos” (Academia Francesa). En la Antigüedad, *evocar* significaba sacar las almas desde el inframundo para traerlas hacia uno mismo.

Invocar es llamar *en* uno mismo, o en su ayuda, a una fuerza superior o sobrenatural. Se invoca a Dios a través

de la oración. En la religión católica se invoca también a los santos. Toda oración es una invocación. La invocación se encuentra en el pensamiento. La evocación es un acto. En la invocación el ser al que os dirigís os escucha. En la evocación, sale del lugar en que se encuentra para llegar a vosotros y manifestar su presencia. La invocación se dirige solo a seres que se supone lo bastante elevados para asistirnos. Se evoca tanto a los Espíritus inferiores como a los superiores. “Moisés prohibió, bajo pena de muerte, evocar a las almas de los muertos, una práctica sacrílega en uso entre los cananeos. El capítulo XXII del segundo *Libro de los Reyes*, habla de la *evocación* de la sombra de Samuel por la pitonisa.”

El arte de las evocaciones, como vemos, se remonta a la Alta Antigüedad. Se encuentra en todas las épocas y en todos los pueblos. Antaño, la evocación iba acompañada de prácticas místicas, ya sea porque se creía que eran necesarias, o bien, lo más probable, para atribuirse el prestigio de un poder superior. Hoy se sabe que el poder de evocar no es un privilegio, que pertenece a todo el mundo, y que todas las ceremonias mágicas y cabalísticas no eran más que una pompa vana.

Según los antiguos, todas las almas evocadas eran errantes o venían de los infiernos, que comprendían, como se sabe, tanto los Campos Elíseos como el Tártaro; no se unía a ello ninguna interpretación negativa. En el lenguaje moderno, el significado de la palabra *infierno* se ha restringido al lugar de los condenados, lo que ha llevado a que, para algunas personas, la idea de evocación se asocie con malos Espíritus o demonios. No obstante,

esta creencia desaparece a medida que se adquiere un conocimiento más profundo de los hechos. Además, es la menos extendida entre todos los que creen en la realidad de las manifestaciones espíritas. No puede prevalecer ante la experiencia y un razonamiento libre de prejuicios.

LARES. (Ver *Manes*, *Penates*).

LIBRE ALBEDRÍO. Libertad moral del ser humano. Facultad que tiene de guiarse según su voluntad en la realización de sus actos. Los Espíritus nos enseñan que la alteración de las facultades mentales por una causa accidental o natural es el único caso que priva al ser humano de su libre albedrío. Aparte de eso, siempre es dueño de hacer o de dejar de hacer. Goza de esta libertad en estado de Espíritu y gracias a esta facultad elige libremente la existencia y las pruebas que considera apropiadas para su adelanto. La conserva en el estado corporal para poder luchar contra esas mismas pruebas. Los Espíritus que enseñan esta doctrina no pueden ser espíritus malos. (Ver *Fatalidad*)

LUCIDEZ, *clarividencia*. Facultad de ver sin la ayuda de los órganos de la vista. Es una facultad inherente a la naturaleza misma del alma o del Espíritu y que reside en todo su ser. Por esta razón, en todos los casos en que el alma se emancipa, el hombre tiene percepciones independientes de los sentidos. En el estado corporal normal, la facultad de ver está limitada por los órganos materiales. Liberada de este obstáculo, ya no está circunscrita y se extiende por todas partes donde el alma ejerce su acción. Tal es la causa de la visión a distancia

de la que gozan algunos sonámbulos. Estos se ven en el mismo lugar que observan, aunque se encuentre a mil leguas, porque si bien el cuerpo no está allí, el alma realmente sí lo está. Por lo tanto, podemos decir que el sonámbulo ve a través de la luz del alma.

La palabra *clarividencia* es más general. Lucidez se refiere más específicamente a la clarividencia sonámbula. Un sonámbulo es más o menos lúcido según sea más o menos completa la emancipación de su alma.

MAGIA, MAGO. (Del griego *mágos*, sabio, formado a partir de *mageía*, conocimiento profundo de la naturaleza, de donde deriva *magos*, sacerdote, sabio y filósofo entre los antiguos persas). La *magia*, en origen, era la ciencia de los sabios. Todos aquellos que conocían la astrología, se jactaban de predecir el porvenir o realizaban cosas extraordinarias e incomprensibles para el vulgo, eran magos o sabios, a quienes más tarde se les llamó *magos*. El abuso y la charlatanería han desacreditado la magia, pero los fenómenos que reproducimos hoy a través del magnetismo, el sonambulismo y el espiritismo prueban que la magia no era un arte quimérico y que, entre muchos absurdos, había indudablemente cosas muy reales. La divulgación de estos fenómenos tiene como efecto destruir el prestigio de quienes los producían bajo el velo del secreto y abusaban de la credulidad atribuyéndose un supuesto poder sobrenatural. Gracias a esta difusión, hoy sabemos que no hay nada sobrenatural en este mundo y que algunos fenómenos solo parecen derogar las leyes de la naturaleza porque desconocemos su causa.

MAGNETISMO ANIMAL. (Del griego y del latín *magnes*, imán). Así denominado por analogía con el magnetismo mineral. La experiencia ha demostrado que esta analogía no existe o solo es aparente, por lo que esta denominación no es exacta. Sin embargo, como está consagrada por el uso universal y además el epíteto que se le añade no admite equívocos, sería más inconveniente que útil cambiar este nombre. Algunas personas lo sustituyen con la palabra *mesmerismo*, pero hasta el momento no ha prevalecido.

El magnetismo animal puede definirse así: acción recíproca de dos seres vivos a través de un agente especial denominado *fluido magnético*.

MAGNETIZADOR, MAGNETISTA. Este último término es empleado por algunas personas para designar a los adeptos del magnetismo, aquellos que creen en sus efectos. El magnetizador es el práctico, el que ejerce el magnetismo, mientras que el magnetista es el teórico. Se puede ser magnetista sin ser magnetizador, pero no se puede ser magnetizador sin ser magnetista. Esta distinción nos parece útil y lógica.

MANES. (Del latín *manere*, permanecer, según algunos. O bien de *manes*, *manium*, derivado de *manus*, bueno, según otros). En la mitología romana y etrusca, los manes eran las almas o sombras de los muertos. Los antiguos sentían un gran respeto por los manes de sus ancestros, a quienes creían apaciguar mediante sacrificios. Los imaginaban con su forma humana, pero vaporosa e invisible, vagando alrededor de sus tumbas o sus hogares y visitando a sus familias. ¿Quién no

VOCABULARIO ESPÍRITA

reconocería en estos manes a los Espíritus bajo la envoltura semimaterial del periespíritu y que nos dicen ellos mismos que están entre nosotros con la forma que tenían cuando estaban vivos? (Ver *Penates*)

MANIFESTACIÓN. Acto mediante el cual un Espíritu revela su presencia. Las manifestaciones son:

Ocultas, cuando no tienen nada de ostensible y el Espíritu se limita a actuar sobre el pensamiento.

Patentes, cuando son apreciables por los sentidos.

Físicas, cuando se traducen en fenómenos materiales, como ruidos, movimiento y desplazamiento de objetos.

Inteligentes, cuando revelan un pensamiento (Ver *Comunicación*).

Espontáneas, cuando son independientes de la voluntad y tienen lugar sin que se llame a ningún Espíritu.

Provocadas, cuando son el efecto de la voluntad, del deseo o de una evocación determinada.

Aparentes, cuando el Espíritu se muestra a la vista (Ver *Aparición*).

MATERIALISMO. Sistema de quienes piensan que todo en el hombre es materia y que nada sobrevive en él tras la destrucción del cuerpo. Nos parece inútil refutar esta opinión, que además es particular en algunas personas y no está erigida como doctrina en ninguna parte. Si se puede demostrar la existencia del alma a través del razonamiento, las manifestaciones espíritas son la

prueba evidente. A través de ellas, asistimos de alguna manera a todas las peripecias de la vida de ultratumba. El materialismo, que se basa únicamente en una negación, no puede sostenerse ante la evidencia de los hechos. Por eso, la doctrina espírita ha triunfado a menudo entre aquellos que habían resistido a todos los demás argumentos. La divulgación del espiritismo es el medio más poderoso para extirpar esta plaga de las sociedades civilizadas.

MÉDIUMS. (Del latín *medium*, medio, intermediario). Personas accesibles a la influencia de los Espíritus y que están más o menos dotadas de la facultad de recibir y transmitir sus comunicaciones. Para los Espíritus, el médium es un intermediario. Es un agente o instrumento más o menos adecuado, según la naturaleza o el grado de la facultad mediadora. Esta facultad depende de una disposición orgánica especial, susceptible de desarrollo. Se distinguen muchas variedades de médiums, según su aptitud particular para determinado modo de transmisión o cierto tipo de comunicación.

MÉDIUMS DE INFLUENCIA FÍSICA⁶. Aquellos que tienen el poder de provocar manifestaciones ostensibles. Comprenden las variedades siguientes:

Médiums motores. Los que provocan el movimiento y el desplazamiento de objetos.

⁶ Allan Kardec cambiaría la denominación de “médiums de influencia física” por la de “médiums de efectos físicos”, más clarificadora, en su siguiente obra, *El Libro de los médiums*, publicada en 1861. (Cap. XIV)(N. de la T.)

Médiums golpeadores. Los que provocan ruidos y golpes.

Médiums de apariciones. Los que provocan apariciones. (Ver *Apariciones*)

Entre los médiums de influencia física, distinguimos:

Los médiums naturales. Los que producen los fenómenos de forma espontánea, sin ninguna participación de su voluntad.

Los médiums facultativos. Los que tienen el poder de provocarlos por un acto de su voluntad.

MÉDIUMS DE INFLUENCIAS MORALES. Los que son especialmente apropiados para recibir y transmitir comunicaciones inteligentes. Se los distingue según su aptitud especial:

Médiums escribientes o psicógrafos. Los que tienen la facultad de escribir bajo la influencia de los Espíritus. (Ver *Psicografía*)

Médiums pneumatógrafos. Los que tienen la facultad de obtener la escritura directa de los Espíritus. (Ver *Pneumatografía*)

Médiums dibujantes. Los que dibujan bajo la influencia los Espíritus.

Médiums músicos. Los que tocan, componen o escriben música bajo la influencia de los Espíritus.

Médiums parlantes. Los que transmiten a través de la palabra lo que los escribientes transmiten con la escritura.

Médiums comunicadores. Personas que tienen el poder de desarrollar en otros, por medio de su voluntad, la facultad de escribir, ya sean o no ellos mismos médiums escribientes.

Médiums inspirados. Personas que, ya sea en estado normal o en estado de éxtasis, reciben a través del pensamiento comunicaciones ocultas, que son ajenas a sus ideas preconcebidas.

Médiums de presentimientos. Personas que en algunas circunstancias tienen una intuición vaga de acontecimientos futuros.

Médiums videntes. Personas que tienen la facultad de la doble vista, o la de ver a los Espíritus. (Ver *Vista*)

Médiums sensitivos o impresionables. Personas capaces de sentir la presencia de los Espíritus a través de una vaga impresión de la que no pueden dar explicaciones. Esta variedad no tiene un carácter bien definido; todos los médiums son necesariamente impresionables. La impresionabilidad es más bien una cualidad general que especial: es la facultad rudimentaria, indispensable para el desarrollo de todas las otras. Difiere de la impresionabilidad puramente física y nerviosa, con la que no debe confundirse.

Observación: Algunas personas dicen *media* como plural de médium, igual que se dice *errata*. No vemos

ninguna ventaja en multiplicar sin necesidad las excepciones, ya tan numerosas en nuestro idioma. Todos los gramáticos hoy están de acuerdo en dar a la mayoría de las palabras extranjeras que se han incorporado al lenguaje común la forma francesa. Varios términos con la terminación latina están en este caso. Se dice *muséums*, *factums*, *pensums*, *mémorandums*, etc. ¿Por qué no decir *médiums*? Decir *media* sería una especie de afectación pedante.

METEMPSICOSIS. (Del griego *meta*, cambio; *en*, en; y *psyké*: alma). Transmigración del alma de un cuerpo a otro. “El dogma de la metempsicosis es de origen indio. Desde la India, esta creencia pasó a Egipto, desde donde más tarde Pitágoras la importó a Grecia. Los discípulos de este filósofo enseñan que el Espíritu, cuando se ha liberado de las ataduras del cuerpo, espera en el imperio de los muertos, en un estado intermedio más o menos largo, y a continuación anima otros cuerpos de seres humanos o de *animales* hasta que se cumpla su purificación y regreso a la fuente de la vida.” El dogma de la metempsicosis, como se ve, está basado en la individualidad y la inmortalidad del alma. En ella se encuentra la doctrina de los Espíritus sobre la reencarnación. Este estado intermedio entre las diferentes existencias no es más que el estado errante en el que se encuentran los Espíritus entre dos encarnaciones. Sin embargo, hay una diferencia fundamental entre la metempsicosis india y la doctrina de la reencarnación tal como se nos enseña hoy día. En primer lugar, la metempsicosis india admite la transmigración del alma al cuerpo de los animales, lo que sería una degradación. Y

en segundo lugar esta transmigración solo ocurre en la Tierra. Por el contrario, los Espíritus nos dicen que la reencarnación es un progreso incesante, que el ser humano es una creación aparte cuya alma no tiene nada en común con el principio vital de los animales, que las diferentes existencias pueden cumplirse en la Tierra o, a través de una ley progresiva, en un mundo de un orden superior, y esto, como dijo Pitágoras, “hasta que la purificación se haya alcanzado”.

MITOLOGÍA. (Del griego *mythos*, fábula, y *logos*, discurso). Historia fabulosa de las deidades paganas. También se comprende bajo este nombre la historia de todos los seres sobrenaturales que, con distintas denominaciones, sucedieron a los dioses paganos en la Edad Media. Así tenemos las mitologías escandinava, teutónica, celta, escocesa, irlandesa, etc.

MUERTE. Aniquilación de las fuerzas vitales del cuerpo debido al agotamiento de los órganos. Al estar el cuerpo privado del principio de la vida orgánica, el alma se desprende de él y entra en el mundo de los Espíritus.

MUNDO CORPORAL. Conjunto de los seres inteligentes que tienen cuerpo material.

MUNDO ESPIRITUAL O MUNDO DE LOS ESPÍRITUS. Conjunto de seres inteligentes despojados de su envoltura corporal. El mundo de los Espíritus es el mundo normal, primitivo, que existía antes y sobrevive a todo. El estado corporal, para los Espíritus, solo es transitorio y pasajero. Cambian de envoltura como nosotros cambiamos de ropa. Abandonan la que está

gastada, al igual que nosotros abandonamos un viejo traje.

NECROMANCIA. (Del griego *nekrós*, muerte, y *mantéia*, adivinación). Arte de evocar a las almas de los muertos para obtener revelaciones. Por extensión, esta palabra ha sido aplicada a todos los medios de adivinación, y se califica de *nigromante* a cualquiera que profese predecir el futuro. Esto se debe, sin duda, a que la necromancia, en la verdadera acepción de la palabra, ha debido ser uno de los primeros medios empleados para este objetivo. En segundo lugar, según la creencia popular, las almas de los muertos debían ser los principales agentes en los otros métodos de adivinación, tales como la *quiromancia* —adivinación mediante la inspección de la mano—, la *cartomancia*, etc. El abuso y el charlatanismo han desacreditado a la necromancia tanto como a la magia.

NOCTÁMBULO, NOCTAMBULISMO. (Del latín *nox, noctis*, la noche, y *ambulare*, andar, pasear). El que anda o se pasea dormido durante la noche. Sinónimo de *sonámbulo*. Esta última palabra es preferible, dado que *noctámbulo* y *noctambulismo* no implican en modo alguno la idea de sueño.

ORÁCULO. (Del latín *os, oris*, la boca). Respuesta de los dioses, según las creencias paganas, a las preguntas que se les dirigían. Así designado porque las respuestas generalmente eran transmitidas por *la boca* de las pitonisas (ver esta palabra). Por extensión, se denominaba *oráculo* tanto a la respuesta como a la persona que la pronunciaba y a los diversos medios empleados para

conocer el porvenir. Todo fenómeno extraordinario, capaz de sorprender la imaginación, debía ser expresión de la voluntad de los dioses y se convertía en un oráculo. Los sacerdotes paganos, que no desaprovechaban ninguna oportunidad para explotar la credulidad, se convertían en sus intérpretes y a este efecto consagraban con solemnidad templos, donde los fieles acudían a entregar sus ofrendas con la quimérica esperanza de conocer el porvenir. Evidentemente, la creencia en los oráculos tiene su origen en las comunicaciones espíritas, que la charlatanería, la codicia y el deseo de dominación habían rodeado de artificio, y que hoy vemos en toda su sencillez.

PARAÍSO. (Del griego *paradeizos*, jardín, vergel). Morada de los Bienaventurados. Los antiguos lo situaban en la parte de los infiernos llamada Campos Elíseos (Ver *Infierno*), y los pueblos modernos, en las regiones elevadas del espacio. Esta palabra es sinónimo de *cielo*, tomada en la misma acepción con esta diferencia: que la palabra *cielo* va unida a la idea de una beatitud infinita, mientras que la de *paraíso* es más circunscrita y recuerda a goces un poco más materiales. Todavía se dice “subir al cielo” y “descender al infierno”. Estas opiniones se basan en la creencia primitiva, fruto de la ignorancia, de que el universo está formado por esferas concéntricas cuyo centro lo ocupa la Tierra. En estas esferas denominadas *cielos*, es donde se ha colocado la morada de los justos. De aquí la expresión “quinto cielo”, “sexto cielo”, para designar los diversos grados de beatitud. Pero, desde que la ciencia ha llevado su mirada investigadora hasta las profundidades etéreas, nos ha

mostrado un espacio universal ilimitado, salpicado por un número infinito de globos, entre ellos el nuestro, que no tiene asignado un lugar de preferencia, y sin que haya para él ni *alto* ni *bajo*. El científico solo ve en todas partes el espacio infinito poblado de innumerables mundos allí donde se le había indicado el cielo. Y al encontrar en las entrañas de la Tierra, en lugar del infierno, solo capas geológicas donde está inscrita su formación con caracteres irrefutables, ha concluido por dudar del cielo y del infierno, y de ahí a la duda absoluta solo había un paso.

La doctrina enseñada por los Espíritus superiores está de acuerdo con la ciencia. No contiene nada que falte a la razón y esté en contradicción con los conocimientos exactos. Nos muestra la morada de los Buenos, ya no en un lugar cerrado o en esas pretendidas esferas con que la ignorancia había rodeado a nuestro globo, sino en todas partes donde hay buenos Espíritus, en el espacio para aquellos que se encuentran errantes, en los mundos más perfectos para los que están encarnados. Allí está el Paraíso Terrestre, allí están los Campos Elíseos, cuya idea primitiva proviene del conocimiento intuitivo que le fue dado al hombre sobre este estado de cosas y que su ignorancia y sus prejuicios han reducido a mezquinas proporciones. La doctrina de los Espíritus también nos muestra a los malvados que encuentran el castigo de sus faltas en su propia imperfección, en su sufrimiento moral, en la inevitable presencia de sus víctimas, castigos más terribles que las torturas físicas incompatibles con la doctrina de la inmaterialidad del alma. Nos los muestra expiando sus errores a través de

las tribulaciones de nuevas existencias corporales que realizan en mundos imperfectos, y no en un lugar de tormento eterno donde la esperanza ha sido desterrada para siempre. Allí está el infierno. Cuántos hombres nos han dicho: “¡Si nos hubieran enseñado esto desde pequeños, nunca habiéramos dudado!”

La experiencia nos enseña que los Espíritus que no están suficientemente desmaterializados continúan bajo el imperio de las ideas y prejuicios de la existencia corporal. Por lo tanto, quienes en sus comunicaciones utilizan un lenguaje coherente con ideas cuyo error material ha sido demostrado, prueban con ello su ignorancia e inferioridad.

PENAS ETERNAS. Los Espíritus superiores nos enseñan que solo el bien es eterno, porque es la esencia de Dios, y que el mal tendrá un fin. A consecuencia de este principio, combaten la doctrina de la eternidad de las penas como contraria a la idea que Dios nos da de su justicia y su bondad. Pero la luz solo llega a los Espíritus en la medida de su elevación. En las categorías inferiores, sus ideas todavía están oscurecidas por la materia; para ellos el futuro está cubierto por un velo: solo ven el presente. Se encuentran en la situación de un hombre que escala una montaña; en el fondo del valle, la niebla y los recodos del camino limitan su visión; debe llegar a la cumbre para descubrir todo el horizonte, valorar el camino recorrido y el que le queda por recorrer. Los Espíritus imperfectos, al no percibir el término de sus sufrimientos, creen que sufrirán siempre, y este mismo pensamiento es un castigo para ellos. Así, pues, si

algunos Espíritus nos hablan de penas eternas es porque creen en ellas como resultado de su inferioridad.

PENATES. (Del latín *penitus*, interior, que está dentro, formado de *penus*, lugar retirado, escondido). Dioses domésticos de los antiguos, llamados así, porque se los colocaba en el lugar más retirado de la casa. **LARES** (del nombre de la ninfa *Lara*, porque se los creía hijos de esta ninfa y de Mercurio). Al igual que los penates, eran los dioses o genios domésticos, con la diferencia de que los *penates* eran, en su origen, los *manes* de los ancestros, cuyas imágenes se guardaban en un lugar secreto, al abrigo de la profanación. Los *lares*, genios bienhechores, protectores de las familias y los hogares se consideraban hereditarios, porque una vez unidos a una familia continuaban protegiendo a sus descendientes. No solo cada individuo, cada familia y cada casa tenía sus lares particulares, sino que los había también para las ciudades, los pueblos, las calles, los edificios, etc., que se ponían bajo la advocación de tales o cuales lares, como los cristianos bajo tal o cual santo patrón.

Los lares y penates, cuyo culto puede decirse que era universal, aunque con nombres diferentes, no eran otros que los Espíritus familiares cuya existencia se nos ha revelado en nuestros días. Los antiguos los hicieron dioses, a quienes la superstición erigía altares, mientras que para nosotros son simplemente Espíritus que han animado a hombres como nosotros, a veces nuestros padres y amigos, y que se unen a nosotros por simpatía. (Ver *Politeísmo*)

PERIESPÍRITU. (Del griego *perí*, alrededor, y del latín *spiritus*, Espíritu). Envoltura semimaterial del Espíritu después de su separación del cuerpo. El Espíritu la toma del mundo donde se encuentra y la cambia al pasar de un mundo a otro. Es más o menos sutil o grosera, según la naturaleza de cada globo. El periespíritu puede adoptar cualquier forma que el Espíritu desee. Normalmente toma la imagen que este tenía en su última existencia corporal.

Aunque de naturaleza etérea, la sustancia del periespíritu puede presentar algunas modificaciones que la hacen perceptible a nuestra vista. Esto es lo que ocurre en las apariciones. Puede incluso, por su unión con el fluido de ciertas personas, volverse temporalmente tangible, es decir, ofrecer al tacto la resistencia de un cuerpo sólido, como se ve en las apariciones estereotitas o palpables.

Aún no se conoce la naturaleza íntima del periespíritu. No obstante, podríamos suponer que la materia de los cuerpos está compuesta por una parte sólida y tosca y por otra sutil y etérea; que solo la primera sufre la descomposición producida por la muerte, mientras que la segunda persiste y acompaña al Espíritu. De este modo, el Espíritu tendría una doble envoltura. La muerte solo lo despojaría de la más grosera. La segunda, que constituye el periespíritu, conservaría la huella y la forma de la primera, de la que sería como su sombra. Pero, su naturaleza esencialmente vaporosa permitiría al Espíritu modificar esta forma por su voluntad, volverla visible o invisible, palpable o impalpable.

El periespíritu es al Espíritu lo que el perisperma es al germen del fruto. La almendra, despojada de su envoltura leñosa, contiene el germen bajo la delicada envoltura del perisperma.

PITIA, PITONISA. Sacerdotisa de Apolo Pitio, en Delfos, así llamada por la serpiente pitón que Apolo había matado. La Pitia pronunciaba los oráculos, pero como no siempre eran inteligibles, los sacerdotes se encargaban de interpretarlos según las circunstancias. (Ver *Sibila*)

PLEGARIA. La plegaria es una invocación y, en algunos casos, una evocación mediante la cual se llama a un Espíritu determinado. Cuando se dirige a Dios, él nos envía a sus mensajeros, los Buenos Espíritus. La plegaria no puede desviar los decretos de la Providencia, pero a través de ella los Buenos Espíritus pueden venir para asistirnos, ya sea para darnos la fuerza moral que nos falta, o para sugerirnos los pensamientos que necesitamos. De ahí proviene el alivio que sentimos cuando hemos orado con fervor. De aquí también proviene el alivio que sienten los Espíritus que sufren cuando oramos por ellos. Ellos mismos piden esas plegarias en la forma que les resulta más familiar y acorde con las ideas que conservan de su existencia corporal. Sin embargo, la razón, de acuerdo en esto con los Espíritus, nos dice que la plegaria dicha con los labios es una fórmula vana cuando el corazón no participa en ella.

PNEUMATOFONÍA. (Del griego *pneuma*, aire, soplo, viento, espíritu; y *phoné*, sonido o voz) Comunicación verbal y directa de los Espíritus sin la ayuda de los

órganos de la voz. Sonido o voz que ellos hacen oír en el aire y que parece repercutir en nuestros oídos. (Ver *Psicofonía*)

Observación. No empleamos la palabra *Pneumatología* porque ya tiene una acepción científica determinada y, en segundo lugar, porque esta palabra sería impropia, puesto que solo se trata de sonidos vagos no articulados.

PNEUMATOGRAFÍA. (Del griego *pneuma*, aire, sople, viento, espíritu; y *grapho*, yo escribo) Escritura directa de los Espíritus sin ayuda de la mano de un médium. (Ver *Psicografía*)

POLITEÍSMO. (Del griego *polús*, mucho, y *theós*, Dios). Religión que admite numerosos dioses. En los pueblos antiguos, la palabra *dios* despertaba la idea de poder. Para ellos, todo poder superior a lo común era un dios, incluso los hombres que habían hecho grandes cosas se convirtieron en dioses. Los Espíritus que se manifestaban a través de efectos que les parecían sobrenaturales eran, a sus ojos, divinidades, entre las que es imposible no reconocer a nuestros Espíritus en todos los grados, desde los golpeadores hasta los superiores. En los dioses con forma humana, que se trasladaban por el espacio, cambiaban de forma y se hacían visibles o invisibles a voluntad, reconocemos todas las propiedades del periespíritu. En las pasiones que les atribuían, reconocemos a los Espíritus aún no desmaterializados. En los *manes*, *lares* y *penates* reconocemos a nuestros Espíritus familiares, a nuestros genios tutelares. El conocimiento de las manifestaciones espíritas es, por tanto, la fuente del politeísmo. Sin embargo, desde

la más remota Antigüedad, los hombres esclarecidos juzgaron a estos supuestos dioses en su justo valor y reconocieron en ellos a las criaturas de un Dios supremo, soberano señor del mundo. El cristianismo, al confirmar la doctrina de la unidad de Dios y esclarecer a los hombres con la sublime moral del Evangelio, ha marcado una nueva era en la marcha progresiva de la humanidad. Sin embargo, como los Espíritus no han cesado de manifestarse, los hombres los han convertido en genios y hadas, en lugar de dioses.

POSEIDO, POSESO. Según la idea asociada a esta palabra, el poseso es aquel en quien se ha alojado un demonio. *El demonio lo posee* significa que *el demonio se ha apoderado de su cuerpo* (ver *Demonio*). Si tomamos la palabra *demonio* no en su acepción vulgar, sino en el sentido de Espíritu malo, Espíritu impuro, Espíritu maléfico, Espíritu imperfecto, se trataría de saber si un Espíritu de esta naturaleza, o de cualquier otra, puede alojarse en el cuerpo de un hombre, juntamente con el Espíritu que está allí encarnado o reemplazándolo. En este último caso podríamos preguntarnos qué sucede con el alma así expulsada. La doctrina espírita dice que el Espíritu unido al cuerpo solo puede separarse definitivamente de él por la muerte y que otro Espíritu no puede ocupar su lugar, ni unirse a ese cuerpo simultáneamente con él. Pero dice también que un Espíritu imperfecto puede unirse al Espíritu encarnado, adueñarse de él, dominar sus pensamientos, limitarlo si este no tiene fuerzas para resistirse, para hacer esto o aquello, para actuar en este o aquel sentido; lo estrecha, por así decirlo, bajo su influencia. De este modo, no hay

posesión en el sentido absoluto del término, sino *subyugación*. No se trata de desalojar a un Espíritu malo, sino, para servirnos de una comparación material, de hacerle soltar la presa, cosa que siempre podemos hacer cuando lo deseamos realmente. No obstante, hay personas que se complacen en una dependencia que halaga sus gustos y deseos.

La superstición popular atribuye a la posesión del demonio ciertas enfermedades que no tienen otra causa que una alteración de los órganos. Esta creencia estaba muy extendida entre los judíos. Para ellos, curar tales enfermedades era expulsar a los demonios. Cualquiera que sea la causa de la enfermedad, siempre que se produzca la curación, eso no resta nada al poder de quien la efectúa. Por tanto, Jesús y sus discípulos podían decir que “expulsaban a los demonios”, sirviéndose del lenguaje corriente. Si hubiesen hablado de otro modo, no habrían sido comprendidos y tal vez ni siquiera creídos. Una cosa puede ser verdadera o falsa, dependiendo del sentido que atribuimos a las palabras. Las mayores verdades pueden parecer absurdas cuando solo consideramos la forma de expresarlas.

PRUEBAS. Vicisitudes de la vida corporal a través de las cuales los Espíritus se depuran según la forma en que las soportan. Según la doctrina espírita, el Espíritu, una vez desprendido del cuerpo y reconociendo su imperfección, elige por sí mismo, mediante un acto de su libre albedrío, el tipo de pruebas que considera más apropiado para su adelanto y que sufrirá en su nueva

existencia. Si elige una prueba superior a sus fuerzas, sucumbe y retrasa su progreso.

PSICOFONÍA. (Del griego *psyké*, alma, y *phoné*, sonido o voz). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por la voz de un médium parlante.

PSICOGRAFÍA. (Del griego *psyké*, mariposa, alma, y *grapho*, yo escribo). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por medio de la escritura trazada por la mano de un médium. En el médium escribiente, la mano es el instrumento, pero su *alma*, o el espíritu encarnado en él, es la intermediaria o intérprete del Espíritu ajeno que se comunica. En la *pneumatografía* el propio Espíritu ajeno escribe sin intermediario. (Ver *Pneumatografía*)

Psicografía inmediata o *directa*, cuando el médium escribe, sujetando el lápiz como en la escritura ordinaria.

Psicografía mediata o *indirecta*, cuando el lápiz se adapta a cualquier objeto que sirva como una especie de apéndice de la mano, como una cesta, una tablita, etc.

PSICOLOGÍA. Disertación sobre el alma. Ciencia que se ocupa de la naturaleza del alma. Esta palabra indica, para el médium parlante, lo que la psicografía para el médium escribiente, es decir, la transmisión del pensamiento de los Espíritus mediante la voz de un médium. No obstante, como ya tiene una acepción consagrada y bien definida, no es conveniente darle otra. (Ver *Psicofonía*)

PUREZA ABSOLUTA. Estado de los Espíritus del primer orden o Espíritus puros: los que han recorrido todos los grados de la escala y ya no tienen que reencarnar.

PURGATORIO. (Del latín *purgatorium*, formado de *purgare*, purgar; raíz *purus*, puro, que deriva del griego: *pyr*, *pyros*, fuego, antiguo emblema de la purificación). Según la Iglesia católica, lugar de expiación temporal para las almas que aún tienen que purificarse de algunas manchas. La Iglesia no define de manera precisa el lugar donde se encuentra el purgatorio. Lo sitúa en todas partes, en el espacio, tal vez junto a nosotros. Tampoco explica con mayor claridad la naturaleza de los castigos que allí se soportan; son sufrimientos más morales que físicos. Sin embargo, hay fuego, pero la alta teología reconoce que esta palabra debe tomarse en sentido figurado y como emblema de purificación. La enseñanza de los Espíritus es mucho más explícita sobre este tema. Es cierto que rechazan el dogma de la eternidad de las penas (Ver *Infierno, Penas eternas*), pero admiten una expiación temporal más o menos larga que, excepto el nombre, no es otra cosa que el purgatorio. Esta expiación se realiza mediante los sufrimientos morales del alma en el estado errante. Los Espíritus errantes están por todas partes: en el espacio, a nuestro lado, como dice la Iglesia, que admite en el purgatorio ciertas penas físicas. La doctrina espírita dice que el Espíritu se depura, se *purga* de sus impurezas en sus existencias corporales. Los sufrimientos y las tribulaciones de la vida son las expiaciones y pruebas por las cuales se eleva. De todo ello resulta que aquí abajo estamos en pleno purgatorio. Lo que la doctrina católica no precisa,

los Espíritus lo aclaran, lo hacen palpable y visible. Por tanto, los Espíritus que sufren pueden decir que están en el purgatorio, para usar nuestro lenguaje. Si debido a su inferioridad moral no se les permite ver el término de su sufrimiento, dirán que están en el infierno. (Ver *Infierno*)

La Iglesia admite la eficacia de las plegarias para las almas del purgatorio. Los Espíritus nos dicen que a través de la plegaria se llama a los Espíritus buenos, que dan a los débiles la fuerza moral que les falta para soportar sus pruebas. Por tanto, los Espíritus que sufren pueden pedir plegarias, sin que haya contradicción alguna con la doctrina espírita. Ahora bien, por lo que sabemos de los diferentes grados de Espíritus, comprendemos que estos pueden pedir dichas oraciones según la forma que les era familiar durante su vida. (Ver *Plegaria*)

La Iglesia solo admite una existencia corporal, después de la cual la suerte del hombre queda irrevocablemente fijada para la eternidad. Los Espíritus nos informan que una sola existencia, cuya duración es a menudo acortada por accidentes, es solo un punto en la eternidad, que no le basta al alma para purificarse completamente. Y también que Dios, en su justicia, no condena sin remisión a aquel de quien no ha dependido estar lo suficientemente instruido sobre el bien para practicarlo. La doctrina de los Espíritus deja al alma la facultad de lograr en una serie de existencias lo que no pudo realizar en una sola. Esta es la principal diferencia. Pero si se examinaran con cuidado los principios

dogmáticos y siempre se tuviera en cuenta lo que debe tomarse en sentido figurado, muchas contradicciones aparentes sin duda desaparecerían.

REENCARNACIÓN. Retorno del Espíritu a la vida corporal.

La reencarnación puede tener lugar inmediatamente después de la muerte, o tras un periodo de tiempo más o menos largo durante el cual el Espíritu se encuentra errante. Puede suceder en la Tierra o en otras esferas, pero siempre en un cuerpo humano y nunca en el de un animal. La reencarnación es progresiva o estacionaria, pero nunca retrógrada. En sus nuevas existencias corporales, el Espíritu puede descender en posición social, pero no como Espíritu. Es decir, de amo puede pasar a siervo, de príncipe a artesano, de rico a miserable, progresando siempre en ciencia y en moralidad. De este modo, el malvado puede llegar a ser un hombre de bien, pero el hombre de bien no puede convertirse en un hombre perverso.

Los Espíritus imperfectos, que aún están bajo la influencia de la materia, no siempre tienen una idea completa sobre la reencarnación. La forma en que la explican refleja su ignorancia y prejuicios terrenales, muy parecido a lo que haría un campesino al que se preguntara si es la Tierra la que gira alrededor del Sol o, al contrario. Solo tienen un recuerdo confuso de sus existencias anteriores y el porvenir para ellos es incierto (Sabemos que el recuerdo de las existencias pasadas se vuelve más claro a medida que el Espíritu se purifica). Algunos Espíritus se refieren todavía a las esferas

concéntricas que rodean la Tierra y en las que el Espíritu, elevándose gradualmente, alcanza el séptimo cielo, que es para ellos el apogeo de la perfección. Pero incluso en medio de la diversidad de expresiones y de la extravagancia de las imágenes, una observación atenta revela fácilmente un pensamiento dominante: el de las sucesivas pruebas que el Espíritu debe sufrir y los diversos grados que debe recorrer para alcanzar la perfección y la felicidad suprema. Frecuentemente las cosas nos parecen contradictorias solo porque no hemos profundizado en su sentido íntimo.

SATÁN. (Del hebreo *chaitân*, adversario, enemigo de Dios). El jefe de los demonios. Esta palabra es sinónimo de *diablo*, con la diferencia de que esta última pertenece más que la primera al lenguaje familiar. En segundo lugar, según la idea fijada a esta palabra, Satán es un ser único, el genio del mal, el rival de Dios. Por su parte, *diablo* es un término más genérico que se aplica a todos los demonios. Hay un solo Satán y muchos diablos. Según la doctrina espírita, Satán no es un ser particular, porque Dios no tiene rival que pueda competir con él en igualdad de condiciones. Es la personificación alegórica del mal y de todos los Espíritus malos. (Ver *Diablo*, *Demonio*)

SEMATOLOGÍA. (Del griego *sema*, *sématos*, signo, y *logos* discurso). Transmisión del pensamiento de los Espíritus por medio de signos, tales como golpes, movimiento de objetos, etc. (Ver *Tiptología*)

SERAFÍN. (Ver *Ángeles*)

SIBILA. (Del griego eólico *sios*, empleado por *theós*, dios, y *leoulí*, consejo. Consejo divino). Profetisas que emitían oráculos y que los antiguos creían inspirados por la divinidad. Teniendo en cuenta la locuacidad y el prestigio con el que las rodeaban los que las explotaban, reconocemos en las sibilas y pitonisas todas las facultades de los sonámbulos, extáticos y de algunos médiums.

SILFOS, SÍLFIDES. Según la mitología de la Edad Media, los silfos eran los genios del aire, como los gnomos lo eran de la tierra y las ondinas de las aguas. Se los representaba en forma humana semivaporosa, con rasgos hermosos. Sus alas transparentes eran el emblema de la rapidez con que recorrían el espacio. Se les atribuía el poder de hacerse visibles o invisibles a voluntad. Su carácter era bondadoso y condescendiente. “No sospecháis la multitud de silfos ligeros que tenéis a vuestras órdenes. Continuamente ocupados en recoger vuestros pensamientos, apenas pronunciáis una palabra, se apoderan de ella y la repiten a vuestro alrededor. Su ligereza es tan grande que recorren mil pasos en un segundo. Son los silfos de Paracelso y de Gabalis.” (A. Martín)⁷

La creencia en los silfos tiene su origen evidente en las manifestaciones espíritas. Son los Espíritus de un orden inferior, ligeros, pero benévolos.

⁷ Es posible que la obra citada por Kardec sea *El pasado y el porvenir* (*Le passé et l'avenir*), de Martin, publicada en 1832 y referenciada en *Catálogo razonado para formar una biblioteca espírita* (1869). En todo caso, se trata de una obra que estaba agotada y actualmente no se localiza en la Biblioteca Nacional de Francia. (N. de la T.)

SOMNILOQUIA. (Del latín *somnus*, sueño, y *loqui*, hablar). Estado de emancipación del alma, intermedio entre el sueño y el sonambulismo natural. Los que hablan durante el sueño son *somnílocuos*.

SONAMBULISMO. (Del latín *somnus*, sueño, y *ambulare*, caminar, pasear). Estado de emancipación del alma más completo que en el sueño. (Ver *Sueño*)

El sueño es un sonambulismo imperfecto. La lucidez del alma, es decir, la facultad de ver, que es uno de los atributos de su naturaleza, en el sonambulismo está más desarrollada. El alma ve las cosas con mayor precisión y nitidez. El cuerpo puede actuar impulsado por la voluntad del alma.

El olvido absoluto al despertar es uno de los signos característicos del verdadero sonambulismo, porque la independencia del alma y del cuerpo es más completa que durante el sueño.

SONAMBULISMO MAGNÉTICO o artificial. El que se produce por la acción que una persona ejerce sobre otra mediante el fluido magnético que vierte sobre ella.

SONAMBULISMO NATURAL. El que es espontáneo y se produce sin provocación y sin la influencia de ningún agente externo.

SUEÑO MAGNÉTICO. Dado que el fluido magnético actúa sobre el sistema nervioso, produce en algunas personas un efecto que se ha comparado con el sueño natural, pero que esencialmente se diferencia de él en varios aspectos. La principal diferencia consiste en que,

en este estado, el pensamiento es completamente libre, el individuo tiene absoluta conciencia de sí mismo y el cuerpo puede obrar como en el estado normal, lo que se debe a que la causa fisiológica del sueño magnético no es la misma que la del sueño natural. Sin embargo, el sueño natural es un estado transitorio que precede siempre al sueño magnético. El paso de uno a otro supone un verdadero despertar del alma. Esta es la razón por la que las personas que se someten por vez primera al estado de sonambulismo magnético responden casi siempre con un *no* a esta pregunta: *¿Duermes?* Y, en efecto, puesto que ven y piensan libremente, para ellas eso no es dormir en el sentido vulgar del término.

SUEÑO NATURAL. Suspensión momentánea de la vida de relación. Adormecimiento de los sentidos durante el cual se interrumpen las relaciones del alma con el mundo exterior a través de los órganos.

SUEÑOS. Efecto de la emancipación del alma durante el sueño. Cuando los sentidos están adormecidos, los lazos que unen el alma al cuerpo se relajan. De este modo, volviéndose más libre, el alma recupera en parte sus facultades de Espíritu y entra más fácilmente en comunicación con los seres del mundo intangible. El recuerdo que guarda al despertar de lo que ha visto en otros lugares y en otros mundos, o en sus existencias pasadas, constituye el sueño propiamente dicho. Este recuerdo, al ser solo parcial, casi siempre incompleto y mezclado con recuerdos de la vigilia, da como resultado en la sucesión de los hechos, interrupciones que rompen la conexión y producen esos conjuntos extraños que

parecen no tener sentido. Casi sería como un relato en el que se hubiesen truncado fragmentos de líneas o frases de aquí y de allá.

SUPERSTICIÓN. Por absurda que sea una idea supersticiosa, casi siempre se basa en un hecho real al que la ignorancia tergiversó, exageró o interpretó falsamente. Sería un error creer que popularizar el conocimiento de las manifestaciones espíritas supone difundir supersticiones. Una de dos: estos fenómenos son una quimera, o bien son reales. En el primer caso haríamos bien en combatirlos. Por el contrario, si existen —como demuestra la experiencia—, nada impedirá que se produzcan. Como sería pueril atacar los hechos positivos, lo que hay que combatir no son los hechos, sino la falsa interpretación que la ignorancia puede asignarles. Sin duda, en los siglos pasados, dichos hechos fueron el origen de una multitud de supersticiones, como todos los fenómenos naturales cuya causa se desconocía. El progreso de las ciencias positivas hace desaparecer gradualmente algunas de esas supersticiones. La ciencia espírita, cuando sea mejor conocida, hará desaparecer las restantes.

Los adversarios del espiritismo se basan en el peligro que estos fenómenos presentan para la razón. Todas las causas que pueden espantar a las imaginaciones débiles pueden producir locura. Lo que se necesita ante todo es curarse de la enfermedad del miedo. Ahora bien, la manera de lograrlo no es exagerar el peligro, haciendo creer a la gente que todas estas manifestaciones son obra del diablo. Los que difunden esta creencia con miras a

desacreditar al espiritismo, no consiguen su objetivo. En primer lugar, porque asignar cualquier causa a los fenómenos espíritas es reconocer su existencia. Y, en segundo lugar, porque queriendo persuadir de que el diablo es su único agente, se afecta peligrosamente a la moral de algunos individuos. Como no se impedirá que las manifestaciones se produzcan, incluso entre quienes no quieran ocuparse de ellas, solo verán en torno suyo diablos y demonios hasta en los efectos más simples, que tomarán por manifestaciones. Hay razones suficientes para que el cerebro se turbe. Dar crédito a este temor es propagar el mal del miedo, en lugar de curarlo. Este es el verdadero peligro. Y la superstición.

TAUMATURGO. (Del griego *thauma*, *thaumáto*, maravilla, maravillarse y *érgon*, obra). Autor de milagros. San Gregorio Taumaturgo. A veces se dice en tono de burla de aquellos que, con razón o sin ella, se jactan de tener el poder de producir fenómenos fuera de las leyes de la naturaleza. Es en este sentido que algunas personas califican a Swedenborg de taumaturgo.

TELEGRAFÍA HUMANA. Comunicación a distancia entre dos personas vivas que se evocan recíprocamente. Esta evocación provoca la emancipación del alma o del Espíritu encarnado que viene a manifestarse y puede comunicar sus pensamientos a través de la escritura o cualquier otro medio. Los Espíritus nos dicen que la telegrafía humana será un medio de comunicación común, cuando los hombres sean más morales, menos egoístas y apegados a las cosas materiales. Entretanto, solo es un privilegio de las almas escogidas.

TIPTOLOGÍA. (Del griego *typto*, golpe, y *logos*, discurso). Comunicación inteligente de los Espíritus por medio de golpes.

Tiptología por movimiento. Cuando los golpes son producidos por cualquier objeto que se mueva, como, por ejemplo, una mesa que golpea con sus patas por un movimiento tambaleante.

Tiptología íntima o pasiva. Cuando los golpes se escuchan en la sustancia misma de un objeto completamente inmóvil.

Tiptología alfabética. Cuando los golpes designan las letras del alfabeto, cuya unión forma palabras y frases. Puede ser producida por los dos medios arriba indicados.

La tiptología es un medio de comunicación muy imperfecto por su lentitud, que no permite explicaciones tan extensas como las que pueden obtenerse a través de la psicografía o la psicofonía. (Ver estas palabras.)

TODO universal. *El gran todo.* Según la opinión de algunos filósofos, hay un alma universal de la que cada uno de nosotros posee una parcela. Con la muerte, todas estas almas particulares regresan a la fuente general sin conservar su individualidad, como las gotas de lluvia se funden en las aguas del océano. Esta fuente común es para ellos el *gran todo*, el *todo universal*. Esta doctrina es tan desesperanzadora como el materialismo, porque sin individualidad después de la muerte, sería completamente como si no existiéramos. El espiritismo es la prueba patente de lo contrario. Pero la idea del *gran*

todo no implica necesariamente la de la fusión de los seres en uno. Un soldado que regresa a su regimiento entra en un todo colectivo y sin embargo conserva su individualidad. Lo mismo sucede con las almas que vuelven al mundo de los Espíritus, que para ellas es igualmente un todo colectivo, el *todo universal*. Es en este sentido que esta expresión debe entenderse en el lenguaje de algunos Espíritus.

TRANSMIGRACIÓN. (Ver *Reencarnación, Metempsychosis*.)

TRASGOS.⁸ (Del latín *fadus, fada*, hada). Espíritus alocados. Especie de duendes, más traviesos que malvados, que pertenecen a la clase de los Espíritus superficiales. (Ver Duende)

VIDENTE. Aquel o aquella que tiene el don de la doble vista. Algunas personas designan con este nombre a los sonámbulos magnéticos, para caracterizar mejor su lucidez. Esta palabra, tomada en tal sentido, no es mucho mejor que *invisible* aplicada a los Espíritus, ya que tiene el inconveniente de no ser específica para el estado sonambólico. Cuando tenemos un término para expresar una idea, es superfluo crear otro. Sobre todo, hay que evitar el uso de las palabras con otro sentido que no sea su acepción reconocida.

VISIÓN. (Ver *Aparición*)

⁸ En el original francés “farfadets”. Es una palabra procedente del provenzal, tal vez la forma reforzada de “fadet”. (N. de la T.)

VISIONARIO. El que cree equivocadamente tener visiones o revelaciones. En sentido figurado, el que tiene ideas disparatadas y quiméricas. (Academia Francesa). Esta palabra sería perfecta para designar a las personas dotadas de segunda vista y que tienen visiones reales, si no se hubiera extendido su uso en mal sentido. Sin embargo, es evidente la necesidad de una palabra especial para designar a dichas personas. (Ver *Vidente*)

VISTA (doble, segunda). Efecto de la emancipación del alma que se manifiesta en el estado de vigilia. Facultad de ver cosas ausentes como si estuvieran presentes. Las personas que tienen este don no ven con los ojos, sino con el alma, que percibe la imagen de los objetos allí donde se transporta y como por una especie de espejismo. Esta facultad no es permanente. Algunas personas la poseen sin saberlo. Les parece un efecto natural y produce lo que llamamos visiones.

CUADRO SINÓPTICO DE LA NOMENCLATURA ESPÍRITA ESPECIAL

(Véase la explicación de la definición de cada una de estas palabras en el *Vocabulario espírita*)

INSTRUCCIÓN PRÁCTICA SOBRE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

DOCTRINA

Espiritismo
Espiritista
Espírita
Espiritualismo
Espiritualista

ESPÍRITUS

Naturaleza íntima de los Espíritus

Espíritu elemental
Periespíritu

Estados de los Espíritus

Encarnación
Erraticidad
Pureza absoluta

Escala espírita o diferentes órdenes de Espíritus

Primer orden	1ª clase Espíritus puros
Segundo orden	2ª clase Espíritus superiores
	3ª clase Espíritus prudentes
	4ª clase Espíritus sabios
	5ª clase Espíritus benévolos
Tercer orden	6ª clase Espíritus neutros
	7ª clase Espíritus pseudosabios
	8ª clase Espíritus superficiales
	9ª clase Espíritus impuros

EMANCIPACIÓN DEL ALMA

o del Espíritu encarnado

Sueño
Somniloquia
Sonambulismo { natural
 artificial o magnético
Éxtasis
Visión o segunda vista

MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

Ocultas
Patentes
Físicas
Inteligentes
Aparentes { Vaporosas o etéreas
 Tangibles o estereotitas
Espontáneas
Provocadas

CUADRO SINÓPTICO DE LA NOMENCLATURA ESPÍRITA

COMUNICACIONES

Comunicación frívola
Comunicación grosera
Comunicación seria
Comunicación instructiva

Modos de comunicación

Sematología
Tiptología { Por movimiento
 { Íntima
 { Alfabética
Psicografía { Directa
 { Indirecta
Pneumatografía
Pneumatofonía
Psicofonía
Telegrafía humana

MÉDIUMS

o agentes de las manifestaciones

Médiums { naturales
 { facultativos

Médiums de influencia física { motores
 { tiptores
 { de apariciones

Médiums de influencias morales { escribientes o psicógrafos
 { pneumatógrafos
 { dibujantes
 { músicos
 { parlantes
 { videntes
 { formadores
 { inspirados
 { de presentimientos
 { sensitivos o impresionables

CAPÍTULO I

ESCALA ESPÍRITA⁹

De todos los principios fundamentales de la doctrina espírita, uno de los más importantes es, sin duda, el que establece los diferentes órdenes de Espíritus. Al comienzo de las manifestaciones se creyó que un ser, por el hecho mismo de ser Espíritu, debía tener la ciencia infusa y la suprema sabiduría, y mucha gente creyó estar en posesión de un medio infalible de adivinación. Este error ha dado lugar a muchos malentendidos. La experiencia pronto ha demostrado que el mundo invisible está lejos de contener solo Espíritus superiores. Ellos mismos nos enseñan que todos los Espíritus no son iguales en saber ni en moralidad y que

⁹ Allan Kardec en este capítulo introduce algunas modificaciones respecto de su anterior obra, *El Libro de los Espíritus*, publicada en 1857 (Libro II, cap. 1, 100-113). En concreto, ha sido suprimida de la escala espírita la sexta clase —de espíritus golpeadores y perturbadores—, de modo que, en lugar de diez clases, en esta obra hay nueve. Entendemos que, al ser esta obra posterior, esta sería la clasificación definitiva de la escala espírita. (N. de la T.)

su elevación depende del grado de perfección a que han llegado. Asimismo, los Espíritus superiores han trazado los caracteres distintivos de los diferentes grados que constituyen lo que nosotros denominamos *Escala espírita*. Desde ese momento, la diversidad y las contradicciones en su lenguaje tuvieron explicación, y se comprendió que, entre los Espíritus, como entre los hombres, para saber una cosa determinada no hay que dirigirse al primero que se presente.

Esta escala también nos da la clave de una serie de fenómenos y anomalías aparentes que sería difícil, si no imposible, poder comprender sin ella. Por otra parte, nos interesa personalmente, ya que por nuestra alma pertenecemos al mundo espírita, al que volvemos cuando dejamos la vida corporal, y la escala nos muestra también la ruta a seguir para llegar a la perfección y al bien supremo.

Desde el punto de vista de la ciencia práctica, nos da los medios para juzgar a los Espíritus que se presentan en las manifestaciones y para apreciar el grado de confianza que su lenguaje debe inspirarnos. Este estudio requiere una observación cuidadosa y sostenida. Si se precisa tiempo y experiencia para conocer a los hombres, no hace falta menos para conocer a los Espíritus.

La escala espírita comprende tres órdenes principales indicados por los Espíritus y perfectamente caracterizados. Como cada uno de estos órdenes presenta diferentes matices, los hemos subdividido en varias clases designadas por el carácter dominante de los

ESCALA ESPÍRITA

Espíritus que forman parte de ellas. Esta clasificación, por lo demás, no tiene nada de absoluta. Cada categoría solo ofrece un carácter marcado en su conjunto, pero de un grado a otro el matiz desaparece como en los reinos de la naturaleza, como en los colores del arco iris, o incluso como en los diferentes períodos de la vida. Entre los veinte y los cuarenta años, el hombre experimenta un cambio notable. A los veinte años, es un joven, y a los cuarenta, es un hombre adulto. Sin embargo, entre ambas fases de la vida sería imposible fijar una línea de demarcación precisa y decir dónde termina una y dónde empieza la otra. Lo mismo ocurre entre los grados de la escala espírita. Observaremos, además, que los Espíritus no siempre pertenecen exclusivamente a tal o cual clase. Su progreso solo se logra gradualmente y con frecuencia más en un sentido que en otro, de modo que pueden reunir los caracteres de varias categorías, lo que es fácil de reconocer por su lenguaje y sus actos.

Comenzamos la escala por los órdenes inferiores, porque este es el punto de partida de los Espíritus que se elevan gradualmente desde los últimos puestos a los primeros.

TERCER ORDEN

Espíritus imperfectos

Caracteres generales. Predominio de la materia sobre el espíritu. Propensión al mal. Ignorancia, orgullo, egoísmo y todas las malas pasiones que se suceden.

Tienen la intuición de Dios, pero no lo comprenden.

Todos no son esencialmente malos. En algunos hay más ligereza, inconsecuencia y malicia, que verdadera maldad. Los hay que no hacen bien ni mal, pero por el solo hecho de no practicar el bien, denotan su inferioridad. Otros, por el contrario, se complacen en el mal y quedan satisfechos cuando encuentran la oportunidad de hacerlo. Pueden unir la inteligencia a la maldad o a la malicia, pero cualquiera que sea su desarrollo intelectual, sus ideas son poco elevadas y sus sentimientos más o menos abyectos.

Sus conocimientos sobre las cosas del mundo espírita son limitados, y lo poco que saben lo confunden con sus ideas y prejuicios sobre la vida corporal. Solo pueden darnos nociones falsas e incompletas. No obstante, el observador atento con frecuencia encuentra en sus comunicaciones, aunque imperfectas, la confirmación de las grandes verdades impartidas por los Espíritus superiores.

ESCALA ESPÍRITA

Su carácter se revela por su lenguaje. Todo Espíritu que, en sus comunicaciones, manifiesta un mal pensamiento, puede clasificarse en el tercer orden. Por lo mismo, todo mal pensamiento que se nos sugiera procede de un Espíritu de este orden.

Dichos Espíritus ven la felicidad de los buenos y este punto de vista es para ellos un tormento incesante, porque experimentan todas las angustias que pueden producir la envidia y los celos.

Conservan el recuerdo y la percepción de los sufrimientos de la vida corporal, impresión que es a menudo más penosa que la realidad. Sufren, pues, verdaderamente por los males que han sobrellevado y por los que han hecho soportar a otros. Y, como sufren durante mucho tiempo, creen que sufrirán siempre. Dios, para enmendarlos, quiere que lo crean así.

A los Espíritus imperfectos podemos dividirlos en cuatro grupos principales:

Novena clase. **ESPÍRITUS IMPUROS**

Son propensos al mal y lo hacen objeto de sus preocupaciones. Como Espíritus, dan consejos pérfidos, siembran la discordia y la desconfianza y adoptan todas las apariencias para engañar mejor. Se acercan a los caracteres lo bastante débiles como para ceder a sus sugerencias, a fin de empujarlos a su perdición, y quedan satisfechos con poder retrasar su progreso, haciéndolos sucumbir en las pruebas que sufren.

En las manifestaciones se les reconoce por su lenguaje. La trivialidad y la grosería de las expresiones, en los Espíritus como en los hombres, es siempre indicio de inferioridad moral, cuando no intelectual. Sus comunicaciones revelan la bajeza de sus inclinaciones, y si quieren ocultarlo hablando de una manera sensata, no pueden sostener su papel por mucho tiempo y acaban siempre por delatar su origen.

Algunos pueblos los han hecho deidades maléficas. Otros los designan con los nombres de demonios, genios malos o Espíritus del mal.

Los seres que animan, cuando están encarnados, se inclinan a todos los vicios que engendran las pasiones viles y degradantes: sensualidad, crueldad, engaño, hipocresía, codicia, envidia y sórdida avaricia. Hacen el mal por el placer de hacerlo, a menudo sin motivo, y, por odio al bien, casi siempre eligen a sus víctimas entre las personas honestas. Cualquiera que sea el rango social a que pertenezcan, son el azote de la humanidad y la apariencia de civilización de que se revisten no los libra del oprobio y de la ignominia.

*Octava clase. ESPÍRITUS SUPERFICIALES*¹⁰

Son ignorantes, maliciosos, inconsecuentes y burlores. Se entrometen en todo y responden a todo sin preocuparse por la verdad. Se complacen en causar

¹⁰ En el original “esprit léger”, muchas veces traducido como “espíritu ligero”. Entendemos más apropiado emplear el adjetivo superficial, en el sentido de insustancial o trivial. (N. de la T.)

ESCALA ESPÍRITA

pequeñas penas y alegrías, promover enredos e inducir a error a través de mistificaciones y travesuras. A esta clase pertenecen los Espíritus vulgarmente designados con los nombres de *duendes*, *tragos*, *gnomos* y *diablillos*. Están bajo la dependencia de los Espíritus superiores, que los emplean con frecuencia como nosotros hacemos con nuestros sirvientes o peones.

Parecen estar apegados a la materia más que otros, y ser los agentes principales de las vicisitudes de los elementos del globo, ya sea que habiten el aire, el agua, el fuego, los cuerpos duros o las entrañas de la tierra. Manifiestan su presencia por efectos sensibles, como golpes, el movimiento y desplazamiento anormal de cuerpos sólidos, la agitación del aire, etc., lo que les ha valido el nombre de Espíritus golpeadores o perturbadores. Reconocemos que estos fenómenos no son debidos a una causa fortuita y natural cuando son intencionales e inteligentes. Todos los Espíritus pueden producir estos fenómenos, pero los Espíritus elevados generalmente se los atribuyen a los Espíritus inferiores, más aptos para las cosas materiales que para las inteligentes.

En sus comunicaciones con los hombres, su lenguaje es a veces ingenioso y chistoso, pero casi siempre sin profundidad. Captan sus defectos y ridiculeces, para expresarlos con palabras mordaces y satíricas. Si adoptan nombres supuestos, es más por malicia que por maldad.

Séptima clase. ESPÍRITUS PSEUDOSABIOS

Sus conocimientos son bastante amplios, pero creen saber más de lo que realmente saben. Al haber

alcanzado cierto progreso desde varios puntos de vista, su lenguaje tiene un carácter serio que puede engañar sobre sus capacidades y luces, pero esto solo es frecuentemente el reflejo de los prejuicios y de las ideas sistemáticas de la vida terrestre. Es una mezcla de algunas verdades junto a los errores más absurdos, en medio de las cuales se adivinan la presunción, el orgullo, los celos y la terquedad de que no han podido despojarse.

Sexta clase. ESPÍRITUS NEUTROS

No son ni lo bastante buenos para hacer el bien, ni lo bastante malos para hacer el mal. Se inclinan tanto hacia uno como hacia el otro lado, y no se elevan por encima de la condición vulgar de la humanidad, ni moral ni intelectualmente. Están aferrados a las cosas de este mundo, cuyos goces groseros echan en falta.

SEGUNDO ORDEN

Espíritus buenos

Caracteres generales. Predominio del Espíritu sobre la materia y deseo de hacer el bien. Sus cualidades y su poder para practicar el bien se deben al grado a que han llegado: algunos poseen la ciencia, otros la sabiduría y la bondad, y los más adelantados unen la sabiduría a las cualidades morales. Al no estar todavía completamente desmaterializados, conservan más o menos, según su rango, indicios de la existencia corporal, ya sea en la forma del lenguaje o bien en sus costumbres, donde incluso encontramos algunas de sus manías. De lo contrario, serían Espíritus perfectos.

Comprenden a Dios y lo infinito, y gozan ya de la felicidad de los buenos. Se regocijan del bien que hacen y del mal que impiden. El amor que los une es para ellos la fuente de una dicha inefable que no alteran ni la envidia, ni los pesares, ni los remordimientos, ni ninguna de las malas pasiones que constituyen el tormento de los Espíritus imperfectos. No obstante, todos tienen todavía pruebas que sufrir hasta que hayan alcanzado la perfección absoluta.

Como Espíritus, suscitan buenos pensamientos, apartan a los hombres del camino del mal, protegen en vida a aquellos que se hacen dignos y neutralizan la

influencia de los Espíritus imperfectos en aquellos que no se complacen en sufrirla.

Aquellos que están encarnados son buenos y condescendientes con sus semejantes. No los mueve el orgullo, el egoísmo o la ambición. No sienten odio, rencor, envidia, ni celos, y hacen el bien por el bien mismo.

A este orden pertenecen los Espíritus que en las creencias vulgares se designan con los nombres de *genios buenos*, *genios protectores*, y *Espíritus del bien*. En tiempos de superstición y de ignorancia se les convirtió en deidades bienhechoras.

Podemos dividirlos, igualmente, en cuatro grupos principales.

Quinta clase. ESPÍRITUS BENÉVOLOS

Su cualidad dominante es la bondad. Se complacen en prestar servicio a los hombres y protegerlos, pero su saber es limitado: su progreso se ha efectuado más en el sentido moral que en el intelectual.

Cuarta clase. ESPÍRITUS SABIOS

Lo que les distingue especialmente es la amplitud de sus conocimientos. Se preocupan menos de las cuestiones morales que de las científicas, para las que son más aptos. No obstante, solo consideran la ciencia desde el punto de vista de su utilidad y no mezclan con ella ninguna de las pasiones que son propias de los Espíritus imperfectos.

Tercera clase. **ESPÍRITUS PRUDENTES**

Las cualidades morales del más elevado orden constituyen su carácter distintivo. Sin poseer conocimientos ilimitados, están dotados de una capacidad intelectual que les da un juicio recto de los hombres y de las cosas.

Segunda clase. **ESPÍRITUS SUPERIORES**

Reúnen la ciencia, la prudencia y la bondad. Su lenguaje solo refleja benevolencia, es constantemente digno, elevado y con frecuencia sublime. Su superioridad los hace más aptos para darnos las nociones más justas de las cosas del mundo incorpóreo, en los límites en que le es permitido al hombre conocerlo. Se comunican fácilmente con aquellos que buscan la verdad de buena fe y cuya alma está lo bastante desligada de los lazos terrestres para poder comprenderla. Sin embargo, se alejan de aquellos a quienes anima solamente la curiosidad, o a quienes la influencia de la materia los desvía de la práctica del bien.

Cuando, excepcionalmente, encarnan en la Tierra es para llevar a cabo una misión de progreso y entonces nos ofrecen el tipo de perfección a que la humanidad puede aspirar en este mundo.

PRIMER ORDEN

Espíritus puros

Caracteres generales. Ninguna influencia de la materia. Superioridad intelectual y moral absoluta con respecto a los Espíritus de los otros órdenes.

Primera clase. Clase única

Han recorrido todos los grados de la escala y se han despojado de todas las impurezas de la materia. Al haber alcanzado la suma perfección de que es susceptible la criatura, no tienen que sufrir nuevas pruebas ni expiaciones. Como no están sujetos a la reencarnación en cuerpos perecederos, para ellos es la vida eterna, que cumplen en el seno de Dios.

Gozan de una felicidad inalterable, porque no están sujetos ni a las necesidades, ni a las vicisitudes de la vida material, pero esta dicha no es una *ociosidad monótona que transcurre en perpetua contemplación*. Son los mensajeros y ministros de Dios, cuyas órdenes ejecutan para el mantenimiento de la armonía universal. Dirigen a todos los Espíritus que les son inferiores, los ayudan a perfeccionarse y les asignan su misión. Para ellos es una agradable ocupación asistir a los hombres en peligro, incitarlos al bien o a la expiación de las faltas que los

ESCALA ESPÍRITA

alejan de la felicidad suprema. A veces se les designa con los nombres de ángeles, arcángeles o serafines.

Los hombres pueden entrar en comunicación con ellos, pero sería muy presuntuoso el que pretendiera tenerlos constantemente a sus órdenes.

Están equivocados los que designan a estos Espíritus como *increados*. Los Espíritus increados serían eternos, como Dios. O bien, si en el universo pudieran existir seres sin la voluntad de Dios, entonces Dios no sería todopoderoso. Algunos Espíritus se han servido de esta expresión, pero no en ese sentido. Han querido decir que tales Espíritus no volverían a encarnar, y que, desde este punto de vista, no volverían a ser creados como hombres. El término es incorrecto, porque da lugar a una falsa interpretación. Esta es la desventaja de ceñirse a la palabra literalmente sin indagar en el pensamiento. (Ver *Ángel*)

CAPÍTULO II

DE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

Acción oculta

Los Espíritus a menudo actúan sobre nuestro pensamiento, sin nosotros saberlo. Nos incitan a realizar tal o cual cosa y nosotros creemos obrar por nuestra cuenta, cuando solo hemos cedido a una sugerencia ajena.

No debemos inferir por ello que carecemos de iniciativa. Lejos de eso: el Espíritu encarnado siempre tiene su libre albedrío. En definitiva, solo hace lo que quiere y frecuentemente sigue su impulso personal. Para comprender la forma en que suceden las cosas, es preciso representarnos nuestra alma desprendida de sus ligaduras a través de la emancipación, lo que siempre tiene lugar durante el sueño, se sueñe o no; cada vez que hay un adormecimiento de los sentidos y algunas veces

también durante la vigilia. Entonces el alma entra en comunicación con los otros Espíritus, como alguien que saliera de su casa para ir a la de los vecinos —permítase-nos esta comparación familiar—. Entonces se establece entre ellos una especie de conversación o, para hablar con más exactitud, un intercambio de pensamientos. La influencia del Espíritu ajeno no es una coacción, sino una especie de consejo que da a nuestra alma, consejo que puede ser más o menos prudente, según la naturaleza del Espíritu, y que el alma es libre de seguir o de rechazar, pero que puede apreciar mejor cuando no está bajo el influjo de las ideas que suscita la vida de relación. Por eso se dice que “es conveniente consultar con la almohada.”

No es siempre fácil distinguir el pensamiento sugerido del pensamiento propio, porque frecuentemente se confunden. Sin embargo, cabe la presunción de que nos viene de una fuente ajena cuando es espontáneo, cuando surge en nosotros como una inspiración y es opuesto a nuestra forma de ver las cosas. Nuestro juicio y nuestra conciencia nos hacen saber si es bueno o malo.

Manifestaciones patentes

Las manifestaciones patentes difieren de las manifestaciones ocultas en el sentido de que son apreciables por nuestros sentidos. Constituyen, hablando con propiedad, todos los fenómenos espíritas que se nos presentan en diversas formas.

Manifestaciones físicas

Así llamamos a las manifestaciones que se limitan a fenómenos materiales, tales como ruidos, movimiento y desplazamiento de objetos. La mayoría de las veces no comportan ningún sentido directo. Su objetivo es llamar nuestra atención sobre algo y convencernos de la presencia de un poder superior al del hombre. Para muchas personas, esta clase de manifestaciones son solo un motivo de curiosidad. Para el observador es, al menos, la revelación de una fuerza desconocida, digna en cualquier caso de un estudio serio.

Los efectos más simples de este tipo son los golpes practicados sin causa ostensible conocida y el movimiento circular de una mesa o de un objeto cualquiera, con imposición de manos o sin ella. No obstante, pueden adquirir proporciones muy extrañas: los golpes se escuchan por todas partes y con tal intensidad que degenera en un verdadero escándalo. Los muebles son desplazados, volcados y levantados del suelo. Los objetos son transportados de un lugar a otro a la vista de todo el mundo; las cortinas descorridas, las mantas de cama arrancadas, las campanillas agitadas. Entendemos que cuando ocurren tales fenómenos, algunas personas han podido asignarles un origen diabólico. Un estudio cuidadoso ha hecho justicia a esta creencia supersticiosa. Volveremos a tratar de ella más adelante.

Manifestaciones inteligentes

Si los fenómenos que acabamos de describir se hubieran limitado a los efectos materiales, no hay duda de que se uno podría atribuirlos a una causa puramente física, a la acción de algún fluido cuyas propiedades aún nos son desconocidas. Ya no fue lo mismo cuando dieron signos indiscutibles de inteligencia. Ahora bien, si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente. Es fácil distinguir en un objeto que se agita, un movimiento simplemente mecánico de un movimiento intencionado. Si este objeto, por el ruido o el movimiento, hace una señal, es evidente que ha intervenido en ello una inteligencia. La razón nos dice que no es el objeto material en sí el que es inteligente, por lo que concluimos que está impulsado por una causa inteligente ajena. Este es el caso de los fenómenos que nos ocupan.

Si las manifestaciones puramente físicas de que acabamos de hablar pueden cautivar nuestro interés, con mayor razón cuando nos revelan la presencia de una inteligencia oculta, porque entonces no es simplemente un cuerpo inerte el que tenemos ante nosotros, sino un ser capaz de comprendernos, con el que podemos hacer un intercambio de pensamientos. Desde entonces, concebimos que el modo de experimentación debe ser bastante diferente a si se tratara de un fenómeno esencialmente material, y que nuestros procesos de laboratorio son impotentes para explicar los hechos que pertenecen al orden intelectual. Ya no puede ser una cuestión de

análisis ni de cálculos matemáticos de las fuerzas. Ahora bien, este es precisamente el error en que han caído la mayor parte de los sabios. Ellos se han creído en presencia de uno de esos fenómenos que la ciencia reproduce a voluntad y sobre los cuales se puede operar como sobre la sal o un gas. Esto no merma en nada su saber. Solo decimos que se equivocaron al creer que podían poner a los Espíritus en un alambique, como el espíritu del vino, y que los fenómenos espíritas no son más competencia de las ciencias exactas que las cuestiones teológicas o metafísicas.

Manifestaciones aparentes

Las manifestaciones aparentes más comunes tienen lugar durante el sueño, a través de los sueños: son las visiones. Los sueños nunca han sido explicados por la ciencia, que cree haberlo dicho todo atribuyéndolos a un efecto de la imaginación, pero no nos dice qué es la imaginación ni cómo produce estas imágenes tan claras y nítidas que a veces se nos presentan. Esto es explicar una cosa que no se conoce por otra que tampoco lo es. Por lo tanto, la cuestión sigue en pie. Se dice que es un recuerdo de las preocupaciones de la vigilia. Sin embargo, y aun admitiendo esta solución, que no lo es, quedaría por saber qué es este espejo mágico que conserva así la impresión de las cosas. ¿Cómo explicar, sobre todo, estas visiones de cosas reales que nunca hemos visto en estado de vigilia y en las que ni siquiera hemos pensado? Solo el espiritismo podía darnos la

clave de este extraño fenómeno que pasa inadvertido por su misma cotidianeidad, como todas las maravillas de la naturaleza que pisamos con nuestros pies¹¹. No puede estar dentro de nuestro alcance examinar todas las particularidades que pueden presentar los sueños. Resumimos diciendo que pueden ser una visión actual de cosas presentes o ausentes, una visión retrospectiva del pasado, y, en algunos casos excepcionales, un presentimiento del futuro. A menudo son también cuadros alegóricos que los Espíritus pasan ante nuestros ojos para darnos advertencias útiles y consejos saludables, si son buenos; o para inducirnos a error y halagar nuestras pasiones, si son Espíritus imperfectos.

Las personas que vemos en sueños son, por tanto, visiones reales. Si soñamos más a menudo con aquellas que ocupan nuestro pensamiento, es porque pensar es un modo de evocación y a través de ella atraemos al Espíritu de estas personas, estén vivas o muertas.

Nos parecería insultar al buen sentido de nuestros lectores al refutar todo lo que hay de absurdo y de ridículo en lo que comúnmente se llama la interpretación de los sueños.

Las apariciones propiamente dichas tienen lugar en estado de vigilia, cuando se goza de la plenitud y total libertad de las facultades. Este es, sin duda, el tipo de manifestaciones más adecuada para despertar la curiosidad, pero es también el menos fácil de obtener. Los Espíritus pueden manifestarse ostensiblemente de

¹¹ Ver la palabra *Sueño* en el Vocabulario. (N. de A. K.)

diferentes maneras. A veces en forma de llamas ligeras o resplandores más o menos brillantes que no tienen analogía, ni por su apariencia ni por las circunstancias en que se producen, con los fuegos fatuos ni con otros fenómenos físicos cuya causa está perfectamente demostrada. Otras veces toman los rasgos de una persona, conocida o desconocida, sobre cuya individualidad podemos hacernos ilusiones dependiendo de las ideas de que estemos imbuidos. Se trata entonces de una imagen vaporosa, etérea, que no encuentra obstáculo en los cuerpos sólidos. Los hechos de este tipo son numerosos, pero antes de atribuirlos a la imaginación o al engaño, hay que tener en cuenta las circunstancias en las que ocurrieron, la posición y sobre todo el carácter del narrador.

En algunos casos, la aparición se torna tangible, es decir, que adquiere momentáneamente y bajo la influencia de determinadas circunstancias, las propiedades de la materia sólida. Entonces ya no vemos la realidad a través de los ojos, sino a través del tacto. Si podemos atribuir la aparición simplemente visual a la ilusión o a una especie de fascinación, la duda no cabe cuando se la puede tocar, asir, palpar, o cuando es la propia aparición la que te coge y te abraza¹².

¹² Ver en la *Revista Espírita* de los meses de marzo, abril y mayo de 1858, la narración y explicación de las manifestaciones de este tipo. (N. de A. K.)

Manifestaciones espontáneas

La mayoría de los fenómenos que acabamos de exponer, principalmente los que pertenecen al género de las manifestaciones físicas y aparentes, pueden producirse de manera espontánea, es decir, sin que la voluntad intervenga en ello. En otras circunstancias pueden ser provocados por la voluntad de personas llamadas médiums, dotadas para este fin, de un poder especial.

Las manifestaciones espontáneas no son ni raras ni nuevas. Hay pocas crónicas locales que no contengan alguna historia de este tipo. Sin duda, el miedo ha exagerado con frecuencia los hechos que, al pasar de boca en boca, han tomado proporciones extraordinariamente ridículas. Con la ayuda de la superstición, las casas donde ocurrían estos fenómenos adquirieron fama de estar encantadas por el diablo, y por eso todos los cuentos maravillosos o terribles de aparecidos. Por su parte, el engaño no dejó escapar tan buena ocasión para explotar la credulidad y muchas veces en provecho de intereses personales. Podemos comprender, además, la impresión que los hechos de este tipo, incluso reducidos a los límites de la realidad, pueden causar en los caracteres débiles y predispuestos por la educación a las ideas supersticiosas. El medio más seguro de prevenir los inconvenientes que podrían tener, ya que no podemos impedirlos, es dar a conocer la verdad. Las cosas más simples se vuelven aterradoras cuando se desconoce la causa. Cuando nos hayamos familiarizado con los Espíritus, y aquellos a quienes se manifiestan no crean que

tienen una legión de demonios pisándoles los talones, ya no les tendrán miedo.

Las manifestaciones espontáneas ocurren muy raramente en lugares aislados. Casi siempre tienen lugar en casas habitadas y mediante la presencia de ciertas personas que ejercen una influencia sin saberlo. Estas personas son verdaderos médiums que ignoran que lo son y a quienes por esta razón llamamos *médiums naturales*. Estos son para otros médiums lo que los sonámbulos naturales son para los sonámbulos magnéticos, y son igualmente dignos de observación. Por esta razón, instamos a quienes se ocupan de los fenómenos espíritas, a recoger todos los hechos de este tipo que lleguen a su conocimiento, pero sobre todo a constatar cuidadosamente la realidad para no ser víctimas de la ilusión o el fraude, que evitarán mediante una observación cuidadosa.

Debemos ser precavidos no solo contra las historias que puedan estar teñidas de exageración, sino contra las propias impresiones, y no atribuir un origen oculto a todo lo que no se comprende. Una infinidad de causas muy simples y naturales pueden producir efectos extraños a primera vista, y sería una auténtica superstición ver por todas partes Espíritus ocupados en volcar muebles, romper la vajilla, provocando finalmente las mil y una molestias domésticas, que es más racional atribuir a la torpeza.

Lo que debemos hacer en tal caso es buscar la causa, y hay cien contra una a que descubriremos una muy simple en lo que se creía obra de algún Espíritu

perturbador. Cuando se produce un fenómeno inexplicable, lo primero que debemos pensar es que se debe a una causa material, porque es lo más probable, y solo admitir la intervención de los Espíritus en el momento oportuno. El que, por ejemplo, sin ser abordado por nadie, recibiera una bofetada o palos en la espalda, como se ha visto, no podría dudar de la presencia de un ser invisible.

De todas las manifestaciones espíritas, las más simples y frecuentes son los ruidos y los golpes. Es aquí sobre todo donde debemos temer la ilusión, porque un montón de causas naturales pueden producirlos: el viento que silba o sacude un objeto, un cuerpo que uno mismo mueve sin darse cuenta, un efecto acústico, un animal escondido, un insecto, etc., o incluso las travesuras de los bromistas de mal gusto. Los ruidos espíritas tienen, además, un carácter particular —aunque su timbre e intensidad sean muy variados—, que los hace fácilmente reconocibles y no pueden confundirse con el crujido de la madera, el chisporroteo del fuego o el monótono tictac de un reloj de pared. Son golpes, unas veces sordos, débiles y ligeros, otras claros, netos y a veces ensordecedores, que cambian de lugar y se repiten sin regularidad mecánica. De todos los medios de control, el más eficaz y que no deja lugar a dudas sobre el origen del ruido, es la obediencia de las manifestaciones a la voluntad. Si los golpes se escuchan en el lugar designado, si responden al pensamiento por su número o intensidad, no podemos ignorar que tienen una causa inteligente. No obstante, la falta de obediencia a la voluntad no es siempre una prueba de lo contrario.

DE LAS MANIFESTACIONES ESPÍRITAS

Admitamos ahora que, mediante una comprobación minuciosa, adquirimos la certeza de que los ruidos o cualquier otro efecto son manifestaciones reales, ¿es racional asustarse por ello? Ciertamente no, porque en ningún caso puede existir el más mínimo peligro. Solo las personas que están convencidas de que es el diablo pueden verse afectadas de manera desagradable, como los niños a quienes se atemoriza con el lobo o el hombre del saco. Hay que admitir que estas manifestaciones adquieren, en determinadas circunstancias, unas proporciones y persistencia desagradables de las que tenemos el deseo muy natural de deshacernos. Este tema requiere una explicación.

Hemos dicho que las manifestaciones físicas tienen por objeto llamar nuestra atención sobre algo y convencernos de la presencia de una potencia superior al hombre. Hemos dicho también que los Espíritus elevados no se ocupan de esa clase de manifestaciones, sino que se sirven de los Espíritus inferiores para producirlas, como nosotros nos servimos de los criados para los trabajos domésticos y con el fin que acabamos de indicar. Una vez conseguido este objetivo, la manifestación material cesa, porque ya no es necesaria. Uno o dos ejemplos permitirán comprender mejor la cuestión. Al comienzo de mis estudios sobre espiritismo, estando una noche ocupado en un trabajo sobre esta materia, se escucharon golpes a mi alrededor durante cuatro horas consecutivas. Era la primera vez que me ocurría tal cosa. Advertí que no eran debidos a ninguna causa accidental, pero en ese momento no podía saber más. En esta época tenía la oportunidad de verme con frecuencia con un

médium escribiente. Al día siguiente pregunté al Espíritu que se comunicaba a través del médium sobre la causa de los golpes. Me respondió: —*Es tu Espíritu familiar, que quería hablarte.* —Y ¿qué quería decirme? —Puedes preguntárselo tú mismo, porque está ahí, me respondió. Interrogado este Espíritu, se dio a conocer con un nombre alegórico (he sabido por otros Espíritus que es el de un ilustre filósofo de la Antigüedad). Me señaló errores en mi trabajo, indicándome *las líneas* donde estaban. Me dio consejos útiles y sabios y agregó que estaría siempre conmigo y acudiría a mi llamamiento siempre que quisiera consultarle. Desde entonces, en efecto, este Espíritu no me ha abandonado nunca. Me ha dado muchas pruebas de una gran superioridad, y su intervención *benevolente y efectiva* se manifestó para mí tanto en los asuntos de la vida material como en lo tocante a las cuestiones metafísicas. No obstante, desde nuestra primera entrevista, los golpes cesaron. ¿Qué es lo que quería, en realidad? Entrar en comunicación regular conmigo, pero para ello necesitaba advertirme. Sin duda, no fue él mismo quien vino a golpear a mi casa, probablemente lo encargó a un emisario a sus órdenes. Una vez hecha la advertencia, dada luego la explicación y establecidas las relaciones regulares, los golpes ya eran inútiles, por lo que cesaron. No se redobla el tambor para despertar a los soldados cuando ya están en pie.

Un caso bastante similar le ocurrió a uno de nuestros amigos. Desde hacía algún tiempo, en su habitación se oían diversos ruidos que se hacían muy molestos. Cuando se presentó la ocasión de preguntar al Espíritu de su padre a través de un médium escribiente, supo lo

que le requería, hizo lo que le fue recomendado, y desde entonces no oyó más ruidos. Cabe señalar que las personas que tienen con los Espíritus un medio de comunicación regular y fácil raramente tienen manifestaciones de este tipo y esto es comprensible.

Los Espíritus que se manifiestan de ese modo, pueden también obrar por cuenta propia. Son con frecuencia Espíritus en sufrimiento que piden asistencia moral (ver *Plegaria* en el Vocabulario). Cuando pueden traducir su pensamiento de un modo más inteligible, piden esta asistencia según la forma que les era familiar en vida, o que está en las ideas o hábitos de aquellos a quienes se dirigen, porque poco importa la forma con tal que la intención provenga del corazón.

En resumen, la manera de que cesen las manifestaciones molestas es intentar entrar en comunicación inteligente con el Espíritu que viene a perturbarnos, a fin de saber quién es y qué es lo que quiere. Una vez satisfecho su deseo, nos deja en paz. Es como si alguien golpeará una puerta hasta que se le abriera. ¿Qué hacer —se nos dirá— cuando no se tiene un médium? ¿Qué hace un enfermo que no tiene médico? Prescinde de él. Aquí tenemos otro recurso. El enfermo no puede hacerse médico, pero de diez personas, nueve pueden ser médiums escribientes. Por lo tanto, se trata de llegar a ser médium uno mismo, si no lo encuentra entre los suyos. A falta de médium escribiente, todavía se puede preguntar directamente al Espíritu golpeador, quien puede responder por el mismo procedimiento, es decir, por golpes convenidos. Volveremos sobre este tema en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO III

COMUNICACIONES ESPÍRITAS

Cualquier manifestación que revele una intención o voluntad, es, por este mismo hecho, inteligente en mayor o menor grado, como ya hemos dicho. Se trata, pues, de una calificación genérica que distingue este tipo de manifestaciones de aquellas que son puramente materiales. Cuando el desarrollo de esta inteligencia permite un intercambio recíproco y constante de pensamientos, se obtienen *comunicaciones* regulares cuyo carácter nos permite juzgar al Espíritu que se manifiesta. Estas comunicaciones serán, según su naturaleza y su objeto, *frívolas, groseras, serias o instructivas* (ver la entrada *Comunicaciones* en el Vocabulario). Esta distinción tiene aquí gran importancia, porque por ella los Espíritus nos revelan su superioridad o inferioridad.

Conocemos a los hombres por su lenguaje, y lo mismo sucede con los Espíritus. Ahora bien, quien conozca las cualidades distintivas de cada una de las clases de la escala espírita, podrá fácilmente asignar a cualquier Espíritu que se presente el rango que le conviene,

así como el grado de estima y confianza que merece. Si la experiencia no viniera a apoyar este principio, el simple buen sentido bastaría para demostrarlo. Planteamos, pues, como regla invariable y sin excepción, que *El lenguaje de los Espíritus se debe siempre al grado de su elevación*. El de los Espíritus realmente superiores es constantemente serio, digno, noble. Es sublime cuando el asunto lo requiere. No solo dicen únicamente cosas buenas, sino que las dicen en términos que excluyen de la manera más absoluta cualquier trivialidad. Por buenas que sean estas cosas, si están empañadas por una sola expresión que acuse bajeza, es un signo indudable de inferioridad, aún más si el conjunto de la comunicación hiere las normas establecidas con su grosería. El lenguaje siempre revela su origen, bien por el pensamiento que traduce o por su forma y aunque un Espíritu quisiera engañarnos sobre su supuesta superioridad, bastaría conversar un rato con él, para descubrirlo.

El siguiente hecho se ha reproducido muchas veces en el curso de nuestros largos y numerosos estudios. Conversamos con un Espíritu cuyo carácter y lenguaje nos son bien conocidos. Otro Espíritu más o menos elevado, se halla presente, y *sin que se le pida*, se inmiscuye en la conversación. Ahora bien, antes de que haya dicho su nombre, la diferencia de estilo es tan evidente que inmediatamente todos se dicen: ya no es tal el que habla. Entre los hombres no se juzgaría de otro modo. Para ello basta con oírlos sin verlos. Supongamos que, en una habitación contigua a la suya, hay varios individuos que no conoce ni que puede ver. Por su conversación juzgará

en el acto si se trata de personas bastas o de buen tono, ignorantes o instruidas, malhechores o gente honrada.

La bondad y la benevolencia son atributos esenciales de los Espíritus elevados. No tienen odio ni a los hombres ni a otros Espíritus. Se compadecen de las debilidades, critican los errores, pero siempre con moderación y sin aspereza ni animosidad. Hasta aquí lo concerniente a la moral. También podemos juzgarlos por la naturaleza de su inteligencia. Un Espíritu puede ser bueno, indulgente, que enseñe solo el bien y tener conocimientos limitados, porque su desarrollo todavía es incompleto. No estamos hablando de los Espíritus notoriamente inferiores. Para estos sería perder el tiempo pidiendo explicaciones sobre algunas cosas. Tanto valdría pedir a un colegial qué piensa sobre Aristóteles o sobre el sistema del universo. Pero hay algunos que, en ciertos aspectos, parecen esclarecidos, mientras en otros acusan una ignorancia absoluta por sus absurdas herejías científicas. Así, razonará muy sensatamente en un punto y desvariará en otro. Es lo mismo que sucede entre nosotros: un astrónomo es sabio en lo que concierne a los astros y puede ser muy ignorante en materia de arquitectura, música, pintura, agricultura, etc. Todo esto denota evidentemente un desarrollo imperfecto, lo que no quiere decir, por esta razón, que sea un mal Espíritu.

Para juzgar a los Espíritus, como para juzgar a los hombres, primero debemos saber cómo juzgarnos a nosotros mismos. Desafortunadamente, hay muchas personas que toman su opinión como medida exclusiva

de lo bueno y lo malo, de lo verdadero o lo falso. Cualquier cosa que contradiga su forma de ver las cosas, sus ideas, el sistema que ellas han concebido o adoptado, es malo a sus ojos. Tales personas obviamente carecen de la primera cualidad para una sana apreciación: la rectitud de juicio. Pero ellas no se lo figuran. Este es el defecto más ilusorio, que más puede nublar la razón.

En general, se cree que al preguntar al Espíritu de un hombre que fue sabio en una especialidad en la Tierra, se obtendrá más seguramente la verdad. Esto es lógico y, sin embargo, no es siempre cierto. La experiencia demuestra que los sabios, como los demás hombres, sobre todo aquellos que hace poco que abandonaron la Tierra, están aún bajo el influjo de los prejuicios de la vida corporal. No se deshacen inmediatamente de su opinión sistemática. Por lo tanto, puede suceder que bajo el influjo de las ideas que acariciaron durante su vida y con las cuales han hecho el título de su gloria, vean menos claro de lo que pensamos. No damos este principio como una regla, ni mucho menos. Decimos solamente que esto sucede, y que, por consiguiente, su ciencia humana no siempre es una prueba de su infalibilidad como Espíritu. Aquellos que, como sucede a menudo, condenan en el estado de Espíritu las doctrinas que habían sostenido como hombres, dan por ello prueba de elevación. Regla general: *El Espíritu es menos perfecto cuanto menos desprendido esté de la materia.* Cada vez que se reconozca en él la persistencia de las ideas falsas que le preocupaban durante su vida, tanto si pertenecen al orden físico como al orden moral, es un

signo infalible de que no está completamente desmaterializado.

La tenacidad de las ideas terrestres es más grande cuando la muerte es más reciente. En el momento de la muerte, el alma *todavía* está en un estado de turbación en el que apenas se reconoce. *Es un despertar incompleto: —No sé dónde estoy. Todo es confuso para mí,* tal es su respuesta constante. Algunos se quejan de ser perturbados tan temprano. Otros dicen sin rodeos que les dejen tranquilos y, según su carácter, expresan este pensamiento en términos más o menos corteses. Muchos no creen haber muerto, principalmente los ajusticiados, los suicidas y, en general, los que han perecido de muerte violenta. Ven su cuerpo, saben que ese cuerpo les pertenece, y no comprenden que se hayan separado de él. Esto les asombra. Necesitan algo de tiempo para darse cuenta de su nueva situación. Por lo tanto, la evocación solo puede hacerse en este momento como estudio psicológico, pero no procede preguntarles más allá.

Ese estado de confusión, que puede compararse con el transitorio del sueño a la vigilia, persiste más o menos tiempo. Hemos visto Espíritus que estaban completamente desprendidos a los tres o cuatro días, y otros, que no lo estaban todavía después de varios meses. Seguimos con interés su marcha progresiva, asistimos, en cierto modo, al despertar de su alma. Las preguntas que se les dirigen, si son hechas con mesura, prudencia, circunspección y benevolencia, les ayudan a esclarecerse. Si sufren y nos compadecemos de su dolor, se sienten

aliviados. Cuando la muerte es natural, es decir, cuando llega por la extinción gradual de las fuerzas vitales, el alma ya está parcialmente desligada antes del cese completo de la vida orgánica, y se reconoce de manera más rápida. Lo mismo sucede con los hombres que, durante su vida, se han elevado mentalmente sobre las cosas materiales. Desde este mundo pertenecen, en cierto modo, al mundo de los Espíritus. El tránsito de uno a otro se hace rápidamente y la turbación es breve.

El alma, una vez desprendida *de los restos de su envoltorio corporal*, se encuentra en su estado normal de Espíritu. Solo entonces podemos juzgarla, puesto que se muestra verdaderamente como es. Sus cualidades y defectos, sus imperfecciones, sus prejuicios, sus prevenciones, sus ideas falsas, mezquinas o ridículas persisten sin modificación durante toda su vida errante, aunque sea de mil años. Necesita pasar nuevamente por el tamiz de la vida corporal para dejar en ella algunas de sus impurezas y elevarse algunos grados más. Hemos visto a algunos Espíritus que, después de doscientos años de vida errante, conservaban las manías y bajezas que se les conocieron en vida, mientras que otros despliegan casi inmediatamente una gran superioridad.

Sobre el estado de transición que acabamos de describir, hemos hablado de Espíritus en sufrimiento. Naturalmente, se preguntará si ese momento es doloroso. No entra en nuestro marco tratar la cuestión del sufrimiento de los Espíritus, ni sobre todo examinar la naturaleza de este sufrimiento, tema que encontrará lugar más apropiado en la *Revista Espírita*. Por lo tanto,

nos limitaremos a decir que, para el hombre de bien, para aquel que duerme en la paz de una conciencia pura y no teme ninguna mirada escrutadora, el despertar es siempre tranquilo, dulce y apacible. Para el que la conciencia está cargada de fechorías, para el hombre material que puso todas sus alegrías en la satisfacción de su cuerpo, para aquel que abusó de los favores que la Providencia le había otorgado, es terrible. Sí, estos Espíritus sufren en el instante en que abandonan la vida. Sufren mucho y este sufrimiento puede durar tanto como su vida errante. Este sufrimiento, aunque solo es moral, no deja de ser doloroso, porque no siempre se les permite ver el final. Dichos Espíritus sufren hasta que un rayo de esperanza viene a brillar ante sus ojos y esta esperanza podemos hacerla nacer conversando con ellos. Buenas palabras, testimonios de simpatía son para ellos un consuelo al que pueden concurrir los buenos Espíritus a los que llamamos para secundar nuestras intenciones. Un suicida evocado poco tiempo después de su muerte nos describía sus torturas. —¿Cuánto durará?, le preguntamos. —No lo sé, y esto es lo que me desespera. Un Espíritu superior que estaba presente dijo entonces de forma espontánea: “Durará hasta el término natural de la vida que él interrumpió voluntariamente.” —¡Gracias!, dijo el otro, por lo que acaba de enseñarme *el que está allí*.

Terminaremos este capítulo con una advertencia esencial. El panorama que acabamos de trazar no es el resultado de una teoría ni de un sistema filosófico más o menos ingenioso. Todo lo que hemos dicho lo hemos obtenido de los propios Espíritus. Es a ellos a quienes

hemos interrogado, y quienes a menudo han respondido de una manera contraria a nuestras convicciones iniciales. Hemos hecho con los Espíritus lo que el anatomista hace con el cuerpo humano, hemos llevado el bisturí de la investigación a innumerables sujetos. No nos hemos contentado con hacerles hablar, sino que hemos sondeado los recovecos de su existencia tanto como nos ha sido posible hacerlo. Les hemos seguido desde el instante en que exhalan su último suspiro de la vida corporal hasta el momento en que regresan. Hemos estudiado su lenguaje, sus costumbres, sus hábitos, pensamientos y sentimientos, como el médico escucha las pulsaciones de un enfermo, y en esta clínica moral donde todas las fases de la vida espírita han pasado ante nuestros ojos, hemos observado y comparado. Hemos visto heridas repugnantes, por un lado, pero también grandes motivos de consuelo por otro. Nuevamente, no fuimos nosotros quienes imaginamos todas estas cosas, son los Espíritus quienes se retrataron ellos mismos. Ahora bien, quien quiera entrar en relación con ellos, es importante conocerlos bien para poder apreciar su situación y comprender mejor su lenguaje, sin lo cual a veces podría parecer contradictorio. Es por lo que nos hemos extendido un poco en este capítulo.

CAPÍTULO IV

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

Los Espíritus pueden comunicarse con nosotros por diferentes medios. Los definimos en el Vocabulario, por lo que aquí daremos las explicaciones necesarias para la práctica.

Sematología y tiptología

Originalmente se utilizó una mesa para este medio de correspondencia, solo porque es un objeto cómodo por la facilidad que ofrece de situarnos a su alrededor y es el primero en el que se produjeron los movimientos que dieron lugar a la expresión burlesca de “danza de las mesas”. No obstante, es importante saber que una mesa no tiene más influencia a este respecto que cualquier otro objeto móvil. Vamos a abordar el fenómeno en su aspecto más simple.

Si una persona coloca las yemas de sus dedos en el borde de un objeto circular y en movimiento, como una

copa, un plato, un sombrero, un vaso, etc., y en esta posición concentra su voluntad en ese objeto para hacerlo moverse, puede suceder que se agite con un movimiento giratorio, al principio lento, y luego cada vez más rápido hasta el punto de tener dificultades para seguirlo. El objeto girará hacia la derecha o hacia la izquierda, dependiendo de la indicación que se le haga verbal o mentalmente. Una vez establecida la comunicación fluida entre la persona y el objeto, esta puede producir los movimientos sin contacto, actuando solo a través del pensamiento. Dijimos que esto puede suceder, porque en realidad no hay certeza absoluta de éxito. Algunas personas están dotadas de tal poder en este sentido, que el movimiento se produce al cabo de algunos segundos. Otras solo lo consiguen después de cinco o diez minutos y, por último, otras no obtienen nada en absoluto. Aparte de la experiencia no hay ningún diagnóstico que permita reconocer la capacidad para producir este fenómeno. La fuerza física no tiene nada que ver con esto: las personas débiles y delicadas a menudo obtienen más que las vigorosas. Es una prueba que todo el mundo puede hacer sin ningún peligro, aunque a veces provoca bastante cansancio muscular y una especie de agitación febril.

Si la persona está dotada de suficiente poder, podrá por sí sola hacer girar una mesa ligera, a veces hasta una mesa pesada y maciza, pero para esto último requiere un poder excepcional.

Para obrar con mayor seguridad sobre una mesa de cierto peso, se colocan varias personas alrededor. El

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

número es indiferente, como tampoco es necesario alternar los sexos ni establecer contacto entre los dedos de los asistentes. Simplemente deben colocar la punta de los dedos en el borde de la mesa, ya sea de forma plana o como sobre las teclas de un piano. Todo esto no tiene ninguna consecuencia. En cambio, hay otras condiciones más difíciles de cumplir, como la concentración del pensamiento de *todos* para lograr el movimiento en un sentido o en otro, un recogimiento y un silencio absolutos y, sobre todo, una enorme paciencia. El movimiento a veces se produce a los cinco o diez minutos, pero a menudo hay que resignarse a esperar media hora o más. Si después de una hora no se ha obtenido nada, no tiene sentido continuar.

Hay que añadir que algunas personas son refractarias al fenómeno, y que su influencia negativa puede ejercerse con su sola presencia. Otras son completamente neutras. En general, cuantos menos espectadores, mejor, ya sea porque hay menos posibilidades de encontrar personas refractarias, o porque el silencio y el recogimiento son más fáciles.

El fenómeno siempre es provocado por efecto de la aptitud especial de algunas de las personas que intervienen, cuyo poder se multiplica con su número. Cuando el poder es lo bastante grande, la mesa no se limita a girar, se mueve, se eleva, se sostiene sobre una pata, se balancea como un barco y termina despegándose del suelo sin un punto de apoyo. Lo destacable es que, sea cual sea la inclinación de la mesa, los objetos que hay encima permanecen allí, e incluso una lámpara no corre

ningún riesgo. Un hecho no menos singular consiste en que, estando la mesa inclinada y apoyada sobre una sola pata, puede ofrecer tal resistencia que el peso de una persona no baste para bajarla.

Cuando se ha logrado producir un movimiento enérgico, el contacto de las manos deja de ser necesario. Podemos apartarnos de la mesa y esta se mueve a la derecha, a la izquierda, hacia adelante, hacia atrás, hacia una persona designada, se levanta sobre una pata u otra, según la orden que se le dé.

Hasta aquí los fenómenos no tienen ningún carácter esencialmente inteligente. No por eso son menos curiosos de observar, como producto de una fuerza desconocida. Además, son capaces de convencer a algunas personas que no lo serían a través de pruebas filosóficas. Este es el primer paso en la ciencia espírita, que nos conduce con entera naturalidad a los medios de comunicación.

El más simple de todos estos medios es, como en el hombre privado de la palabra o de la escritura, el lenguaje de signos. Un Espíritu puede comunicar su pensamiento a través del movimiento de cualquier objeto. Conocemos a alguien que conversa con su Espíritu familiar —el de una persona a la que quería mucho—, a través del primer objeto que encuentra, como una regla o un abrecartas colocados en su escritorio. Pone sus dedos encima y, después de haber evocado al Espíritu, la regla se mueve hacia la derecha o hacia la izquierda para decir sí o no, según se ha convenido, indica números, etc. El mismo resultado se obtiene con una mesa o un

velador. Una vez colocados los dedos en el borde, ya sea una o varias personas, y se ha evocado a un Espíritu, si está presente y juzga oportuno manifestarse, la mesa sube, baja, se agita y con sus movimientos a derecha e izquierda, o basculantes, responde de manera afirmativa o negativa. A través de sus golpes expresa alegría, impaciencia e incluso ira. Algunas veces se vuelca violentamente o se precipita hacia uno de los asistentes como si la hubiera empujado una mano invisible, y en este movimiento reconocemos la expresión de un sentimiento de afecto o antipatía. Una tarde, uno de nuestros amigos estaba en su salón ocupado en manifestaciones de este tipo. Recibió una carta y, mientras la leía, el velador avanzó hacia él y se acercó a la carta de forma espontánea y sin la influencia de nadie. Una vez que terminó la lectura, colocó la carta sobre una mesa que estaba al otro extremo del salón. El velador lo siguió y se precipitó sobre la carta. De esto se dedujo la presencia de un Espíritu recién llegado, simpático al autor de la carta y que quería comunicarse con él. Al preguntarle por medio del velador, quedaron confirmadas tales predicciones. Esto es lo que llamamos *sematología* o lenguaje de signos.

La *Tiptología* o lenguaje por golpes, ofrece más precisión. Se obtiene de dos modos muy diferentes. El primero, que denominamos *tiptología por movimiento*, consiste en los golpes que da propia la mesa con una de las patas. Estos golpes pueden responder sí o no, según el número de golpes acordado para expresar lo uno o lo otro. Las respuestas son, como podemos imaginar, muy incompletas, sujetas a equivocaciones y poco

convincientes para los principiantes, porque siempre pueden atribuirse al azar.

La *tiptología íntima* se produce de una manera muy diferente. Ya no es la mesa la que golpea. Permanece completamente quieta, pero los golpes resuenan en la sustancia misma de la madera, de la piedra o de cualquier otro cuerpo, y a menudo con fuerza suficiente para ser escuchados desde la habitación contigua. Si colocamos el oído o la mano sobre cualquier parte de la mesa, sentimos que vibra desde las patas hasta el tablero. Este fenómeno se obtiene procediendo de la misma forma que para hacer que la mesa se mueva, con la diferencia de que el movimiento puro y simple puede tener lugar sin evocación, mientras que para los golpes casi siempre es necesario recurrir a un Espíritu.

En estos golpes se reconoce la intervención de una inteligencia, en cuanto que obedecen al pensamiento. Así, según el deseo expresado verbal o mentalmente, cambian de lugar, se dejan oír ante tal o cual persona designada, dan la vuelta a la mesa, golpean fuerte o débilmente, imitan el eco, el ruido de la sierra, del martillo, del tambor, de los disparos del pelotón, marcan el ritmo de una melodía designada, indican la hora, el número de personas presentes, etc. O bien dejan la mesa para hacerse escuchar en la pared, en la puerta, en cualquier sitio acordado. Por último, responden sí o no a las preguntas que se les dirigen. Estas experiencias son más un objeto de curiosidad que comunicaciones serias. Los Espíritus que así se manifiestan son, en general, de orden inferior. Los Espíritus serios no se prestan a este tipo de

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

proezas, del mismo modo que entre nosotros los hombres graves no se dedican a los malabarismos de los acróbatas. Cuando les preguntamos a este respecto, responden con esta pregunta: “¿Acaso son los hombres superiores quienes hacen bailar a los osos en la Tierra?”

La *tiptología alfabética* nos ofrece un medio de correspondencia más fácil y completo. Consiste en la designación de las letras del alfabeto mediante un número de golpes correspondiente al lugar de cada letra y, de esta forma, se forman palabras y frases. Sin embargo, este medio, debido a su lentitud, tiene el grave inconveniente de no prestarse a explicaciones de cierta extensión. Se abrevia, no obstante, en muchos casos. Con frecuencia, basta con conocer las primeras letras de una palabra para adivinar el final y entonces no se deja que termine. Ante la duda, se pregunta si es la palabra que se supone, y el Espíritu responde sí o no a través del signo convenido.

La tiptología alfabética puede obtenerse por los dos medios que acabamos de indicar: los golpes dados por la mesa y los que se oyen en la sustancia de un cuerpo duro. Para las comunicaciones un tanto serias, preferimos el primero por dos razones: una, porque es de alguna manera más manejable y al alcance de un mayor número de personas, y la otra obedece a la naturaleza de los Espíritus. En la tiptología íntima, los Espíritus que se manifiestan son generalmente los que llamamos golpeadores: Espíritus superficiales, algunas veces muy divertidos, pero siempre muy ignorantes. Pueden ser agentes de Espíritus serios, según las circunstancias. Lo

más frecuente es que actúen de forma espontánea y por su propia cuenta, mientras que la experiencia prueba que los Espíritus de los otros órdenes se comunican más fácilmente por el movimiento.

De todas formas, la tipología alfabética es un modo de comunicación que los Espíritus superiores utilizan con pesar y solo a falta de otro mejor. Les gusta lo que se presta a la rapidez del pensamiento y, debido a esta lentitud que los impacienta, abrevian sus respuestas. Ya encuentran nuestro lenguaje demasiado lento, más aún cuando el medio de comunicación se suma a esta lentitud.

Psicografía

La ciencia espírita ha progresado como todas las demás ciencias, e incluso más rápidamente que estas. Apenas algunos años nos separan de estos medios primitivos e incompletos a los que trivialmente se daba el nombre de “mesas parlantes”, y ya podemos comunicarnos con los Espíritus tan fácil y rápidamente como los hombres hacen entre sí y por los mismos medios: la escritura y la palabra. Sobre todo, la escritura tiene la ventaja de revelar de forma más material la intervención de un poder oculto y de dejar huellas que se pueden conservar, como hacemos con nuestra propia correspondencia. El primer medio empleado fue el de las tablitas o cestas provistas de un lápiz. Los propios Espíritus son quienes lo indicaron. Esta es su disposición.

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

Dijimos al principio de este capítulo que una persona dotada de una aptitud especial puede imprimir un movimiento de rotación a un objeto cualquiera. Tomemos, por ejemplo, una pequeña cesta de quince a veinte centímetros de diámetro —que sea de madera o de mimbre poco importa, pues el material es indiferente—. Si ahora a través del fondo de esta cestita pasamos un lápiz bien sujeto, con la punta hacia fuera y hacia abajo, y mantenemos todo en equilibrio sobre la punta del lápiz, colocado a su vez sobre una hoja de papel, al poner los dedos sobre la cestita, comenzará a moverse. No obstante, en lugar de girar como una peonza, moverá el lápiz en diversos sentidos sobre el papel, formando trazos insignificantes o caracteres de escritura. Si un Espíritu es evocado y quiere comunicarse, ya no responderá con un sí o un no, sino con palabras y frases completas. En esta disposición, el lápiz cuando llega al final de la línea no vuelve para comenzar otra, sino que continúa circularmente, de manera que la línea de escritura forma una espiral y es necesario girar varias veces el papel para leer lo que está escrito. La escritura así obtenida no siempre es muy legible, las palabras no suelen estar separadas, pero el médium, por una especie de intuición, la descifra fácilmente. Por economía, se puede sustituir la pizarra y la barrita de pizarra por papel y lápiz común. Designaremos esta cestita con el nombre de *cesta-peonza*.

Se han diseñado algunos otros artilugios para obtener el mismo resultado. El más cómodo es el que llamaremos *cesta de pico* y que consiste en adaptar a la cesta una varilla de madera inclinada, que sobresale

unos diez o quince centímetros por un lado en la posición del mástil de bauprés de un barco. A través de un agujero practicado en el extremo de la varilla, o pico, se pasa un lápiz bastante largo para que su punta descansa sobre el papel. Cuando el médium coloca los dedos sobre la cesta, todo el aparato se agita y el lápiz escribe como en el caso anterior, con la diferencia de que la escritura, en general, es más legible, las palabras están separadas y las líneas no están en espiral, sino como en la escritura ordinaria, pues el lápiz se traslada de una línea a otra. De este modo se obtienen comunicaciones de varias páginas tan rápidamente como si se escribiera con la mano.

La inteligencia que actúa a menudo se manifiesta por otros signos inequívocos. Cuando llega al final de la página, el lápiz hace espontáneamente un movimiento para darle la vuelta. Si quiere referirse a un pasaje precedente escrito en la misma página o en otra, lo busca con la punta del lápiz como lo haría con los ojos, y después lo subraya. Si el Espíritu quiere dirigirse a uno de los asistentes, la punta de la varilla de madera se dirige hacia él. Para abreviar, a menudo expresa las palabras *sí* y *no* con los signos de afirmación y negación que hacemos con la cabeza. De todos los procedimientos utilizados, este es el que da una escritura más variada, según el Espíritu que se manifiesta, y a menudo una escritura exacta a la que tenía durante su vida, si es que dejó la Tierra hace poco.

En lugar de la cesta, algunas personas se sirven de una especie de mesita hecha a propósito, de doce a

quince centímetros de longitud, por cinco o seis de altura, con tres patas, una de las cuales lleva el lápiz. Otros simplemente usan una tablita sin patas, que en uno de sus bordes tiene un agujero para introducir el lápiz. Colocada para escribir, la tablita se encuentra inclinada y apoya uno de sus lados sobre el papel. Por lo demás, entendemos que todos estos artilugios no son definitivos. El más cómodo es el mejor.

Con todos estos aparatos, casi siempre son necesarias dos personas, pero no hace falta que las dos estén dotadas de la facultad mediúmnica, pues la segunda solo sirve para mantener el equilibrio y reducir la fatiga del médium.

Denominamos psicografía indirecta a la escritura así obtenida, por oposición a la psicografía directa o escritura obtenida por la mano del médium. Para comprender este último proceso, es preciso reparar en lo que sucede en esta operación. El Espíritu ajeno actúa sobre el médium y este, bajo esa influencia, dirige *automáticamente* su brazo y su mano para escribir, sin tener —al menos este es el caso más habitual— la menor conciencia de lo que escribe. La mano actúa sobre la cesta y la cesta sobre el lápiz. De este modo, *no es que la cesta se vuelve inteligente*, sino que es un instrumento dirigido por una inteligencia. En realidad, solo es un portalápiz, un apéndice de la mano, un intermediario inerte entre la mano y el lápiz. Si suprimimos ese intermediario y colocamos el lápiz en la mano del médium, obtendremos el mismo resultado con un mecanismo mucho más simple, puesto que el médium escribe como lo hace en

condiciones normales. De ese modo, toda persona que escribe con ayuda de una cesta, tablita u otro objeto, puede escribir directamente. De todos los medios de comunicación la psicografía es, sin duda, el más simple, el más fácil y el más cómodo, porque no requiere preparación y se presta, como la escritura corriente, a las comunicaciones más extensas. Volveremos a este asunto cuando abordemos a los médiums.

La *pneumatografía* es la escritura directa de los Espíritus. Cuando este fenómeno se produjo por primera vez —al menos en nuestros tiempos, porque nada prueba que no fuera conocido en la Antigüedad y en la Edad Media, como todos los otros medios de manifestación—, suscitó dudas muy naturales, pero hoy ya es un hecho aceptado. Alguien muy digno de confianza, nos ha afirmado que uno de sus parientes, canónigo, de común acuerdo con el abate Faria¹³, obtenía este tipo de escritura en París desde 1804. El barón de Guldenstube acaba de publicar sobre este tema una obra muy interesante¹⁴, acompañada de numerosos autógrafos de esta

¹³ El abate Faria, José Custódio de Faria (1746-1819) fue un monje de la India portuguesa, pionero del estudio científico de la hipnosis. (N. de la T.)

¹⁴ *La realidad de los Espíritus y el maravilloso fenómeno de su escritura directa: pneumatología positiva y experimental (La réalité des Esprits et le phénomène merveilleux de leur écriture directe: pneumatologie positive et expérimentale, démontrés par le baron L. de Guldenstubbé.* Paris: A. Franck, 1857), que puede consultarse en la biblioteca digital Gallica, de la BNF. Precisamente este es uno de los libros recomendados por Allan Kardec en su obra póstuma *Catálogo razonado para la formación de una biblioteca espírita*, de 1869. (N. de la T.)

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

escritura. En cierto modo, fue él quien lo destacó y muchas otras personas, según él, obtuvieron los mismos resultados. Primero se colocan una hoja de papel y un lápiz sobre una tumba, bajo la estatua o el retrato de un personaje cualquiera, y al día siguiente, a menudo unas horas después, se encuentra escrito un nombre, una frase y a veces signos ininteligibles. Es evidente que ni la tumba, ni la estatua, ni el retrato tuvieron influencia por sí mismos. Era solo un medio de evocación a través del pensamiento. Ahora simplemente se deja el papel, con o sin lápiz, en un cajón o en una caja que se pueda cerrar con llave, tomando todas las precauciones necesarias para evitar cualquier engaño, y se obtiene el mismo resultado evocando al Espíritu.

Este fenómeno es, sin duda, uno de los más extraordinarios que presentan las manifestaciones espíritas, y uno de los que atestiguan de una manera perentoria la intervención de una inteligencia oculta. Sin embargo, no puede reemplazar a la psicografía —al menos hasta ahora— para las explicaciones que requieren determinados temas. De este modo se obtiene la expresión de un pensamiento espontáneo, pero nos parece que se presta difícilmente a entrevistas y al intercambio rápido de ideas que comporta el otro medio. Por otra parte, la obtención de la neumatografía es muy rara, mientras que los médiums escribientes son muy numerosos.

A primera vista parecía difícil percatarse de un hecho tan anormal. No entra en nuestro plan desarrollarlo aquí, porque sería necesario remontarse a la fuente de otros fenómenos de los cuales es la consecuencia. La

explicación completa se encontrará en la *Revista Espírita*, y se verá que, por una deducción lógica, se llega a la escritura directa como un resultado natural.

Por último, los Espíritus nos transmiten su pensamiento mediante la voz de algunos médiums dotados de una facultad especial para ello. Es lo que llamamos *psicofonía*. Este medio de comunicación tiene todas las ventajas de la psicografía por la rapidez y la extensión de las comunicaciones. Agrada mucho a los Espíritus superiores, pero tal vez para las personas que dudan puede tener el inconveniente de no demostrar de manera bastante obvia la intervención de una inteligencia ajena. Sobre todo, es adecuado para aquellos que, ya suficientemente instruidos sobre la realidad de los hechos, la utilizan como complemento de sus estudios y no necesitan acrecentar su convicción.

Acabamos de esbozar los diferentes medios de comunicación directa con los Espíritus. Los hemos designado con nombres característicos que abarcan todas las variedades e incluso todos los matices, y por lo tanto permiten entendernos mejor que con perífrasis. Al comienzo de las manifestaciones, cuando se tenían ideas menos precisas sobre este tema, se publicaron varios escritos con estas denominaciones: “comunicaciones de una cesta”, “de una tablita”, “de las mesas parlantes”, etc. En la actualidad se comprende todo lo que estas expresiones tienen de insuficiente y de erróneo, prescindiendo de su carácter poco serio. En efecto, como acabamos de ver, las mesas, tablitas y cestas son solo instrumentos inertes que nada pueden comunicar por sí

DIFERENTES MODOS DE COMUNICACIÓN

mismos. Es, pues, tomar el efecto por la causa, el instrumento por el principio. Igual le daría a un autor poner en el título de su obra que la ha escrito con pluma metálica o con pluma de ganso. Por otra parte, tales instrumentos no son absolutos. Conocemos a alguien que, en lugar de la *cesta-peonza* que hemos descrito, se servía de un embudo, por cuyo canal pasaba el lápiz. Así que podríamos haber tenido “comunicaciones de un embudo” y también “de una cacerola” o “de una ensaladera”. Si las comunicaciones tienen lugar por medio de golpes y estos han sido dados por una silla o un bastón, ya no es una “mesa parlante”, sino una “silla parlante” o un “bastón parlante”. Lo que es importante saber no es la naturaleza del instrumento, sino el modo de obtención. Si la comunicación se lleva a cabo a través de la escritura, aunque el portalápiz sea como queramos llamarlo, para nosotros es psicografía. Si es mediante golpes, entonces es tiptología. El espiritismo, al tomar las proporciones de una ciencia, necesita un lenguaje científico.

CAPÍTULO V

SOBRE LOS MÉDIUMS

Toda persona que sienta en algún grado la influencia de los Espíritus es, precisamente por eso, un médium. Esta facultad es inherente al hombre y por consiguiente no es un privilegio exclusivo, por lo que son pocos los que no tienen algunos rudimentos de ella. Por lo tanto, podemos decir que casi todo el mundo es médium. Sin embargo, en la práctica, esta calificación solo se aplica a aquellos en quienes la facultad mediadora está claramente caracterizada y se traduce por efectos patentes de cierta intensidad, lo que depende de un organismo más o menos sensitivo. También cabe señalar que esta facultad no se revela en todos del mismo modo. Generalmente los médiums tienen una aptitud especial para tal o cual orden de fenómenos, lo que hace que haya tantas variedades de médiums como de manifestaciones (ver *Médium* en el Vocabulario). Vamos a entrar en algunos detalles sobre dichas manifestaciones que pueden dar lugar a observaciones esenciales.

Médiums de influencia física¹⁵

Médiums naturales y médiums facultativos

Los médiums de influencia física son aquellos que tienen una aptitud especial para la producción de fenómenos materiales. En esta clase es donde principalmente se encuentran los *médiums* naturales, aquellos cuya influencia se ejerce sin ellos saberlo. No tienen conciencia de su poder y a menudo lo que sucede de anormal a su alrededor no les parece nada extraordinario. Esta circunstancia forma parte de ellos, exactamente como en las personas dotadas de doble vista y que no lo sospechan. Estas personas son muy dignas de observación, y no debemos descuidar la recopilación y el estudio de los hechos de esta clase que puedan llegar a nuestro conocimiento. Se manifiestan a cualquier edad y a menudo en niños muy pequeños.

Esta facultad no es, por sí misma, indicio de un estado patológico, ya que no es incompatible con una salud perfecta. Si la persona que la posee está enferma, es por una causa ajena, por lo que los medios terapéuticos son impotentes para hacerla desaparecer. La mediumnidad en algunos casos puede ser consecuencia

¹⁵ V. nota 6. (N. de la T.)

de cierta debilidad orgánica, pero nunca es una causa eficiente. Por lo tanto, razonablemente no debe causarnos ninguna preocupación desde el punto de vista sanitario. La mediumnidad solamente podría resultar inconveniente si la persona que llega a ser médium facultativo hiciera un uso abusivo de dicha facultad, porque entonces habría una emisión excesiva de fluido vital y en consecuencia el debilitamiento de sus órganos.

Es necesario evitar especialmente *toda experimentación física*, siempre perjudicial para los organismos sensitivos, porque ahí está el peligro: podría provocar graves trastornos. La razón se rebela ante la idea de las torturas morales y corporales a las que se ha sometido a personas débiles y delicadas, para cerciorarse de que no hubo engaño por su parte. Hacer tales pruebas, es jugar con la vida. El observador de buena fe no necesita emplear semejantes medios. El que está familiarizado con esta clase de fenómenos sabe además que pertenecen más al orden moral que al físico, y que en vano buscaría la solución en nuestras ciencias exactas.

Por el hecho mismo de que estos fenómenos pertenecen al orden moral, se debe evitar con no menos escrupuloso cuidado todo aquello que pueda sobreexcitar la imaginación. Sabemos los accidentes que el miedo puede provocar y se cometerían menos imprudencias si se conociesen todos los casos de locura y de epilepsia que tienen su origen en los cuentos de hombres lobo y del coco. ¿Cómo sería si las personas estuviesen convencidas de que el diablo es el responsable de tales fenómenos? Quienes apoyan tales ideas no saben la

responsabilidad que asumen: pueden matar. Sin embargo, el peligro no es solo para el sujeto, sino también para quienes lo rodean, que pueden quedar espantados al pensar que su casa es una guarida de demonios. Esta creencia funesta fue la causante de tantos actos atroces en tiempos de ignorancia. Sin embargo, con un poco más de discernimiento, se hubiera podido pensar que, al quemar el cuerpo supuestamente poseído por el diablo, no se quemaba al diablo. Puesto que lo que se pretendía era deshacerse del diablo, es a él a quien había que matar. La doctrina espírita, al esclarecernos sobre la verdadera causa de todos estos fenómenos mediúmnicos, da el golpe de gracia al diablo. Por tanto, lejos de dar origen a este pensamiento, debemos, y es un deber moral y humanitario, combatirlo si existe.

Lo que hay que hacer cuando una facultad semejante se desarrolla espontáneamente en un individuo, es dejar que el fenómeno siga su curso natural, pues la naturaleza es más prudente que los hombres. Por otra parte, la Providencia tiene sus propias miras, y el más pequeño puede ser el instrumento de los mayores desig-nios. Sin embargo, hay que admitir que este fenómeno a veces adquiere proporciones agotadoras y molestas para todos¹⁶. Con todo, aquí está cómo proceder en todos los

¹⁶ Uno de los hechos más extraordinarios de esta naturaleza, por la variedad y rareza de los fenómenos, es sin duda el que tuvo lugar en 1852 en el Palatinado (Baviera Renana), en Bergzabern, cerca de Wiesenburg. Es especialmente notable porque reúne casi todos los tipos de manifestaciones espontáneas en el mismo sujeto: ruidos que sacudían la casa, agitación de muebles, objetos lanzados

casos. Partiendo del principio de que las manifestaciones físicas espontáneas tienen por objeto llamar nuestra atención sobre algo, debemos procurar conocer esta meta y para ello debemos preguntar al Ser invisible que quiere comunicarse. Ya dimos una explicación sobre este asunto en el capítulo dedicado a las manifestaciones. El Espíritu quizás quiera algo para sí mismo o para la persona por la cual se manifiesta. En ambos casos es probable, como ya advertimos, que si queda satisfecho cesará sus visitas. Veamos además otro medio basado, como el anterior, en la observación de los hechos.

Los Seres invisibles que revelan su presencia por efectos sensibles son, por lo general, Espíritus de un orden inferior, que pueden ser dominados mediante el ascendiente moral. Es este ascendiente el que debemos tratar de adquirir. Por lo tanto, lejos de mostrarnos sumisos a sus caprichos, hay que oponerse a su voluntad y obligarles a obedecer, lo que no nos impide ser

a distancia por una mano invisible, visiones y apariciones, sonambulismo, éxtasis, catalepsia, atracción eléctrica, gritos y sonidos aéreos, instrumentos musicales que sonaban sin contacto, comunicaciones inteligentes, etc. Además, no es de menor importancia la constatación de estos hechos, durante casi dos años, por innumerables testigos oculares dignos de todo crédito por su saber y posición social. El relato auténtico de lo sucedido fue publicado en aquella época en varios periódicos alemanes y, especialmente, en un folleto que hoy está agotado y es muy raro. La traducción completa de este folleto se encuentra en la *Revista Espírita* de 1858, con los comentarios y explicaciones necesarios. Que sepamos, esta es la única publicación francesa que se ha realizado al respecto. Además del interés sorprendente que se relaciona con estos fenómenos, son eminentemente instructivos desde el punto de vista del estudio práctico del espiritismo. (N. de A. K.)

condescendientes con todas las peticiones justas y legítimas que pudieran hacernos. Todo depende de la naturaleza del Espíritu que se comunica. Puede ser inferior, pero benévolo y venir con buena intención. De esto es de lo que debemos estar seguros, y lo reconoceremos fácilmente por la naturaleza de sus comunicaciones. Pero no le preguntéis si es un buen Espíritu, porque sea como sea, la respuesta es segura. Tanto valdría como preguntarle a un sinvergüenza si es un hombre honesto.

Para alcanzar este ascendiente, es necesario hacer pasar al sujeto del estado de *médium natural* al de *médium facultativo*. Entonces se produce un efecto análogo al que tiene lugar en el sonambulismo. Sabemos que el sonambulismo natural generalmente cesa cuando es sustituido por el sonambulismo magnético. No se detiene la facultad emancipadora del alma, sino que se le da otro rumbo. Lo mismo ocurre con la facultad mediúmica. Para ello, en lugar de obstaculizar los fenómenos —lo que rara vez se consigue y no siempre está exento de peligro—, es necesario incitar al médium para reproducirlos según su voluntad, imponiéndose al Espíritu. Por este medio logra dominarlo, y de un dominante a veces tiránico, lo convierte en un ser subordinado y a menudo muy dócil. Un hecho digno de mención, confirmado por la experiencia, es que en tal caso un niño tiene tanta autoridad como un adulto, y a menudo más que este. Esta es una nueva prueba en apoyo de este punto capital de la doctrina espírita: el Espíritu solo es un niño por el cuerpo y tiene por sí mismo un desarrollo necesariamente previo a su encarnación actual, un desarrollo

que puede darle ascendiente sobre los Espíritus que son inferiores a él.

Médiums facultativos

Los médiums facultativos son los que tienen conciencia de su poder y producen los fenómenos espíritas por la acción de su voluntad. Esta facultad, aunque inherente a la especie humana —como ya hemos dicho—, está lejos de existir en todos en el mismo grado. Con todo, si bien hay pocas personas en quienes la mediumidad es absolutamente nula, más raras todavía son las que son capaces de producir grandes efectos, como la suspensión de cuerpos pesados en el espacio, la traslación aérea y especialmente las apariciones. Los efectos más simples son la rotación de un objeto, los golpes producidos por el levantamiento de este o en su propia sustancia. Sin conceder a estos fenómenos una importancia capital, recomendamos no desatenderlos, pues pueden dar lugar a observaciones interesantes y ayudar a la convicción de quienes los observan¹⁷. Pero cabe señalar que la facultad de producir efectos materiales rara vez existe entre quienes poseen medios más perfectos de comunicación, como por ejemplo la escritura o la

¹⁷ La explicación teórica se encontrará en la *Revista Espírita*, núm. de mayo y junio de 1858. (N. de A. K.)

palabra. Generalmente la facultad disminuye en un sentido a medida que se desarrolla en otro.

Médiums escribientes o psicógrafos

De todos los medios de comunicación, la escritura es el más sencillo, el más cómodo y, sobre todo el más completo. Hacia él deben dirigirse todos los esfuerzos, ya que permite que se establezcan relaciones con los Espíritus tan continuas y regulares como las que existen entre nosotros. Debemos dedicarnos a ella especialmente porque es el medio por el cual los Espíritus revelan mejor su naturaleza y el grado de su perfección o inferioridad. Debido a la facilidad con que se expresan, nos permiten conocer sus pensamientos íntimos, lo que nos permite juzgarlos y apreciarlos en su justo valor.

Para un médium, la facultad de escribir es además la más susceptible de desarrollarse con la práctica. En el capítulo sobre los medios de comunicación, explicamos las diferentes maneras de obtener la escritura. Vimos que la cesta y la tablita solo desempeñan el papel de apéndice de la mano: son portalápices más alargados, nada más. Se lograría lo mismo colocando el lápiz en el extremo de un bastón. Dichos aparatos tienen la ventaja de proporcionar una escritura más característica que la obtenida con la mano, pero tienen el inconveniente de exigir casi siempre la cooperación de una segunda persona, lo que puede resultar incómodo. Por eso

recomendamos dedicarse con preferencia a la escritura inmediata. El procedimiento es de lo más simple, pues consiste únicamente en tomar lápiz y papel y adoptar la posición de una persona que escribe, sin otra preparación. Con todo, para tener éxito, son indispensables varias recomendaciones.

Como, en definitiva, se escribe por la influencia de un Espíritu, ese Espíritu no vendrá si no se le llama. Por lo tanto, es necesario evocarlo con el pensamiento, y rogarle, en el nombre de Dios, que quiera comunicarse. Para esto no hay ninguna fórmula sacramental. Quien pretenda dar una, puede ser acusado sin reparos de charlatanería: el pensamiento lo es todo, la forma no es nada. No es menos necesario llamar a un Espíritu que simpatice con nosotros, y esto por dos razones: la primera, porque vendrá gustoso si nos aprecia, y la segunda, porque, debido a ese afecto, estará más dispuesto a secundar nuestros esfuerzos para comunicarnos. Por lo tanto, será preferentemente un pariente o un amigo. Sin embargo, puede suceder que ese pariente o amigo se encuentre en una situación que le imposibilite acudir a nuestro llamamiento, o que no tenga suficiente poder para hacernos escribir. Por eso siempre es útil añadir la evocación de su Espíritu familiar, cualquiera que sea, sin ser necesario saber su nombre, porque él siempre está con nosotros. Entonces sucede una de dos cosas: nuestro Espíritu familiar responde, o bien va a buscar a otro, pero en todo caso presta su apoyo.

Un asunto que casi todos los principiantes descuidan es preguntar. Es evidente que el Espíritu evocado no puede responder si no se le pregunta nada. Sin duda podría decir algo de forma espontánea, como sucede a cada instante con los médiums ya formados, pero con el que está en sus inicios, el Espíritu tiene una primera dificultad mecánica que superar. Por lo tanto, es necesario simplificar esa dificultad tanto como sea posible, y eso es lo que logra una pregunta que conduzca a una respuesta precisa. Para comenzar, se debe tener cuidado en formular la pregunta de tal manera que la respuesta sea simplemente *sí* o *no*. Más tarde, esta precaución se vuelve innecesaria. La naturaleza de la pregunta no es indiferente. No precisa que tenga por sí misma una importancia real, al contrario, cuanto más simple sea, mejor. Al principio solo se trata de establecer un contacto. Lo esencial es que la pregunta no sea fútil, que no trate de asuntos de interés privado y, sobre todo, que sea la expresión de un sentimiento benevolente y de simpatía hacia el Espíritu al que se dirige.

Otro asunto igualmente necesario es la calma y el recogimiento, unidos a un deseo ardiente y a una firme voluntad de tener éxito. Por voluntad no entendemos aquí una voluntad efímera que actúa de forma entrecortada y que se interrumpe a cada momento por otras preocupaciones, sino una voluntad paciente, perseverante, sostenida por la oración que se dirige al Espíritu evocado. La soledad, el silencio y el alejamiento de todo lo que pueda causar distracciones favorecen el recogimiento. Luego, solo queda por hacer una cosa: esperar sin desanimarse y renovar todos los días el intento

durante diez minutos, o un cuarto de hora como máximo cada vez, y hacerlo durante quince días, un mes, dos meses y más si es necesario. Por eso decíamos que era necesaria una voluntad paciente y perseverante, y también por eso los Espíritus consultados sobre la aptitud de tal o cual persona, casi siempre dicen: “con voluntad, tendréis éxito”. Así pues, es posible que se logre en el primer intento, así como también que sea necesario esperar más o menos tiempo. Pero, en cualquier caso, si al cabo de tres meses no se obtuviera absolutamente nada, sería casi inútil continuar.

Hay que señalar que cuando se interroga a los Espíritus para saber si se es o no médium, casi siempre responden afirmativamente, lo que no impide que los intentos a menudo sean infructuosos. Esto se explica de manera natural. Si se hace al Espíritu una pregunta general, él responde de manera general. Ahora bien, como sabemos, nada es más elástico que la facultad mediúmica, ya que puede presentarse en las formas más variadas y en grados muy diferentes. Por tanto, una persona puede ser médium sin saberlo y en un sentido que no es el que piensa. A esta pregunta vaga: “¿Soy médium?”, el Espíritu puede responder que sí. Y a esta otra más precisa: “¿Soy médium escribiente?”, puede responder que no. También hay que tener en cuenta la naturaleza del Espíritu al que se pregunta. Hay algunos tan superficiales e ignorantes que responden a tontas y a locas como verdaderos atolondrados.

Un método que en general tiene éxito ya sea para activar el resultado o bien para hacer que escriba una

persona que de otro modo no lo lograría, consiste en emplear como auxiliar momentáneo a un buen médium escribiente o a otro ya formado. Si este coloca su mano o sus dedos sobre la mano que debe escribir, es raro que esta no escriba inmediatamente. Entendemos lo que sucede en esta circunstancia: la mano que sostiene el lápiz se convierte, en cierto modo, en un apéndice de la mano del médium, como lo haría una cesta o una tablita. Sin embargo, eso no impide que este ejercicio sea muy útil cuando es posible emplearlo, ya que, repetido a menudo y regularmente, ayuda a superar el obstáculo material y provoca el desarrollo de la facultad. Algunas veces basta magnetizar fuertemente el brazo y la mano de quien desea escribir. A menudo, incluso, el magnetizador se limita a poner su mano sobre el hombro del médium principiante, y hemos visto escribir rápidamente bajo esta influencia. El mismo efecto también puede producirse sin ningún contacto y solo por efecto de la voluntad. En este caso, es necesario estimular los esfuerzos del Espíritu alentándolo con la voz. Se comprende sin dificultad que la confianza del magnetizador en su propio poder debe desempeñar aquí un papel importante, y que un magnetizador incrédulo tendría poca o ninguna influencia.

El poder que permite desarrollar en otros la facultad de escribir constituye una variedad de médiums a los que designamos *médiums formadores*. Lo que tal vez parezca extraño, es que existe en personas que ellas mismas no escriben. Su ayuda a menudo es útil a los principiantes, incluso para aquellos que tienen una aptitud natural. Hay muchas pequeñas precauciones que

con demasiada frecuencia se descuidan, lo que va en detrimento de la rapidez de los progresos, y que un guía experimentado hace notar, ya sea por causa de la disposición material o bien, *sobre todo*, por causa de la naturaleza de las primeras preguntas y la forma de plantearlas. Su papel es el de un profesor del que se prescinde cuando se tiene la habilidad necesaria¹⁸.

En el médium aprendiz, la fe no es una condición rigurosa. Sin duda, secunda sus esfuerzos, pero no es indispensable. El deseo y la buena voluntad son suficientes. Hemos visto a personas absolutamente incrédulas quedar muy sorprendidas al escribir a su pesar, mientras que creyentes sinceros no lo conseguían. Eso prueba que esta facultad se debe a una disposición orgánica.

Como disposición material, recomendamos evitar todo aquello que pueda obstaculizar el libre movimiento de la mano. Incluso es preferible que esta no repose por completo sobre el papel. La punta del lápiz debe apoyarse lo suficiente para trazar, pero no tanto como para que ofrezca resistencia. Todas estas precauciones se vuelven inútiles una vez que se ha logrado escribir con

¹⁸ Estaremos encantados de dar personalmente y de manera desinteresada, siempre que sea posible, los consejos de nuestra experiencia a las personas que deseen formarse como médiums escribientes, cuando previamente hayan adquirido el conocimiento teórico de la ciencia espírita, y esto con el fin de que no tengamos que enseñarles sus principios elementales. (N. de A. K.)

fluidez, ya que entonces ningún obstáculo podría detenerlo: son solo los escritos preliminares del aprendiz.

El primer indicio de una disposición para escribir es una especie de estremecimiento en el brazo y en la mano. Poco a poco la mano es arrastrada por un impulso que no puede controlar. Al principio, a menudo solo realiza trazos insignificantes. Después, los caracteres se dibujan cada vez con mayor nitidez, y la escritura termina por adquirir la velocidad de la escritura normal. En todos los casos hay que dejar que la mano se mueva de forma natural y no ofrecer resistencia ni darle impulso.

La escritura a veces es muy legible, con las palabras y las letras perfectamente separadas, pero con algunos médiums es difícil de descifrar para cualquiera que no sea el que ha escrito: hay que acostumbrarse. Generalmente la escritura está formada por grandes trazos. Unas pocas palabras algunas veces llenan una página entera. Los Espíritus son poco moderados en el uso del papel. Cuando una palabra o una frase es poco legible, se pide al Espíritu que vuelva a escribirla, lo que suele hacer de buen grado. Cuando la escritura suele ser ilegible, incluso para el médium, este casi siempre logra obtener una más correcta mediante ejercicios frecuentes y prolongados, *aportando una fuerte voluntad*, y orando con fervor al Espíritu para que sea más inteligible. Si se desea conservar las respuestas, es bueno transcribirlas inmediatamente, así como las preguntas, mientras están en la memoria, ya que más tarde eso podría volverse imposible. Algunos Espíritus, antes de comenzar una respuesta, hacen ejecutar a la mano

diversas evoluciones y trazan multitud de rayas insignificantes. Dicen que es para ponerse en marcha, soltar la mano o establecer la relación. A veces se trata de emblemas o alegorías, que luego explican. Con frecuencia adoptan signos convencionales para expresar algunas ideas, que pasan a ser de uso corriente en las reuniones habituales. Para señalar que una pregunta les desagrada y que no quieren responderla, por ejemplo, harán una larga línea o algo equivalente.

Cuando el Espíritu ha concluido lo que tenía que decir, o ya no quiere responder más preguntas, la mano queda inmóvil, y el médium, cualquiera que sea su poder y su voluntad, no puede obtener una palabra más. Esto es señal que el Espíritu se ha marchado. Por el contrario, mientras este no haya terminado, el lápiz se mueve, sin que la mano pueda detenerse. Si el Espíritu quiere decir algo espontáneamente, la mano toma el lápiz de forma convulsiva y comienza a escribir, sin que el médium pueda evitarlo.

Estas son las explicaciones más esenciales que tenemos que dar respecto al desarrollo de la psicografía. La experiencia revelará en la práctica ciertos detalles que sería inútil referir aquí, y para los cuales podrán guiarse según los principios generales. Que muchos lo intenten, y difícilmente se encontrará una familia que no tenga un médium escribiente entre alguno de sus miembros, incluso que sea un niño.

Cualquiera que haya recibido el don de escribir con facilidad bajo la influencia de los Espíritus posee una facultad preciosa, ya que se convierte en intérprete entre

el mundo visible y el mundo invisible. Con frecuencia es una misión que ha recibido para el bien, pero de la que no debe enorgullecerse, ya que esta facultad puede serle retirada si la usa mal, o incluso volverse en su contra, en el sentido de que escribiría cosas dañinas, y solo tendría Espíritus malos a su disposición. La persona que, a pesar de sus esfuerzos y perseverancia, no consigue poseerla, no debe sacar conclusiones desfavorables sobre sí misma: es que su organización física no se presta a ello, pero no por ello queda desheredada de las comunicaciones espíritas. Si no las recibe directamente, puede obtenerlas igualmente bellas y buenas a través de un intermediario. Además, puede tener en compensación otras facultades no menos útiles. La privación de un sentido casi siempre se compensa con otro sentido más desarrollado.

CAPÍTULO VI

PAPEL E INFLUENCIA DEL MÉDIUM EN LAS MANIFESTACIONES

Para comprender el papel del médium en las manifestaciones debemos entender cómo se produce la transmisión del pensamiento de los Espíritus. Nos referimos aquí a los médiums escribientes.

Como hemos dicho, el Espíritu tiene una envoltura semimaterial a la que denominamos periespíritu. El fluido condensado, por así decir, alrededor del Espíritu para formar esta envoltura, es el intermediario a través del cual obra sobre los cuerpos. El periespíritu es el agente de su poder material y es por él que produce los fenómenos físicos.

Si examinamos algunos efectos que se producen en los movimientos de la mesa, de la cesta o de la tablita que escriben, no se puede dudar de que hay una acción ejercida directamente por el Espíritu sobre estos objetos. A veces la cesta se mueve con tanta violencia que escapa de las manos del médium, incluso algunas veces se dirige

hacia algunas personas del círculo para golpearlas y otras veces sus movimientos muestran un sentimiento afectuoso. Lo mismo sucede cuando se coloca el lápiz en la mano del médium. Con frecuencia es lanzado lejos con fuerza, o bien la mano, como la cesta, se mueve convulsivamente y golpea la mesa con ira, a pesar de que el médium esté muy tranquilo y se asombre de no tener el control de sí mismo. Digamos, de paso, que estos efectos denotan por lo general la presencia de Espíritus imperfectos. Los Espíritus verdaderamente superiores se muestran siempre tranquilos, dignos y benevolentes. Si no se les escucha adecuadamente, se retiran y otros ocupan su lugar. De esta manera, el Espíritu puede expresar directamente su pensamiento mediante el movimiento de un objeto, donde la mano del médium solo es un punto de apoyo, e incluso puede hacerlo sin que el objeto esté en contacto con el médium.

La transmisión del pensamiento también tiene lugar a través del Espíritu del médium, o mejor de su alma, ya que designamos con este nombre al Espíritu encarnado. En este caso, el Espíritu ajeno no actúa sobre la mano del médium para que escriba, como tampoco sobre la cesta. No la sostiene ni la guía. Actúa sobre el alma, con la que se identifica. Bajo este impulso, el alma dirige la mano por medio del fluido que compone su propio periespíritu, la mano dirige la cesta y la cesta dirige el lápiz. Señalemos aquí algo importante que debemos saber, que el Espíritu ajeno no sustituye al alma del médium, a la que no sabría cómo desplazar, sino que la domina sin que ella lo sepa y le imprime su voluntad. Cuando decimos “sin que ella lo sepa”, queremos decir que el alma

actúa exteriormente a través de los órganos del cuerpo. Pero el alma, como Espíritu, incluso encarnado, puede ser perfectamente consciente de la acción ejercida sobre ella por el Espíritu ajeno. En esta circunstancia, el papel del alma a veces es enteramente pasivo y entonces el médium no tiene ninguna conciencia de lo que escribe, o de lo que dice, si es un médium parlante. No obstante, algunas veces la pasividad no es absoluta, y entonces el médium tiene una conciencia más o menos vaga, aunque su mano esté impulsada por un movimiento mecánico y su voluntad permanezca ajena.

Si es así, se dirá, nada prueba que sea un Espíritu ajeno el que escribe, en lugar del alma del médium. Aquí debemos señalar un error que comparten algunas personas. Diremos, pues, que puede suceder que el alma del médium se comunique como lo haría un Espíritu ajeno, y esto se entiende fácilmente. Puesto que podemos evocar al Espíritu de una persona viva, ausente o presente, y que este Espíritu se comunique a través de la escritura o la palabra del médium, ¿por qué el Espíritu encarnado en el médium no podría comunicarse igualmente? Los hechos prueban que en ciertas circunstancias sucede así, como en el sonambulismo, por ejemplo. ¿Se deduce de ello que la comunicación realizada por el alma del médium tenga menos valor? En absoluto. El Espíritu encarnado en el médium puede ser más elevado que otros Espíritus ajenos y, por lo tanto, proporcionar mejores comunicaciones, que nos corresponde juzgar. En este caso, habla como Espíritu desprendido de la materia y no como hombre. La cuestión es saber si es siempre el Espíritu del médium el que emite sus propios

pensamientos, como algunos pretenden. Esta opinión *absoluta* es un sistema que solo puede tener su origen en una observación incompleta. También es siempre peligroso construir teorías sobre cuestiones sobre las que no se ha profundizado o de las que solo se observó un aspecto. Sin duda, hay casos en los que la intervención de un Espíritu ajeno no es indiscutible, pero basta que en algunos casos sea manifiesta para concluir que un Espíritu, distinto del médium, puede comunicarse. Ahora bien, esta intervención ajena no puede ser dudosa cuando, por ejemplo, una persona que no sabe leer ni escribir, sin embargo escribe como médium; cuando un médium escribe o habla en un idioma que desconoce; o, por último, lo que constituye el caso más común, cuando el médium no tiene conciencia de lo que escribe y los pensamientos que expresa son contrarios a su modo de ver, ajenos a su conocimiento o más allá del alcance de su inteligencia. La experiencia da sobre este último hecho evidencias tan numerosas y palpables, que la duda no es posible para cualquiera que ha observado mucho, y sobre todo observado *bien*.

Así pues, cualquiera que sea el modo de acción del Espíritu ajeno para la producción de la escritura o para la expresión del pensamiento a través del habla, el médium es siempre tan solo un instrumento, pero un instrumento más o menos conveniente. Esto nos permite hacer una observación importante, que responderá a esta pregunta natural: ¿Por qué no todos los médiums escriben en todos los idiomas que desconocen?

Sin duda, el Espíritu ajeno comprende todos los idiomas, puesto que estos son la expresión del pensamiento y el Espíritu comprende a través del pensamiento. Pero para expresar este pensamiento es necesario un instrumento: este instrumento es el médium. El alma del médium que recibe la comunicación ajena solo puede transmitirla por los órganos de su cuerpo, pero estos órganos no pueden tener para un idioma desconocido la flexibilidad que tienen para el que les resulta familiar. Un médium que solo sepa francés podrá, ocasionalmente, dar una respuesta en inglés, por ejemplo, si al Espíritu que se comunica le complace hacerlo. Pero los Espíritus, que ya consideran demasiado lento el lenguaje humano respecto a la velocidad del pensamiento, puesto que lo abrevian tanto como pueden, se impacientan con la resistencia mecánica que verifican en el médium. Por eso no siempre lo hacen. Esta es también la razón por la que un médium principiante, que escribe penosamente y con lentitud, incluso en su propio idioma, por lo general, solo obtiene respuestas breves y sin desarrollo. Por esto, los Espíritus recomiendan que solo se hagan preguntas sencillas a través de estos médiums. Para las de mayor alcance, es necesario un médium formado, que no ofrezca ninguna dificultad mecánica al Espíritu. Nosotros no aceptaríamos como lector a un escolar que apenas deletreara. A un buen obrero no le gusta utilizar malas herramientas. Agreguemos otra consideración de suma gravedad en lo que respecta a los idiomas desconocidos. Los ensayos de este género siempre se realizan con un propósito de curiosidad y experimentación. Pero nada es más antipático

a los Espíritus que las pruebas a las que se intenta someterlos. Los Espíritus superiores nunca se prestan a esto y se marchan en cuanto se quiere entrar por este camino. Del mismo modo que se complacen en las cosas útiles y serias, también son reacios a ocuparse de cosas fútiles y sin objetivo. Esto es, dirán los incrédulos, para convencernos, y el objeto es útil, puesto que puede ganar seguidores de la causa de los Espíritus. A esto los Espíritus responden: “Nuestra causa no necesita de quienes tengan el suficiente orgullo como para creerse indispensables. Llamamos a nosotros *a quienes queremos*, y muchas veces son los más pequeños y humildes. ¿Realizó Jesús los milagros que le pedían los escribas? ¿Y de qué hombres se sirvió para revolucionar el mundo? Si queréis convencerlos, tenéis otros medios que las proezas. Comenzad por subordinaros, pues no es apropiado que el escolar imponga su voluntad al profesor.”

De esto se deduce que, salvo algunas excepciones, el médium transmite el pensamiento de los Espíritus por los medios mecánicos que están a su disposición, y que la expresión de este pensamiento puede y debe verse afectada por la imperfección de estos medios la mayoría de las veces. Así, un hombre inculto, un campesino, podrá decir las cosas más hermosas, expresar los pensamientos más elevados y filosóficos, hablando a su manera. Para los Espíritus el pensamiento es todo y la forma nada. Esto responde a la objeción de ciertas críticas con respecto a errores de estilo y de ortografía que se pueden reprochar a los Espíritus, y que pueden provenir tanto del médium como del Espíritu. Apegarse a tales cosas es una futilidad.

PAPEL DEL MÉDIUM EN LAS MANIFESTACIONES

Si desde el punto de vista de la ejecución, el médium no es más que un instrumento, en otro aspecto ejerce una gran influencia. Puesto que para comunicarse el Espíritu ajeno se identifica con el del médium, esta identificación solo puede tener lugar cuando exista entre ellos simpatía y, por así decir, afinidad. El alma ejerce una especie de atracción o repulsión sobre el Espíritu ajeno según el grado de semejanza o disimilitud entre ellos. Ahora bien, los buenos tienen afinidad con los buenos y los malos con los malos, de lo que se deduce que las cualidades morales del médium tienen una influencia capital sobre la naturaleza de los Espíritus que se comunican por su mediación. Si el médium es vicioso, los Espíritus inferiores se agrupan a su alrededor y están siempre dispuestos a ocupar el lugar de los Espíritus buenos que han sido llamados. Las cualidades que atraen a los Espíritus buenos son: bondad, benevolencia, sencillez de corazón, amor al prójimo y despreocupación de las cosas materiales. Los defectos que rechazan son: egoísmo, envidia, celos, odio, codicia, sensualidad y todas las pasiones por las cuales el hombre se apega a la materia. Así pues, un médium por excelencia sería aquel que, a la facilidad de la ejecución, uniera las cualidades morales al más alto nivel.

La influencia del Espíritu del médium aún puede ejercerse de otro modo. Si es hostil al Espíritu ajeno que se comunica, puede ser para él un intérprete infiel, alterar o tergiversar su pensamiento o expresarlo en términos indebidos. Lo mismo ocurre entre nosotros cuando confiamos a un hombre de mala fe una misión de confianza.

La facultad mediúmnica, cualquiera que sea su grado, no basta, pues, para obtener buenas comunicaciones. Es necesario, ante todo, y bajo expresa condición, un médium que resulte simpático a los buenos Espíritus. La repulsión de estos por los médiums inferiores desde el punto de vista moral se concibe fácilmente. ¿Acaso tomamos nosotros como confidentes de nuestros pensamientos a las personas que no estimamos?

Algunas personas verdaderamente están mal correspondidas con respecto a las comunicaciones. Las hay que nada reciben o normalmente solo transmiten trivialidades o groserías, por no seguir hablando. Deben lamentarlo, como un indicio seguro de la naturaleza de los Espíritus que se agrupan a su alrededor, porque ciertamente no son Espíritus superiores los que usan tal lenguaje. Por ello, nunca sabrían hacer demasiados esfuerzos para librarse de acólitos tan poco recomendables, a menos que les encante ese tipo de conversaciones. En todo caso, les recomendamos que eviten alardear de estas, ya que eso podría dar una idea poco halagadora de las simpatías con que cuentan en el mundo de los Espíritus. Completaremos lo que tenemos que decir acerca de los médiums, a medida que lo requiera la continuación de nuestras instrucciones.

Ahora bien, ¿es absolutamente imposible obtener buenas comunicaciones a través de médiums imperfectos? Eso es lo que veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VII

INFLUENCIA DEL ENTORNO¹⁹ EN LAS MANIFESTACIONES

Sería un grave error creer que es necesario ser médium para atraer a los seres del mundo invisible. El espacio está poblado de ellos. Los tenemos constantemente a nuestro alrededor, a nuestro lado. Nos ven, nos observan, se mezclan en nuestras reuniones, nos siguen o nos rehúyen, según les atraigamos o les produzcamos rechazo. La facultad mediúmnica no significa para nada esto, solo es un medio de comunicación. Según lo que hemos visto sobre las causas de simpatía o de antipatía de los Espíritus, fácilmente se comprenderá que debemos estar rodeados de aquellos que sienten afinidad con nuestro propio Espíritu, según

¹⁹ En el texto original *milieu*, que suele traducirse por “medio”. Dado que la palabra “medio” tiene muchas acepciones, entre ellas “médium”, para evitar confusiones utilizaremos el vocablo “entorno”, que es su sinónimo en la acepción que tiene en este capítulo. (N. de la T.)

nuestro grado de elevación o inferioridad. Consideremos ahora el estado moral de nuestro globo y entenderemos qué clase de Espíritus predomina entre los Espíritus errantes. Si consideramos cada pueblo en particular, podremos juzgar por el carácter dominante de sus habitantes, así como por sus preocupaciones y sentimientos más o menos morales y *humanitarios*, qué categoría de Espíritus se reúnen allí preferentemente. Los Espíritus no son más que las almas liberadas de nuestros cuerpos, que llevan consigo el reflejo de nuestras cualidades e imperfecciones. Son buenos o malos según lo hayamos sido, a excepción de aquellos que, tras dejar sus impurezas en el fondo del alambique terrestre, se han elevado por encima de la turba de los Espíritus imperfectos. El mundo espírita, por tanto, solo es en realidad un extracto quintaesenciado del mundo corporal, que lleva consigo buenos y malos olores.

Partiendo de este principio, supongamos una reunión de hombres superficiales, inconsecuentes, ocupados en sus placeres. ¿Cuáles serán los Espíritus que con preferencia se encontrarán allí? Seguramente no serán Espíritus superiores, como tampoco nuestros sabios y filósofos irían allí a pasar el tiempo. Así, cada vez que los hombres se reúnen, tienen consigo una asamblea oculta que simpatiza con sus cualidades o sus defectos, y esto, *prescindiendo de cualquier idea de evocación*. Admitamos ahora que tengan la posibilidad de conversar con los seres del mundo invisible a través de un intérprete, es decir, de un médium. ¿Quiénes responderán a su llamamiento? Evidentemente los que estén allí,

preparados, y que solo buscan una oportunidad para comunicarse. Si en una reunión fútil se llama a un Espíritu superior, podrá acudir e incluso hacer oír algunas palabras razonables, como un buen pastor viene entre sus ovejas descarriadas. Pero desde el momento que no es comprendido ni escuchado, se marcha, como haríamos cualquiera de nosotros en su lugar y entonces los otros Espíritus tienen el campo libre.

No siempre basta con que una reunión sea seria para obtener comunicaciones de un orden elevado. Hay personas que nunca ríen, y cuyo corazón no es más puro por ello. Ahora bien, es el corazón sobre todo el que atrae a los Espíritus buenos. Ninguna condición moral excluye las comunicaciones espíritas, pero si estamos en malas condiciones conversaremos con Espíritus similares, que no tendrán escrúpulos en engañarnos y que a menudo alimentarán nuestros prejuicios.

Por el hecho de no sea de un orden superior, un Espíritu no siempre es malo por eso. A menudo solo es superficial. Si os divierten sus gracias, disfrutará mucho y os dará ventaja con sus epigramas, que rara vez se prestan a confusión y que de forma jovial a menudo dan lecciones picantes. Son los comediantes del mundo espírita, como los Espíritus superiores son los sabios y filósofos.

De esta manera podemos ver la enorme influencia del entorno en la naturaleza de las comunicaciones inteligentes. No obstante, esta influencia no se ejerce como algunas personas pretendían, cuando aún no se conocía el mundo de los Espíritus como en la actualidad y antes

de que experiencias más concluyentes vinieran a esclarecer las dudas. Cuando las comunicaciones concuerdan con la opinión de los asistentes, no es porque esta opinión se refleja en el Espíritu del médium como en un espejo, es porque tenéis a vuestro lado Espíritus que os son simpáticos, tanto para bien como para mal, y que abundan en vuestras ideas. Lo prueba el que, si tuvierais la fuerza para atraer a otros Espíritus además de los que os rodean, este mismo médium emplearía un lenguaje completamente diferente y os diría cosas alejadas de vuestro pensamiento y convicciones. En resumen, las condiciones del ambiente serán tanto mejores, cuanto más homogeneidad haya para el bien, más sentimientos puros y elevados y más deseo sincero de aprender sin segundas intenciones.

En este entorno, tres elementos pueden influir uno tras otro o simultáneamente: el conjunto de los asistentes por causa de los Espíritus que atraen, el médium debido a la naturaleza de su propio Espíritu que sirve de intérprete y el que interroga. Este último por sí mismo puede dominar todas las otras influencias y, a pesar de todas las condiciones adversas que lo rodean, algunas veces puede obtener grandes comunicaciones por su ascendiente, si el objetivo que se propone es útil. Los Espíritus superiores acuden a su llamamiento y lo hacen por él. Los demás Espíritus callan como los alumnos ante sus maestros.

La influencia del entorno hace comprender que cuantas menos personas asistan a una sesión, mejor será el resultado, porque es más fácil obtener la

homogeneidad. Los pequeños grupos íntimos siempre son más favorables a las comunicaciones hermosas. Sin embargo, se concibe que cien personas reunidas, convenientemente recogidas y atentas, obtendrán mejores resultados que diez distraídas y ruidosas. Lo que es especialmente necesario entre los asistentes *es una comunión de pensamientos*. Si esta comunión es con miras al bien, los Espíritus buenos acuden fácilmente y de buen grado. Por lo tanto, hay que ser muy cautelosos a la hora de introducir nuevos elementos en las reuniones, ya que hay personas que llevan consigo la perturbación dondequiera que vayan. Las más molestas, en este caso, no son las ignorantes en la materia, ni siquiera las que no creen, puesto que la convicción solo se adquiere a través de la experiencia y hay personas que desean esclarecerse de buena fe. Especialmente es necesario preservarse de las personas con sistemas preconcebidos, de las incrédulas que dudan de todo, incluso de lo evidente; de las orgullosas que pretenden tener en exclusiva la luz infusa, quieren imponer su opinión por todas partes y miran con desdén a quienes no piensan como ellas. No os dejéis engañar por su fingido deseo de esclarecerse. Hay más de una que se enfadaría mucho de verse obligada a aceptar que estaba equivocada. Guardaos, especialmente, de las personas que pronuncian peroratas insípidas, que siempre quieren decir la última palabra, puesto que los Espíritus no gustan de las palabras inútiles.

CAPÍTULO VIII

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

La manera de ponerse en contacto con los Espíritus es uno de los asuntos más útiles. Si se considera la distancia que separa los dos extremos de la escala espírita se comprenderá fácilmente la necesidad de algunas precauciones según el rango de los Espíritus y sus costumbres. Por lo tanto, no basta con estar uno mismo en buenas condiciones, también es necesario conocer el camino más favorable para alcanzar el objetivo con mayor seguridad. Así que tendremos que examinar lo que conviene seguir en las reuniones, en las evocaciones, el lenguaje que se debe emplear con los Espíritus y la naturaleza de las preguntas que se les puede dirigir.

Las reuniones

Se entiende que suponemos un objetivo serio en estas reuniones. En cuanto a las que tienen por objeto el entretenimiento y la curiosidad, las dejamos a su suerte.

En estas es libre para los asistentes pedir la buenaventura y hablar de sus pequeños secretos, pues están seguros de antemano de obtener respuesta. Sin embargo, queremos señalar que estas reuniones frívolas tienen un grave inconveniente, y es que algunas personas pueden tomarse en serio lo que casi siempre es una broma de los Espíritus superficiales que se divierten a expensas de los que los escuchan. En cuanto a aquellos que nunca han visto nada, no es allí donde deben ir a tomar sus primeras lecciones ni a obtener convicciones. Podrían engañarse enormemente acerca de la naturaleza de los seres que componen el mundo espírita, casi como alguien que juzgara a toda la población de una gran ciudad por sus suburbios.

A partir de todo lo que hemos dicho, se comprende que el silencio y el recogimiento son condiciones de primer orden, pero lo que no es menos necesario es la regularidad de las reuniones. En todas ellas siempre hay Espíritus que podríamos llamar *habituales*, y no nos referimos a esos Espíritus que están en todas partes y que se inmiscuyen en todo. Se trata, bien de Espíritus familiares, o bien de aquellos a quienes se consulta con mayor frecuencia. No hay que creer que estos Espíritus no tienen otra cosa que hacer que escucharnos. Tienen sus ocupaciones y, además, pueden encontrarse en condiciones desfavorables para ser evocados. Cuando las reuniones se llevan a cabo en días y horas fijos, se preparan en consecuencia, y es raro que falten a ellas. Incluso, algunos son extremadamente puntuales, se molestan por un cuarto de hora de retraso y, si establecen ellos mismos el momento de una conversación, sería

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

inútil llamarlos unos minutos antes. Sin duda ellos pueden venir fuera de las horas fijadas, e incluso acuden gustosos si el propósito es útil, pero nada perjudica más las buenas comunicaciones que llamarlos sin razón y de manera caprichosa cuando nos apetece, y sobre todo sin un motivo serio. Como no están obligados a someterse a nuestros caprichos, podrían no molestarse en venir, y es entonces cuando otros pueden ocupar su lugar y su nombre.

No hay una hora cabalística para las evocaciones, por lo que su elección es completamente indiferente. Aquellas horas en las que nuestras ocupaciones temporales nos permitan más calma y tiempo libre son las mejores. Los Espíritus que prescribieran, para cualquier cosa, las horas de predilección dedicadas a los seres infernales por los cuentos fantásticos serían Espíritus mistificadores, sin lugar a duda. Lo mismo ocurre con respecto a los días a los que la superstición atribuye una influencia imaginaria.

Nada se opondría a que las reuniones fueran diarias, pero habría un inconveniente en su frecuencia excesiva. Si los Espíritus critican el excesivo apego a las cosas de este mundo, también recomiendan no descuidar los deberes que nos impone nuestra posición social, lo cual forma parte de nuestras pruebas. Además, nuestro propio Espíritu necesita, para la salud del cuerpo, no estar constantemente volcado en un mismo objeto, y especialmente en cosas abstractas, pues presta más atención cuando no está agotado. Las reuniones semanales o quincenales son suficientes. Se llevan a cabo con

más solemnidad y recogimiento cuando no son demasiado frecuentes. Hablamos de las sesiones en que se realiza un trabajo regular, y no de aquellas en que un médium principiante se dedica a ejercicios necesarios para su desarrollo. Estas no son propiamente sesiones, son más bien lecciones que darán resultados más rápidos cuanto más frecuentes sean. Sin embargo, una vez se desarrolle la facultad, es esencial no abusar de ella por los motivos que hemos indicado. La satisfacción que la posesión de esta facultad proporciona a algunos principiantes, despierta un entusiasmo que es de suma importancia moderar. Deben recordar que les fue dada para *el bien* y no para satisfacer una vana curiosidad. Cuando decimos “bien”, nos referimos al de sus semejantes y no *al suyo propio*. De igual modo que un médium que desee mantener relaciones serias con los Espíritus debe evitar ceder a la curiosidad de los amigos o conocidos, que lo acosarían con preguntas ociosas, también este médium debe brindar su apoyo de manera entusiasta y desinteresada cuando se trata de asuntos útiles. Actuar de otra forma sería egoísta y el egoísmo es una mancha.

El lugar

No hay tampoco lugares fatídicos para las comunicaciones espíritas. Incluso se deben evitar aquellos que, por su naturaleza, podrían impresionar la imaginación. Los buenos Espíritus acuden a cualquier lugar donde un corazón puro los llame para hacer el bien, y los Espíritus

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

malévolos solo tienen predilección donde encuentran simpatía. Los cementerios tienen más influencia en nuestros pensamientos que en los Espíritus, y la experiencia demuestra que estos acuden igualmente a la habitación más vulgar y sin ningún elemento diabólico, que a sus tumbas o a las capillas en ruinas, ya sea a plena luz del día o a la luz de la luna.

Si la elección del lugar es indiferente, es útil no cambiarlo sin necesidad. El fluido vital del que cada Espíritu errante o encarnado es, en cierta medida, un foco, irradia a su alrededor a través del pensamiento. Por lo tanto, se comprende que en un lugar habitual debe haber una emanación de ese fluido que forma —por decirlo así— una atmósfera moral con la que los Espíritus se identifican. Incluso un lugar exclusivamente consagrado a este tipo de conversaciones, que no estuviera —si podemos expresarlo así— profanado por preocupaciones vulgares, sería preferible, porque sería un verdadero santuario del que los malos Espíritus serían excluidos, y donde los elementos de la atmósfera moral estarían menos mezclados que en un lugar vulgar.

La mejor disposición material es aquella que resulte más cómoda y ocasione menos molestia y distracción. Respecto a los objetos decorativos, es útil todo aquello que pueda elevar el pensamiento y recordar el asunto que nos ocupa. Con todo, que quede claro que cualquier disposición u ornamentación que remita a fórmulas mágicas es absurda. Incluso diremos que es peligrosa, por las ideas supersticiosas que necesariamente despierta. Reiteramos aquí lo dicho anteriormente con respecto a

las horas, pues los Espíritus que recomiendan cosas de este tipo, o cualquier práctica mística, son Espíritus inferiores que se divierten con la credulidad, o que quizás ellos mismos están bajo la influencia de las ideas que tenían en vida. Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: para los Espíritus superiores el pensamiento lo es todo, y la forma no es nada. Se los atrae a través de los buenos pensamientos y no con fórmulas vanas. Los que dan importancia a las cosas materiales, prueban por esto mismo que todavía están bajo la influencia de la materia. Si en algún tiempo la evocación estuvo rodeada de misterio y de símbolos, es porque se buscaba esconderla al vulgo y darle prestigio ante los ignorantes. Hoy la luz se ha hecho para todo el mundo, y es en vano que se quiera cubrirla con un celemín.

Todo lo que hemos dicho sobre las reuniones dedicadas a las comunicaciones espíritas, se aplica naturalmente a las comunicaciones individuales. Por eso no haremos mención especial de ellas. Lo mismo ocurre con todo lo que nos queda por examinar. Hemos tomado las reuniones como modelo porque entrañan condiciones más complejas, que cada cual podrá aplicar a casos particulares. Incluso añadiremos que las reuniones, cuando se desarrollan en buenas condiciones, tienen la ventaja de que muchas personas unidas por un pensamiento común tienen más fuerza para atraer a los Espíritus buenos, que gustan de encontrarse en un entorno simpático donde pueden propagar la luz a través de su enseñanza. Sin embargo, hay circunstancias en que prefieren, e incluso

prescriben, las comunicaciones aisladas. Lo mejor que se puede hacer en este caso es cumplir con sus deseos.

Las evocaciones

Algunas personas piensan que no se debe evocar a este o aquel Espíritu, sobre todo cuando se trata de obtener enseñanzas generales, y que es preferible esperar al que quiera comunicarse. Se basan en la opinión de que, al llamar a un Espíritu determinado, no se tiene la certeza de que sea este el que se presente, mientras que el que viene espontáneamente y por su propio impulso prueba mejor su identidad, ya que así anuncia su deseo de conversar con nosotros. En nuestra opinión, eso es un error. En primer lugar, porque siempre hay Espíritus a nuestro alrededor, la mayoría de las veces de bajo rango, que solo piden comunicarse. En segundo lugar, y por esta misma razón, al no evocar a ningún Espíritu en particular, se abre la puerta a todos los que quieran entrar. En una asamblea, no dar la palabra a nadie significa darla a todo el mundo, y ya sabemos lo que resulta de ello. El llamamiento directo a un Espíritu determinado es un vínculo entre él y nosotros. Lo llamamos porque es nuestro deseo y así oponemos una especie de barrera a los intrusos que pueden muy bien engañarnos sobre su identidad. Sin una evocación directa, un Espíritu no tendría motivo alguno para venir a nuestro lado, aparte de nuestro Espíritu familiar. Por otra parte, la experiencia demuestra que en cualquier

caso es preferible la evocación. En cuanto a la cuestión de la identidad, hablaremos de ella más adelante.

No obstante, esta regla no es absoluta. En las reuniones periódicas, especialmente en las que se realiza un trabajo continuado, siempre hay —como decíamos— Espíritus habituados a encontrarse allí sin ser llamados, porque están prevenidos por la regularidad de las sesiones. A menudo toman la palabra de forma espontánea para prescribir lo que se debe hacer, o para desarrollar un tema de conversación, y entonces se les reconoce fácilmente, ya sea por la forma de su lenguaje que es siempre idéntico, o bien por su escritura, o por ciertos hábitos que les son familiares, o finalmente por sus nombres, que indican unas veces al comienzo y otras al final de la reunión.

Por lo que respecta a los Espíritus ajenos, la forma de evocarlos es muy sencilla. No existe una fórmula sacramental o mística. Basta hacerlo en nombre de Dios en los siguientes términos, o en otros equivalentes: *Ruego a Dios todopoderoso que permita al Espíritu de...* (designarlo con cierta precisión) *que se comuniquen con nosotros.* O bien: *En nombre de Dios todopoderoso, ruego al Espíritu de... que consienta en comunicarse con nosotros.* Si puede venir, la respuesta generalmente es: *Sí,* o *Estoy aquí* o también *¿Qué quieres de mí?*

A menudo es sorprendente la prontitud con la que un Espíritu evocado se presenta, incluso por primera vez, y se diría que estaba prevenido. En efecto, es lo que sucede cuando nos preocupamos por anticipado de su

evocación. Esta preocupación es una especie de evocación anticipada, y como siempre tenemos a nuestros Espíritus familiares u otros que se identifican con nuestro pensamiento, ellos preparan el camino de tal manera que, si nada se opone, el Espíritu al que queremos llamar ya se encontrará presente. En caso contrario, quien va a buscarlo es el Espíritu familiar del médium, o el del interrogador, o de uno de los asistentes, y para eso no necesita mucho tiempo. Si el Espíritu evocado no puede venir al instante, el mensajero (el *mercurio*²⁰, si se quiere), asigna una espera, a veces de cinco minutos, un cuarto de hora, una hora y hasta varios días. Cuando el Espíritu llega, el mensajero dice: *Aquí está*. Entonces podemos comenzar a hacerle las preguntas que deseemos.

Cuando decimos que se haga la evocación en nombre de Dios, entendemos que nuestra recomendación debe tomarse en serio y no a la ligera. Quienes solo lo vean como una fórmula sin importancia, harían mejor en abstenerse.

Espíritus que se pueden evocar

Se puede evocar a todos los Espíritus, cualquiera que sea el grado de la escala a que pertenezcan: a los buenos tanto como a los malos, a los que recientemente han dejado la vida y a los que vivieron en los tiempos más lejanos, a los hombres ilustres como a los más

²⁰ En la mitología romana, Mercurio era mensajero de los dioses, equiparable al Hermes griego. (N. de la T.)

sombríos, a nuestros parientes y amigos, así como a los que nos son indiferentes. Pero esto no quiere decir que siempre estarán dispuestos o podrán responder a nuestra llamada. Independientemente de su voluntad personal o del permiso que pueda ser denegado por un poder superior, pueden verse impedidos de acudir por razones que no siempre nos es dado entender.

Entre las causas que pueden oponerse a la manifestación de un Espíritu, algunas son personales y otras le son ajenas. Entre las primeras hay que situar las ocupaciones o misiones que el Espíritu cumple, y de las que no puede alejarse para ceder a nuestros deseos. En este caso, su visita solo se pospone.

También está su propia situación. Aunque el estado de encarnación no sea un obstáculo absoluto, puede ser un impedimento en determinadas oportunidades, especialmente cuando tiene lugar en los mundos inferiores y cuando el mismo Espíritu está poco desmaterializado. En los mundos superiores, donde los vínculos entre el Espíritu y la materia son muy débiles, la manifestación es casi tan fácil como en el estado errante, y en todos los casos es más sencilla que en los mundos donde la materia corporal es más compacta.

Las causas ajenas obedecen principalmente a la naturaleza del médium, a la de la persona que evoca, al entorno donde se produce la evocación y, por último, al objetivo que se pretende. Algunos médiums reciben más particularmente comunicaciones de sus Espíritus familiares, que pueden ser más o menos elevados. Otros son capaces de servir de intermediarios a todos los Espíritus,

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

depende de la simpatía o antipatía, de la atracción o repulsión que el Espíritu personal del médium ejerza sobre el Espíritu ajeno, que puede tomarlo por intérprete con mucho gusto o con repugnancia. Eso depende también, dejando de lado las cualidades íntimas del médium, del desarrollo de su facultad mediadora. Los Espíritus acuden más fácilmente y sobre todo son más explícitos con un médium que no les ofrece ningún obstáculo material. Por lo demás, en igualdad de condiciones morales, cuanta mayor facilidad tiene un médium para escribir o expresarse, más se generalizan sus relaciones con el mundo espírita.

También hay que tener en cuenta la facilidad que debe proporcionar el hábito de comunicarse con tal o cual Espíritu. Con el tiempo, el Espíritu ajeno se identifica con del médium y también con el de quien lo llama. Dejando a un lado la cuestión de la simpatía, se establecen entre ellos relaciones semimateriales que agilizan las comunicaciones. Por esta razón, la primera entrevista no es siempre tan satisfactoria como se desearía, y también por eso los propios Espíritus piden a menudo que se los vuelva a llamar. El Espíritu que acude habitualmente se encuentra como en su casa: está familiarizado con sus oyentes y sus intérpretes, habla y obra con más libertad.

En resumen, de lo que acabamos de decir se desprende lo siguiente: que la facultad de evocar a cualquier Espíritu no implica para este la obligación de estar a nuestras órdenes; que el Espíritu puede venir en un momento y no en otro, con tal médium o tal evocador que le agrade y no con otro; que puede decir lo que desee,

sin verse obligado a decir lo que no quiere; que puede marcharse cuando le convenga y, por último, que por causas dependientes o no de su voluntad, es posible que de repente deje de venir, aunque haya sido asiduo durante algún tiempo.

De la posibilidad de evocar a los Espíritus encarnados resulta la de evocar al Espíritu de una persona viva. En tal caso responde como Espíritu y no como hombre, y a menudo sus ideas no son las mismas. Esta clase de evocaciones requieren prudencia, porque en algunas circunstancias podrían resultar inconvenientes. Como sabemos, la emancipación del alma casi siempre ocurre durante el sueño. Sin embargo, la evocación la provoca, aunque la persona no esté dormida, o al menos produce un adormecimiento y una suspensión momentánea de las facultades sensitivas. Por lo tanto, habría peligro si en este momento la persona se encontrara en condiciones que necesitara de todo su conocimiento. También lo habría si la persona estuviese muy enferma, porque su mal podría agravarse. Por lo demás, el peligro se atenúa en el sentido de que el Espíritu conoce las necesidades de su cuerpo y se ajusta a ellas, sin permanecer en esa condición más allá del tiempo necesario. Así, por ejemplo, cuando ve que su cuerpo va a despertar, lo dice y anuncia que se verá obligado a retirarse. Dado que los Espíritus pueden reencarnar en la Tierra, sucede a menudo que evocamos a los Espíritus de personas vivas sin saberlo. Nosotros mismos podemos ser evocados sin sospecharlo. Pero entonces las circunstancias ya no son las mismas, y no podría resultar nada desfavorable.

Quizás nos sorprenda ver que el Espíritu de los hombres más ilustres, de aquellos a quienes difícilmente nos habríamos atrevido a dirigir la palabra cuando estaban vivos, se rindan a la llamada de los hombres más vulgares. Esto solo puede sorprender a quienes no conocen la naturaleza del mundo espírita. Cualquiera que haya estudiado este mundo, sabe que la posición que se ha ocupado en la Tierra no da ninguna supremacía, y que allí el poderoso puede estar por debajo del que ha sido su servidor. Este es el significado de estas palabras de Jesús: “Los grandes serán humillados y los pequeños ensalzados”; y estas otras: “Todo el que se humille será enaltecido, y el que se enaltece, será humillado”. Por lo tanto, un Espíritu puede que no ocupe entre sus semejantes la posición que le suponemos, pero, si es verdaderamente superior, se habrá despojado de todo orgullo y vanidad, y desde entonces mira el corazón y no el vestido.

Lenguaje que debe emplearse con los Espíritus

El grado de superioridad o de inferioridad de los Espíritus indica de manera natural el tono que conviene adoptar con ellos. Es evidente que cuanto más elevados son, más derecho tienen a nuestro respeto, nuestras atenciones y sumisión. Por lo tanto, no debemos manifestarles menos deferencia que la que les habríamos mostrado cuando vivían, pero por otros motivos. En la Tierra habríamos considerado su rango y su posición

social, mientras que en el mundo de los Espíritus nuestro respeto solo se dirige a la superioridad moral. Su misma elevación los sitúa por encima de las puerilidades de nuestras formas adulatoras. No es a través de las palabras que se puede captar su benevolencia, sino con la sinceridad de los sentimientos. Por ello sería ridículo darles los títulos que nuestras costumbres consagran a la distinción de rangos y que, durante su vida, podrían haber alimentado su vanidad. Si son realmente superiores, no solo no les importa esta distinción, sino que les desagrada. Un buen pensamiento les es más grato que los epítetos más elogiosos. Si fuera de otro modo, no estarían por encima de la humanidad. El Espíritu de un venerable eclesiástico, que fue en la Tierra un príncipe de la Iglesia, un hombre de bien, practicante de la ley de Jesús, respondió un día a alguien que le evocaba dándole el título de Monseñor: “Deberías decir al menos ex-Monseñor, porque aquí, el único Señor es Dios. Ten en cuenta que veo a quienes en la Tierra se arrodillaban ante mí, y ante los cuales yo mismo me inclino”.

En cuanto a la cuestión de si se debe o no tutear a los Espíritus, es muy poco importante. El respeto está en el pensamiento y no en las palabras. Todo depende de la intención que se le atribuya, puesto que a este respecto los usos no son los mismos en todos los idiomas. Por lo tanto, se puede tutear o no a los Espíritus según su rango o el grado de familiaridad que exista entre ellos y nosotros, como haríamos con nuestros semejantes.

Si los Espíritus no se dejan llevar por las palabras, en cambio, les agrada que se reconozca su

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

condescendencia, ya sea por venir o por respondernos. Así pues, debemos agradecerles, así como también a aquellos que se preocupan por nosotros y nos protegen. Es la manera de motivarlos a que continúen haciéndolo. Sería un grave error creer que la forma imperativa puede tener alguna influencia sobre ellos. Al contrario, es un medio infalible para alejar a los buenos Espíritus. Se les pide, pero no se les ordena, porque no están a nuestro servicio, y todo lo que revele orgullo los repele. Los Espíritus familiares también abandonan a aquellos que los descuidan y se muestran ingratos con ellos.

Aunque no pertenezcan al primer rango, los Espíritus no dejan de merecer nuestra consideración, especialmente cuando nos revelan una superioridad relativa. En cuanto a los Espíritus inferiores, su carácter nos indica el lenguaje que debemos emplear con ellos. Los hay que, aunque inofensivos e incluso benevolentes, son superficiales, ignorantes y distraídos. Tratarlos como a los Espíritus serios, como hacen algunas personas, sería como arrodillarse ante un escolar o ante un burro con un birrete de doctor. El tono de familiaridad no sería inapropiado con ellos, y no se ofenden. Al contrario, lo aceptan de buen grado.

Entre los Espíritus inferiores hay algunos que son infelices. Cualesquiera que sean las faltas que expían, sus sufrimientos son títulos aún más grandes para merecer nuestra conmiseración, ya que nadie puede presumir de escapar a estas palabras de Cristo: “El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. La benevolencia que les mostramos es un consuelo para ellos. A falta

de simpatía, deben encontrar la indulgencia que deseáramos que se tuviera con nosotros.

Los Espíritus que revelan su inferioridad a través del cinismo de su lenguaje, sus mentiras, la bajeza de sus sentimientos y la perfidia de sus consejos son, sin duda, menos dignos de nuestro interés que aquellos cuyas palabras demuestran arrepentimiento. Al menos les debemos la piedad que concedemos a los más grandes criminales. La manera de reducirlos al silencio es mostrarse superior a ellos, pues solo se entregan a las personas de las que creen no tener nada que temer. Es aquí cuando se debe hablar con autoridad para alejarlos, lo que siempre se logra con una firme voluntad, conminándolos en nombre de Dios y con el auxilio de los Espíritus buenos. Ellos se inclinan ante la superioridad moral, como el culpable ante su juez.

En resumen, de igual modo que sería irreverente tratar de igual a igual a los Espíritus superiores, también sería ridículo tener la misma deferencia para todos sin excepción. Tengamos veneración por aquellos que lo merecen, gratitud por quienes nos protegen y asisten, y por todos los demás una benevolencia de la que tal vez un día necesitemos nosotros mismos. Al ingresar en el mundo incorpóreo hemos aprendido a conocerlo, y este conocimiento debe pautar nuestras relaciones con aquellos que lo habitan. Los antiguos, en su ignorancia, les erigieron altares. Para nosotros son solo criaturas más o menos perfectas, y únicamente erigimos altares a Dios. (Ver *Politeísmo* en el Vocabulario)

Preguntas que pueden dirigirse a los Espíritus

Si los principios que hemos desarrollado hasta ahora han sido bien comprendidos, se entenderá sin dificultad la importancia —desde el punto de vista práctico— del tema que vamos a tratar, pues es su consecuencia y aplicación. Y se podría, hasta cierto punto, prever la conclusión a partir del conocimiento que la escala espírita nos proporciona del carácter de los Espíritus según el rango que ocupan. Esta escala nos da la medida de lo que podemos preguntarles y de lo que debemos esperar de ellos. Un extranjero que viniera a nuestro país con la creencia de que todos los hombres son iguales en ciencia y en moralidad, se encontraría muchas anomalías. Sin embargo, todo quedaría explicado para él desde el momento en que comprendiera que cada uno habla y escribe según sus aptitudes. Lo mismo ocurre en el mundo espírita. Desde el momento en que vemos a los Espíritus tan distanciados unos de otros en todos los aspectos, comprendemos sin dificultad que no todos son aptos para resolver todas las dificultades, y que una pregunta mal formulada puede exponernos a más de una desilusión.

Establecido este principio, ¿conviene dirigir preguntas a los Espíritus? Algunas personas piensan que debemos abstenernos de hacerlo y que hay que dejarles la iniciativa de lo que quieran decir. Se basan en que el Espíritu que habla espontáneamente se expresa con

mayor libertad, solo dice lo que quiere, y así se tiene más certeza de obtener la expresión de su propio pensamiento. Incluso piensan que es más respetuoso esperar la enseñanza que el Espíritu considere conveniente ofrecer. La experiencia contradice esta teoría, como tantas otras que nacieron al principio de las manifestaciones. El conocimiento de las diferentes categorías de Espíritus traza el límite del respeto que se les debe, y prueba que, a menos que se esté seguro de tratar solo con seres superiores, su enseñanza espontánea no siempre sería muy edificante. Pero dejando de lado esta consideración, y suponiendo que el Espíritu sea lo bastante elevado como para decir solo cosas buenas, su enseñanza sería a menudo muy limitada si no se alimentara con preguntas. En muchas ocasiones hemos visto sesiones tediosas o nulas, por falta de un tema de conversación determinado. Ahora bien, como en definitiva los Espíritus solo responden en la medida que les conviene, al abordarlos de manera adecuada no se violenta su libre albedrío. Ellos mismos frecuentemente provocan las preguntas, diciendo: “¿Qué quieres? Pregunta y te responderé”. A menudo también nos cuestionan ellos mismos, no para instruirse, sino para ponernos a prueba, o para ayudarnos a expresar más claramente nuestro pensamiento. Reducirnos en su presencia a un papel puramente pasivo sería un exceso de sumisión que no piden. Lo que quieren es atención y recogimiento. Cuando toman la palabra espontáneamente sin esperar preguntas —como dijimos antes al hablar de las evocaciones—, es el momento de no desviarlos del tema y de seguir la línea que trazan. No obstante, como esto no siempre ocurre, es

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

bueno tener un tema preparado en caso de que los Espíritus no tomen la iniciativa. Regla general: Cuando un Espíritu habla, no hay que interrumpirlo, y cuando manifiesta por algún signo su intención de hablar, hay que esperar y no hablar uno mismo hasta estar seguro de que no tiene nada más que decir.

Si bien, en principio, las preguntas no desagradan a los Espíritus, hay algunas que les son extraordinariamente antipáticas, y de las cuales hay que abstenerse, so pena de no obtener respuesta o de recibir una mala. Cuando decimos que ciertas preguntas son antipáticas, nos referimos a los Espíritus elevados. Los Espíritus inferiores no son tan escrupulosos. Se les puede preguntar lo que se quiera sin ofenderlos, incluso las cosas más absurdas, y ellos responden a todo, pero como ellos mismos dicen: “A preguntas tontas, respuestas tontas”, y sería muy ingenuo quien las tomara en serio.

Los Espíritus pueden abstenerse de responder, por varios motivos: 1. La pregunta puede desagradarles. 2. No siempre tienen los conocimientos necesarios. 3. Hay cosas que les está prohibido revelar. Por lo tanto, si no satisfacen una solicitud, es porque no quieren, no pueden o no deben. Cualquiera que sea el motivo, una regla invariable es que *cada vez que un Espíritu se niega categóricamente a responder, nunca se debe insistir*. De lo contrario, la respuesta será dada por uno de esos Espíritus superficiales, siempre dispuestos a inmiscuirse en todo y que se preocupan muy poco por la verdad. Si la negativa no es absoluta, podemos pedir al Espíritu que consienta a nuestro deseo. A veces lo hace, pero nunca

cede a la exigencia. Esta regla no se aplica a las aclaraciones que se pueden y deben solicitar sobre un punto que no haya quedado suficientemente explícito. Cuando un Espíritu desea concluir una conversación, generalmente lo indica con una expresión, como: “adiós”, “es suficiente por hoy”, “es muy tarde”, “hasta otra vez”, etc. Esta expresión es casi siempre inapelable. La inmovilidad del lápiz es una prueba de que el Espíritu se ha ido, y entonces no se debe insistir.

En las preguntas hay dos puntos esenciales a tener en cuenta: el fondo y la forma. En cuanto a la forma, deben mostrar, aunque sin una fraseología ridícula, el respeto y la condescendencia que se debe al Espíritu que se comunica si es superior, y nuestra benevolencia si es igual o un inferior a nosotros. Desde otro punto de vista, las preguntas deben ser claras, precisas y sin ambigüedad. Hay que evitar aquellas que tengan un sentido complejo, de manera que es mejor dividir las en dos si es necesario. Cuando un tema requiere una serie de preguntas, es importante que estén ordenadas, que se encadenen y se sucedan metódicamente. Por eso siempre es útil prepararlas por anticipado, lo que, además — como ya hemos dicho — es una especie de evocación anticipada que prepara el camino. Al meditarlas con calma, se formulan y clasifican mejor, y se obtienen respuestas más satisfactorias. Esto no impide que, durante la conversación, se añadan preguntas complementarias en las que no se había pensado, o que puedan ser sugeridas por las respuestas, pero el marco siempre está trazado, y eso es lo esencial. Lo que se debe evitar es pasar bruscamente de un tema a otro con preguntas

inconexas y que obstaculicen el asunto principal. También sucede con frecuencia que algunas preguntas preparadas con antelación en previsión de ciertas contestaciones, resultan inútiles, y en ese caso se pasan por alto. Un hecho que se presenta con mucha frecuencia es que a menudo la respuesta anticipa la pregunta, y apenas se pronuncian las primeras palabras de esta, el Espíritu responde sin dejar que se concluya. A veces incluso responde a un pensamiento expresado en voz baja por alguno de los asistentes, sin que haya una pregunta y sin que el médium lo sepa. Si no tuviéramos a cada instante la prueba manifiesta de la neutralidad absoluta de este último, hechos de este tipo no dejarían duda alguna al respecto.

Con relación al fondo, las preguntas merecen una atención particular según su objeto. Las preguntas frívolas, de pura curiosidad y de prueba desagradan a los Espíritus serios, quienes se alejan o no responden. En cambio, los Espíritus superficiales se divierten con ellas.

Las preguntas de prueba generalmente son hechas por aquellas personas que aún no tienen una convicción firme y que de esta forma buscan asegurarse de la existencia de los Espíritus, de su perspicacia y de su identidad. Sin duda, esto es muy natural por su parte, pero fallan por completo en su objetivo, y su insistencia al respecto se debe a su ignorancia acerca de las bases en las que se fundamenta la ciencia espírita, bases completamente diferentes de las que tienen las ciencias experimentales. Por lo tanto, las personas que quieran instruirse al respecto deben resignarse a seguir un nuevo

camino y dejar de lado los procedimientos académicos. Si creen que solo pueden hacerlo experimentando a su manera, lo mejor será que se abstengan. ¿Qué diría un profesor si un alumno pretendiera imponerle su método, prescribiéndole actuar de tal o cual forma y realizar los experimentos a su antojo? Una vez más, la ciencia espírita tiene sus principios y quienes deseen conocerla deben adaptarse a ellos. De lo contrario, no pueden considerarse capacitados para juzgarla. Estos principios, en lo que respecta a las preguntas de prueba, son los siguientes:

1° Los Espíritus no son máquinas que se mueven a nuestro antojo. Son seres inteligentes que solo hacen y dicen lo que quieren, y que no podemos sujetar a nuestros caprichos.

2° Las pruebas que deseamos tener de su existencia, de su perspicacia y de su identidad, las dan ellos mismos espontáneamente y por su propia voluntad en muchas ocasiones, pero las dan cuando quieren y de la manera que quieren. Depende de nosotros esperar, ver, observar, y las pruebas no nos faltarán: *hay que cogerlas al vuelo*. Si intentamos provocarlas, entonces es cuando se nos escapan, y en esto los Espíritus nos demuestran su independencia y libre albedrío.

Por lo demás, este principio es el que rige todas las ciencias de observación. ¿Qué hace el naturalista que estudia las costumbres de un insecto, por ejemplo? Lo sigue en todas las manifestaciones de su inteligencia o de su instinto. Observa lo que sucede, pero espera a que los fenómenos se presenten. No piensa en provocarlos

ni en desviar su curso. Sabe además que, si lo hiciera, no los obtendría en su simplicidad natural. Lo mismo ocurre con relación a las observaciones espíritas.

Según lo que sabemos ahora, se entiende que no basta con que un Espíritu sea serio, para resolver expreso cualquier cuestión seria. No es suficiente tampoco —como hemos visto— que haya sido sabio en la Tierra para resolver una cuestión científica, ya que aún puede estar imbuido de los prejuicios terrestres. Debe ser suficientemente elevado, o que su desarrollo como Espíritu se haya cumplido en el ámbito de las ideas que se le quieran plantear, desarrollo que a veces es muy diferente del que pudimos observar en él durante su vida. Pero también sucede con frecuencia que otros Espíritus más elevados acuden en ayuda del que se interroga, y suplen su insuficiencia. Esto ocurre especialmente cuando la intención del interrogador es buena, pura y sin segundas intenciones. En suma, lo primero que debemos hacer cuando nos dirigimos a un Espíritu por primera vez, es aprender a conocerlo, para poder juzgar con más certeza la naturaleza de las preguntas que se le pueden dirigir.

En general, los Espíritus conceden poca importancia a las preguntas de interés puramente material, a aquellas que conciernen a aspectos de la vida privada. Por ello, nos equivocáramos si creyéramos encontrar en ellos guías infalibles a los que se puede consultar a cada momento sobre la marcha o el resultado de nuestros asuntos. Lo repetimos una vez más, los Espíritus superficiales responden a todo. Incluso predecirán, si se les pide, si la bolsa subirá o bajará, dirán si el marido que

se espera será moreno o rubio, etc., y tanto mejor si por casualidad les sale bien.

No consideramos entre las preguntas frívolas todas aquellas que tienen un carácter personal, el buen sentido nos servirá para valorarlas. Pero los Espíritus que mejor pueden guiarnos en este aspecto son nuestros Espíritus familiares, aquellos encargados de velar por nosotros y que, por la costumbre que tienen de seguirnos, están identificados con nuestras necesidades. Sin duda, ellos conocen nuestros asuntos mejor que nosotros mismos. Por lo tanto, es a ellos a quienes debemos dirigirnos para este tipo de cosas, y aun así hay que hacerlo con calma y recogimiento, mediante una llamada seria a su benevolencia, y no a la ligera. Preguntar de sopetón y al primer Espíritu que se presente, sería como dirigirse al primer individuo que encontráramos en el camino.

Por tanto, nuestros Espíritus familiares pueden esclarecernos, y en muchas circunstancias lo hacen de un modo eficaz, pero su asistencia no siempre es evidente y material, sino con frecuencia oculta. Nos ayudan a través de una multitud de advertencias indirectas que provocan y que lamentablemente no siempre tomamos en consideración, de lo que se deduce que a menudo solo debemos culparnos a nosotros mismos por nuestras tribulaciones. Cuando los interrogamos, en algunos casos pueden darnos consejos positivos, pero en general se limitan a mostrarnos el camino, recomendándonos que no tropecemos, por un doble motivo. Primero, las tribulaciones de la vida, si no son el resultado de nuestras propias faltas, forman parte de las pruebas que debemos

RELACIONES CON LOS ESPÍRITUS

sufrir. Los Espíritus pueden ayudarnos a soportarlas con valentía y resignación, pero no les corresponde apartarlas de nosotros. En segundo lugar, si nos guiaran de la mano para evitar todos los escollos, ¿qué haríamos con nuestro libre albedrío? Seríamos como niños tutelados hasta la edad adulta. Los Espíritus nos dicen: “Ahí está el camino, sigue la senda del bien. Yo te inspiraré lo mejor que puedes hacer, pero sírvete de tu juicio como el niño se sirve de sus piernas para caminar”.

¿Pueden los Espíritus predecir el futuro? Esta es la pregunta que todo principiante no deja de hacer. Sobre esto, solo diremos dos palabras. La Providencia ha sido sabia al ocultarnos el futuro. ¡Cuántos tormentos nos ahorra esta ignorancia! Sin tener en cuenta que, si lo conociéramos, nos rendiríamos ciegamente a nuestro destino, renunciando a toda iniciativa. Los propios Espíritus solo lo conocen de acuerdo con su elevación. Por eso, los Espíritus inferiores que sufren, creen que sufrirán siempre. Y cuando conocen el futuro, no deben revelarlo. Sin embargo, pueden levantar alguna vez una punta del velo que lo cubre, pero entonces lo hacen espontáneamente, porque lo consideran útil, pero nunca a petición nuestra. Lo mismo ocurre con nuestro pasado. Insistir en este punto, como en otros, cuando ellos se niegan a responder, es hacerse juguete de los Espíritus mistificadores.

No podríamos repasar todas las variedades de preguntas que es posible hacer sin reproducir aquí el contenido de *El Libro de los Espíritus*. Por tanto, remitimos a esta obra para el desarrollo de todas aquellas

preguntas que conciernen al futuro, las existencias anteriores, los descubrimientos, los tesoros escondidos, las ciencias, la medicina, etc.

Médiums de pago

Aún no sabemos de médiums escribientes que den consultas a tanto por sesión. Eso tal vez llegue, por lo que unas palabras sobre este tema nos parecen útiles. En primer lugar, diremos que nada se prestaría más a la charlatanería y al engaño²¹, que un oficio así. Si se han visto falsos sonámbulos, podrán verse aún más falsos médiums, y esta razón sería un motivo fundamentado de desconfianza. Por lo contrario, el desinterés es la respuesta más categórica que se puede oponer a aquellos que solo ven en los hechos una hábil maniobra. No existe la charlatanería desinteresada. ¿Cuál sería, entonces, el objetivo de las personas que utilizaran la superchería sin beneficio? Con mayor razón cuando su notoria honorabilidad los sitúa por encima de toda sospecha. Si la ganancia que un médium pudiera obtener de su facultad puede ser motivo de sospecha, eso no sería una prueba de que dicha sospecha esté fundamentada. Por lo tanto, el médium podría tener una aptitud real y actuar de muy buena fe, incluso siendo

²¹ En el original “jonglerie”, que el diccionario de la Academia Francesa, en su 6ª ed. (1835), define así: “Charlatanería, juego de manos. Se dice, en sentido figurado y coloquial, de cualquier apariencia falsa mediante la cual una persona busca imponerse”. (N. de la T.)

retribuido. Veamos, en este caso, si se puede esperar razonablemente un resultado satisfactorio.

Si se ha comprendido bien lo que hemos dicho sobre las condiciones necesarias para servir de intérprete a los Espíritus buenos, las numerosas causas que pueden alejarlos, las causas independientes de su voluntad que con frecuencia son un obstáculo para su llegada, en fin, sobre todas las condiciones *morales* que pueden ejercer influencia en la naturaleza de las comunicaciones ¿cómo podemos suponer que un Espíritu, por poco elevado que sea, esté a toda hora del día a las órdenes de un mercader de consultas y sometido a sus exigencias para satisfacer la curiosidad del primero que llega? Se sabe de la aversión de los Espíritus por todo lo que huele a codicia y egoísmo y el poco valor que dan a las cosas materiales. ¡Y se querría que ayudaran a traficar con su presencia! Eso repugna a la razón. ¡Habría que conocer muy poco la naturaleza del mundo espírita para creer que esto pudiera ser así! Pero como los Espíritus superficiales son menos escrupulosos, y solo buscan las ocasiones para divertirse a nuestra costa, resulta que, si no somos mistificados por un falso médium, es muy probable serlo por algunos de aquellos espíritus. Estas reflexiones por sí solas dan la medida del grado de confianza que se debería otorgar a comunicaciones de este tipo. Además, ¿qué utilidad tendrían hoy los médiums de pago, ya que, si uno mismo no tiene la facultad mediúmnica, puede encontrarla en su familia, entre sus amigos o conocidos?

El inconveniente que acabamos de señalar ya no es el mismo cuando se trata de manifestaciones puramente físicas. La naturaleza de los Espíritus que se comunican en estas circunstancias permite que se comprenda fácilmente. Sin embargo, como la facultad de los médiums de influencia física no está siempre a su disposición, a menudo faltaría al que debe tenerla en el momento preciso para satisfacer las exigencias del público. La facultad mediadora, incluso dentro de este límite, no ha sido otorgada para ser exhibida en los teatros de variedades²², y cualquiera que pretenda tener Espíritus a su disposición, aunque sean del rango más ínfimo, para hacerlos actuar en el momento, con toda razón puede ser sospechoso de charlatanismo o de prestidigitación más o menos hábil. Téngase en cuenta cada vez que veamos anuncios de supuestas sesiones de espiritismo o de espiritualismo a tanto la entrada.

²² En el original “tréteaux”, que el diccionario de la Academia Francesa en su 6ª ed. (1835) define así: “A menudo se dice, en plural, de un teatro de operador, de saltimbanqui, de farsante; y, por extensión, un teatro donde se representan obras bufas y populares.” (N. de la T.)

CAPÍTULO IX

TEMAS DE ESTUDIO

Cuando se evoca a los padres y amigos, y a algunas personalidades célebres, para comparar sus opiniones de ultratumba con las que tuvieron en vida, a menudo es incómodo mantener con ellos una conversación, a menos que se caiga en banalidades y trivialidades. Por lo tanto, puede ser útil indicar la fuente donde es posible extraer temas de observación, por así decir, ilimitados.

El mundo espírita —como hemos visto— presenta tantas variedades, desde el punto de vista intelectual y moral, como la humanidad. Incluso debemos decir mucho más que la humanidad, puesto que cualquiera que sea la distancia que separa a los hombres en la Tierra, desde el primer escalón hasta el último, hay Espíritus de uno y otro lado de esos límites. Para conocer a un pueblo es necesario observarlo desde la base hasta la cima, estudiarlo en todas las fases de la vida, sondear sus pensamientos, indagar en sus hábitos íntimos, en una palabra, hacerle una especie de disección moral. Solo al multiplicar las observaciones, podemos captar las analogías y las anomalías y fundamentar un juicio por

comparación. ¿Quién podría contar los volúmenes escritos sobre etnografía, antropología y el estudio del corazón humano? Y, sin embargo, todavía estamos lejos de haberlo dicho todo. Lo que se ha hecho con relación al hombre se puede hacer con relación a los Espíritus, y es el único medio de aprender a conocer este mundo que nos interesa sobre todo porque la muerte, a la cual estamos todos sometidos, nos conduce a ello por la fuerza de las cosas. Ahora bien, este mundo se nos revela a través de las manifestaciones inteligentes de los Espíritus. Por lo tanto, podemos interrogar a los habitantes de todas las clases, no solamente sobre cuestiones generales, sino también sobre las particularidades de su existencia más allá de la tumba, y juzgar así lo que nos espera según nuestra conducta en este mundo. Hasta ahora, el destino que nos estaba reservado solo era objeto de una enseñanza teórica: las manifestaciones espíritas nos lo ponen de manifiesto al desnudo, nos permiten tocarlo y verlo a través de los ejemplos más impactantes, cuya realidad no podría ser puesta en duda por cualquiera que la examine detenidamente. Esta es la realidad a la que queremos proporcionar los medios para constatarla, a través de la dirección de los estudios.

Si la evocación de hombres ilustres, de Espíritus superiores, es sumamente útil por las enseñanzas que nos brindan, la de Espíritus comunes no lo es menos, a pesar de que sean incapaces de resolver cuestiones de gran trascendencia. Ellos mismos revelan su inferioridad, y cuanto menor es la distancia que los separa de nosotros, más similitudes encontramos con nuestra propia situación. Por lo tanto, es de sumo interés, tanto desde el

punto de vista psicológico como moral, estudiar la posición de aquellos que han sido nuestros contemporáneos, que han recorrido el camino de la vida a nuestro lado, cuyos caracteres, aptitudes, virtudes y vicios conocemos, aunque hayan sido los hombres más sombríos: los comprendemos mejor, porque están a nuestro nivel. A menudo nos ofrecen rasgos característicos de gran interés, y añadiremos que es en ese círculo—en cierto modo íntimo— donde la identidad de los Espíritus se revela especialmente de la manera menos discutible. Como se puede observar, es una mina inagotable de observaciones, aunque evoquemos solo a aquellos cuyas vidas presentan alguna particularidad relacionada con su forma de morir, su edad, sus cualidades buenas o malas, su posición feliz o desafortunada en la Tierra, sus costumbres, su estado mental, etc.

Con los Espíritus elevados, el ámbito de los estudios se amplía. Además de las cuestiones psicológicas que tienen un límite, se les puede proponer una multitud de problemas morales que se extienden hasta lo infinito sobre todas las situaciones de la vida, sobre el mejor comportamiento a adoptar en tal o cual circunstancia, sobre nuestros deberes recíprocos, etc. El valor de la instrucción que se reciba sobre cualquier tema moral, histórico, filosófico o científico depende por completo del estado del Espíritu al que se interroge. Nos corresponde a nosotros juzgar.

Además de las preguntas propiamente dichas, se puede solicitar a los Espíritus superiores disertaciones

sobre temas específicos o que ellos mismos han elegido a partir de una lista que se les presente. De este modo se pueden abordar temas como las cualidades, los vicios y los defectos de la sociedad, como la avaricia, el orgullo, la pereza, los celos, el odio, la ira, la caridad, la modestia, etc. Espíritus un poco menos elevados, pero inteligentes, pueden abordar de manera acertada temas menos serios, pero que también son interesantes. Y otros, por último, según su capacidad y la facilidad que el médium les ofrezca, pueden dictar obras de larga duración.

La forma de plantear las preguntas y coordinarlas es, como acabamos de ver, un aspecto esencial. Se encontrarán numerosas aplicaciones en los artículos publicados en la *Revista Espírita* con el título de *Conversaciones familiares de ultratumba*²³. Pueden tomarse como ejemplos del camino a seguir en las relaciones que cada uno desee establecer con los Espíritus.

²³ *Conversaciones familiares de ultratumba* es una de las secciones fijas de la *Revista Espírita* (1858-69), que puede encontrarse en la mayor parte de los números publicados. Conforman el corpus de la experimentación mediúmnica llevada a cabo por Allan Kardec y su equipo de médiums colaboradores en esos años. (N. de la T.)

CAPÍTULO X

CONSEJOS PARA LOS PRINCIPIANTES

El conocimiento de la ciencia espírita se basa en una convicción moral y una convicción material. La primera se adquiere a través del razonamiento y la segunda por la observación de los hechos. Para el principiante sería lógico ver primero y razonar después, pero lamentablemente no siempre puede ser así. Sería imposible realizar un curso práctico de espiritismo, como se hace uno de física o de química. Los fenómenos que son objeto de estas dos ciencias pueden reproducirse a voluntad. Por lo tanto, se pueden mostrar gradualmente al alumno, procediendo de lo simple a lo complejo. No ocurre lo mismo con los fenómenos espíritas, pues no se pueden manejar como una máquina eléctrica. Hay que tomarlos como se presentan, porque no depende de nosotros asignarles un orden metódico. Como resultado, a menudo son ininteligibles o poco concluyentes para el principiante. Pueden sorprender sin convencer.

Podemos obviar este inconveniente adoptando un enfoque contrario, es decir, comenzando por la teoría, y esto es lo que aconsejamos a toda persona que quiera esclarecerse seriamente. A través del estudio de los principios de la ciencia, principios perfectamente comprensibles sin necesidad de experimentación práctica, se adquiere una primera convicción moral que solo necesita ser corroborada por los hechos. Ahora bien, como en este estudio preliminar todos los hechos han sido revisados y comentados, resulta que cuando se ven se entienden, sea cual sea el orden en que las circunstancias permitan observarlos.

Hemos tratado de reunir en nuestras tres publicaciones todos los elementos necesarios para este fin, encarando la ciencia desde todos los ángulos y proporcionando explicaciones sobre los diversos puntos que comporta el estado actual de las cosas. Por lo tanto, una lectura atenta de estas obras será una primera aproximación que nos permitirá aguardar los hechos o nos dará los medios para provocarlos con conocimiento de causa, si nada se opone a ello, y sin perdernos en ensayos que pueden ser infructuosos por no haber sido abordados dentro de los límites de lo posible. En esta *Instrucción práctica* se encontrarán todos los principios fundamentales necesarios para los principiantes. En la *Revista Espírita*, además de amplias explicaciones, se encontrará una considerable variedad de hechos y aplicaciones. Por último, en *El Libro de los Espíritus*, la propia enseñanza de los Espíritus sobre todas las cuestiones de metafísica y moral que se relacionan con la doctrina espírita.

CAPÍTULO XI

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO

Los adversarios del espiritismo en primer lugar emplearon contra este el arma del ridículo y, sin contemplaciones, acusaron de locura a todos sus partidarios. Sin embargo, esta arma no solo se debilita, sino que empieza a volverse ridícula a medida que aumenta el número de estos supuestos locos en todos los países, y porque sería necesario enviar a los manicomios²⁴ a los hombres más relevantes por su saber y su posición social. Luego cambiaron de estrategia y, adoptando un tono más serio, dichos adversarios lamentaron la suerte reservada a la humanidad por causa de esta doctrina, cuyos peligros exaltaron, sin considerar que proclamar el peligro de algo es constatar su realidad. Si el espiritismo es una quimera, ¿para qué tanto esfuerzo? Es como luchar contra los molinos de viento. Dejadlo en paz y morirá de muerte natural. En cambio, en lugar

²⁴ En el original “Petites-Maisons” hace referencia al hospicio creado en 1557 en París para personas enajenadas. (N. de la T.)

de morir, se propaga con increíble rapidez y sus seguidores se multiplican por todo el mundo, hasta el punto de que si esto continúa pronto habrá más locos que personas sensatas. ¿Pero quién ha contribuido a este resultado? Los propios adversarios son los que lo propagaron sin quererlo. Sus diatribas produjeron el efecto del fruto prohibido. Todos se dijeron: “Si se persigue obstinadamente a este monstruo, es porque hay un monstruo”, un razonamiento muy lógico. Y con la ayuda de la curiosidad todos quisieron ver, aunque solo fuera entre los dedos al taparse los ojos. Así es como se logró que pensarán en ello muchas personas, que de otro modo no habrían oído hablar de espiritismo o al menos no se habrían preocupado por ello. Si el espiritismo es una realidad, es que está en la naturaleza, porque no es una teoría, una opinión o un sistema, sino hechos. Si es peligroso, hay que darle una dirección. No se suprime un río, sino que se le encauza. Así que veamos con pocas palabras cuáles son estos supuestos peligros.

Se dice que el espiritismo “puede producir una impresión nefasta en las facultades mentales”. En el curso de esta obra hemos explicado lo suficiente sobre la verdadera fuente de este peligro, que proviene precisamente de los que creen que lo combaten inoculando en cerebros débiles la idea del diablo o del demonio. Es cierto que la exaltación también puede venir en sentido contrario. Sin embargo, dejando de lado cualquier idea sobre el espiritismo, ¿acaso no vemos cerebros perturbados por una falsa apreciación de las cosas más sagradas? Recientemente los periódicos informaron

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO

sobre el caso de una joven campesina que, tomando al pie de la letra la frase del Evangelio, *Si tu mano es causa de escándalo, córtatela*, se desprendió de su muñeca a hachazos. ¿Deberíamos concluir que el Evangelio es peligroso? Y la madre que mata a sus hijos para que entren más rápido en el paraíso, ¿prueba que la idea del paraíso es peligrosa?

En apoyo de esta queja contra el espiritismo se citan cifras, y se dice, por ejemplo, que en los Estados Unidos en un solo condado se cuentan cuatro mil casos de locura causados por estas ideas. En primer lugar, preguntaremos a los que exponen hechos de este tipo ¿de qué fuente los han sacado? y la estadística que presentan ¿es realmente auténtica? Creemos que está tomada de algunos periódicos de ese país que, como todos los adversarios, creen tener el monopolio del buen sentido y tratan de chiflados a todos los que creen en las manifestaciones de los Espíritus. No es de extrañar que con semejante sistema se encontraran cuatro mil. Esta cifra incluso nos parece muy modesta, porque en la actualidad se cuentan por cientos de miles los espiritistas en Estados Unidos. ¡Construid, pues, manicomios para todo el mundo! Pero basta ya de este tema, que no merece una consideración seria. Veamos una acusación mucho más grave.

“El espiritismo, dicen algunas personas, arruina la religión”. Con razón se dice que nada es más peligroso que un amigo torpe. Estas personas no consideran que diciendo esto atacan a la religión en su base fundamental: su eternidad. ¡Cómo una religión establecida por el

propio Dios podría verse comprometida por unos pocos Espíritus golpeadores! ¡Creen entonces en el poder de esos Espíritus que, otras veces, según ustedes solo eran quimeras! Al menos sean coherentes consigo mismos. Si estos Espíritus son mitos, ¿qué tienen que temer? Si existen, una de dos: o bien los creen muy poderosos, o la religión es muy débil. Elijan. Pero dirán ustedes: “No tememos a los Espíritus, puesto que no creemos en ellos. Solo tememos a las falsas doctrinas de quienes los promueven”. Bien está. Pero, según ustedes, los que creen en los Espíritus están locos. ¡Entonces tienen miedo de que esos locos hagan tambalear a la Iglesia! Elijan, de nuevo. Por nuestra parte, diremos que quienes sostienen este discurso no tienen fe, porque creer vulnerable por causas tan débiles una religión de la que Jesús dijo que “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”, es no tener fe en el poder de Dios

Sin embargo, veamos en qué la doctrina espírita es contraria a los principios religiosos. ¿Qué enseñan estos Espíritus tan peligrosos? Dicen lo siguiente: “Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos. Amaos los unos a los otros como hermanos. Perdonad a vuestros enemigos. Olvidad las injurias. Haced a los demás lo que os gustaría que hiciesen por vosotros. No os contentéis con no hacer el mal, sino haced el bien. Soportad con paciencia y resignación las penas de la vida. Desterrad de vuestro corazón el egoísmo, el orgullo, la envidia, el odio, los celos”. También dicen: “Dios os entrega los bienes de la Tierra para que hagáis buen uso de ellos y no para disfrutarlos como avaros. La sensualidad os rebaja al nivel de la bestia”.

Pero Jesús también dijo todo esto. Por tanto, la moral de los Espíritus es la del Evangelio. ¿Enseñan el dogma de la fatalidad? No. Proclaman que el hombre es libre en todas sus acciones y responsable de sus obras. ¿Dicen que no importa la conducta aquí en la Tierra y que el destino es el mismo para todos después de la muerte? De ningún modo, pues reconocen las penas y las recompensas futuras. Hacen más, las hacen ostensibles, porque ellos son los mismos seres, felices o desgraciados, que vienen a retratarnos sus sufrimientos y sus alegrías. Es cierto que no los explican exactamente como nosotros y que no admiten la existencia de un fuego material para quemar eternamente a las almas in-materiales. No obstante, ¿qué importa la forma, si el fondo existe! A menos que se pretenda que la forma deba prevalecer sobre el fondo, y el sentido figurado sobre el sentido propio ¿No han cambiado las creencias religiosas en muchos pasajes de las Escrituras, principalmente referido a los seis días de la creación, que sabemos muy bien que ya no son seis veces veinticuatro horas, sino tal vez seis veces cien mil años, o sobre la antigüedad del globo terrestre, o acerca del movimiento de la Tierra alrededor del Sol? Lo que antiguamente se consideraba una herejía digna del fuego terrenal y celestial y el derrocamiento de la religión, ¿no ha sido admitido por la Iglesia desde que la ciencia positiva vino a demostrar, no el error del texto, sino la falsa interpretación que se le había dado? Lo mismo ocurre con el infierno, que ya no se sitúa en las entrañas de la Tierra, desde que se ha fijado una mirada investigadora. La alta teología admite perfectamente la existencia de un fuego

moral. Ya no asigna un lugar determinado al purgatorio desde que se sondearon las profundidades del espacio, y piensa que podría estar en todas partes, incluso a nuestro lado. Y la religión no ha sufrido por ello. Al contrario, ha ganado al no endurecerse ante la evidencia de los hechos. A la religión no hay que juzgarla por lo que todavía se enseña en las escuelas de los pueblos, donde las doctrinas superiores no se comprenderían. El alto clero está más instruido de lo que generalmente se cree, y en muchas ocasiones ha demostrado que sabe salir de los viejos atolladeros de la tradición y los prejuicios. Pero hay gente que quiere ser más religiosa que la religión, y que la rebajan con su estrechez de miras. Para estas personas, la forma lo es todo, e incluso la anteponen a la moral del Evangelio, que practican muy poco. Estas son las que más daño le hacen. Así pues, ¿en qué aspecto sería pernicioso la doctrina espírita? Explica lo que no se había explicado. Demuestra la posibilidad de lo que se había creído imposible. Prueba la utilidad de la plegaria. Solo la doctrina espírita dice que la oración que parte del corazón es la única eficaz, y que la de los labios es un vano simulacro. ¿Quién se atrevería a sostener lo contrario? ¡La no eternidad de las penas! ¡La reencarnación! Aquí está, por tanto, el gran escollo. Pero si alguna vez estos hechos se vuelven tan evidentes y comunes como el movimiento de la Tierra alrededor del Sol, será necesario rendirse a la evidencia como se hizo con el resto, y tal vez buscando bien desde ahora, sería menos difícil ponerse de acuerdo de lo que se cree. Que no haya prisa en pronunciar un juicio que podría ser demasiado precipitado, y aprovechemos las lecciones de la historia.

INFLUENCIA DEL ESPIRITISMO

El mayor enemigo de la religión es el materialismo y este no tiene mayor adversario que la doctrina espírita. El ESPIRITISMO ya condujo al ESPIRITUALISMO a numerosos materialistas obstinados, que hasta entonces se habían resistido a todos los argumentos teológicos. Esto se debe a que el espiritismo hace más que argumentar, evidencia las cosas. Por lo tanto, es el más poderoso auxiliar de las ideas religiosas, porque da al hombre la convicción de su destino futuro, y como tal debe ser acogido como un beneficio para la humanidad. Ha reanimado en más de un corazón la fe en la Providencia, hace nacer la esperanza en lugar de la duda. Ha hecho más: ha arrebatado a más de una víctima del suicidio, restablecido la paz y la concordia en las familias, calmado los odios, amortiguado las pasiones brutales, desarmado la venganza e introducido la resignación en el alma del que sufre. ¿Es subversivo del orden social y de la moral pública? Una doctrina que condena el odio y el egoísmo, que predica el desinterés y el amor al prójimo sin distinción de sectas ni de castas, no puede excitar las pasiones hostiles. Y sería de desear, para la tranquilidad del mundo y la felicidad del género humano, que todos los hombres comprendieran y practicasen tales principios, pues no tendrían nada que temer unos de otros.

Aquí es donde conduce la *locura* del espiritismo entre quienes, al profundizar en estos misterios, ven en las manifestaciones algo más que mesas que giran o demonios que golpean.



NOTAS

